COLECCIÓN ESPIRAL SETENTA TECLAS

LOS PECES ROJOS

guion cinematográfico de
CARLOS BLANCO

OCHO Y MEDIO

LOS PECES ROJOS

LOS PECES ROJOS

Guion escrito por
Carlos Blanco

CON EL APOYO DE:

CON LA COLABORACIÓN DE:

COLECCIÓN ESPIRAL SETENTA TECLAS

©de los textos: los autores

©Asociación Setenta Teclas, para la presente edición • www.70teclas.es

©fotografía de Carlos Blanco por Gloria Rodríguez

©2015 OCHO Y MEDIO, LIBROS DE CINE
Martín de los Heros, 11. 28008 Madrid.
Tel.: 91 559 06 28 • www.ochoymedio.com

Diseño y edición: Susana F. Serrán

Agradecimientos: Eva Gallego

ISBN: 978-84-96582-62-0
Depósito legal: M.36433-2015

Impreso en España – 2015

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo de los editores.

EL PROYECTO 70 TECLAS

www.70Teclas.es

El guion de LOS PECES ROJOS es el primero de los guiones clásicos de nuestro cine que se publica dentro de la colección ESPIRAL/SETENTA TECLAS. Resultó elegido en votación efectuada por los guionistas integrados en el proyecto, y ha sido publicado gracias a la colaboración efectiva de los siguientes guionistas, en el orden aproximado al que se fueron sumando al proyecto, cada uno con su tecla:

Carlos López	**z**	*(tecla zeta)*
Alicia Luna	<–	*(tecla return)*
Ignacio del Moral	**alt**	*(tecla alt)*
Virginia Yagüe	⌫	*(tecla delete)*
Carlos Molinero	**F1**	*(tecla F1)*
Nacho Faerna	**esc**	*(tecla escape)*
Lola Salvador	←	*(tecla retroceso)*
Sergio Barrejón	´	*(tecla tilde)*
Roberto Alfaro	**r**	*(tecla erre)*
David Muñoz	**p**	*(tecla pe)*
Daniel Cebrián	**ctrl**	*(tecla control)*
Natxo López	**.**	*(tecla punto)*
Gabi Ochoa	**g**	*(tecla ge)*
Verónica Fernández	**v**	*(tecla uve)*
Carmen Chaves	**ñ**	*(tecla eñe)*
Marcela Fuentes Berain	**a**	*(tecla a)*
Roberto Santiago	**o**	*(tecla o)*
Pablo Tobías	**t**	*(tecla te)*

Juanjo Moscardó	j	*(tecla jota)*
Olatz Arroyo	i	*(tecla cierre exclamación)*
Pablo Bartolomé	y	*(tecla y griega)*
Manuel Ríos San Martín	m	*(tecla eme)*
Cristóbal Garrido	*	*(tecla asterisco)*
Manuel Garrote	___	*(tecla barra espaciadora)*
Alfonso S. Suárez	w	*(tecla uve doble)*
Pablo Berger	b	*(tecla be)*
Alejandro Hernández	d	*(tecla de)*
Joaquín Górriz	c	*(tecla ce)*
Tatiana Rodríguez	(	*(tecla abre paréntesis)*
Curro Royo	f	*(tecla efe)*
Imanol Uribe	k	*(tecla ka)*
Maite Bermúdez	;	*(tecla punto y coma)*
Mariano Baselga	↑	*(tecla flecha arriba)*
Félix Sabroso	&	*(tecla et)*
Ruth García	ç	*(tecla ce con cedilla)*
Ángela Armero	q	*(tecla q)*
Ángeles Maeso	+	*(tecla más)*
Alberto Macías	F5	*(tecla F5)*
Alberto López	u	*(tecla u)*
Gracia Querejeta	$	*(tecla dólar)*
Benito Zambrano	¿	*(tecla apertura interrogante)*
Marisol Farré	¨	*(tecla diéresis)*
Pablo Remón	n	*(tecla ene)*
Estefanía Muñiz	"	*(tecla comillas)*
Ángeles González Sinde	8	*(tecla ocho)*
Borja Cobeaga	–	*(tecla menos)*
Joan Grau	7	*(tecla número siete)*
Víctor Pedreira	6	*(tecla número seis)*
José Luis Acosta	^	*(tilde circunfleja)*
Javier Gullón	=	*(tecla igual)*
Eduard Sola	`	*(tecla tilde grave)*

Pablo Fernández	`)`	*(tecla cierre paréntesis)*
Rosa Vergès	`F12`	*(tecla F12)*
Emilio Díez	`[`	*(abre corchete)*
Sindicato ALMA	`F6`	*(tecla F6)*
Sindicato ALMA	`F7`	*(tecla F7)*
Sindicato ALMA	`F8`	*(tecla F8)*
Sindicato ALMA	`F9`	*(tecla F9)*
Daniel Castro	`1`	*(tecla número uno)*
Carlos Pando	`0`	*(tecla número cero)*
Roberto Pérez Toledo	`2`	*(tecla número dos)*
Esther Paredes	⇧	*(tecla bloqueo mayúsculas)*
David Planell	`F3`	*(tecla F3)*
Roberto Jiménez	`I`	*(tecla I mayúscula)*
Michel Gaztambide	`<`	*(tecla menor que)*
Ramón Campos	`_`	*(tabulador)*
Julia Gil	`F10`	*(tecla F10)*
Eva Nuño	`F4`	*(tecla F4)*
Juan Vicente Pozuelo	`J`	*(tecla JOTA mayúscula)*
Marta Sánchez	`G`	*(tecla GE mayúscula)*
Juan Carlos Sánchez–Marín	`A`	*(tecla A mayúscula)*
Jelen Morales	`H`	*(tecla HACHE mayúscula)*
Ayala Etxebarri	`Y`	*(tecla Y GRIEGA may.)*
Jorge Arévalo	`E`	*(tecla E mayúscula)*
Alexis Barroso	`Z`	*(tecla ZETA mayúscula)*
Ramón Salazar	`R`	*(tecla ERRE mayúscula)*
Nacho Medivas	`M`	*(tecla EME mayúscula)*
Manuel Martín Cuenca	`K`	*(letra KA mayúscula)*
Jorge Naranjo	`Q`	*(letra Q mayúscula)*
Alberto Sánchez Cabezudo	`V`	*(letra UVE mayúscula)*
Jorge Sánchez Cabezudo	`C`	*(letra CÉ mayúscula)*
Mónica Martín Grande	`B`	*(letra BÉ mayúscula)*
Carmen Blanco	`L`	*(letra ELE mayúscula)*
Héctor Beltrán	`O`	*(letra O mayúscula)*
Diego Sabanés	`S`	*(letra ESE mayúscula)*

Carlos García Miranda	**Ñ**	*(letra EÑE mayúscula)*
FAGA Foro Asoc. Guionistas	**F**	*(letra EFE mayúscula)*
FAGA Foro Asoc. Guionistas	**D**	*(letra DÉ mayúscula)*
FAGA Foro Asoc. Guionistas	**T**	*(letra TÉ mayúscula)*
FAGA Foro Asoc. Guionistas	**U**	*(letra U mayúscula)*
Bárbara Alpuente	**N**	*(letra N mayúscula)*
Andrés Longares	**l**	*(tecla ele)*
Roque Madrid	**e**	*(tecla e)*
José Luis Domínguez	**%**	*(tecla tanto por ciento)*
Isa Sanchez Castro	**ª**	*(tecla ordinal femenino)*
Jorge Laplace	**X**	*(tecla EQUIS mayúscula)*
José Luis Latasa	**i**	*(tecla i)*
Marisa García Cortés	**:**	*(tecla dos puntos)*
Fernando Cordero	**>**	*(tecla mayor que)*

VOLVIENDOSE DESDE EL MOSTRADOR)

CONSERJE: ¡Uh! ¡Como si quieren el hotel entero!...En esta época del año, Gijón está muerto!

HUGO: Queremos tres habitaciones con baño.

El conserje los miró, mientras se metía tres al mostrador.

CONSERJE: ¿Tres? (SE QUITÓ LA BOINA Y SE PUSO LA GORRA DE UNIFORME)

El hombre, que había empezado a desenroscar su estilográfica para rellenar la hoja de entrada, miró a la muchacha:

HUGO: ¿Qué hace Carlos, que no entra?

Ella, casi la mitad de años más joven que el hombre, dejó el maletín que traía, junto al otro, señalando distraídamente hacia la calle, con la cabeza:

IVON: Está mirando no se qué en el escaparate de al lado...

El hombre se inclinó a rellenar la hoja, y ella ladeó graciosamente la cabeza, escuchando. Llegaba, pavoroso, el fragor del mar.

IVON: ¿Oyes, Hugo, cómo suena el mar? ¡Debe ser fantástico!...Me gustaría acercarme a verlo.

HUGO: ¿Quieres salir y decirle a ese estúpido que entre de una vez?

Lo dijo sin levantar los ojos de la hoja, de una forma desabrida.

Ella inició un bostezo y se alejó de nuevo hacia la puerta.

ÍNDICE

El guionista conoce al asesino
por Antonio Llorens 11

Carlos Blanco Hernández y la "llegada de la noche" como factor dramático
por Juan Bonifacio Lorenzo Benavente 14

Un ser inventado
por Juan Cobos 19

Un guionista con historia
por Alfonso S. Suárez 23

LOS PECES ROJOS
Guion escrito por Carlos Blanco 27

Ficha técnica y artística 163
Filmografía del autor 165
Fotografías 169

La película se puede ver en:
http://www.filmotech.com

Entrevista con Carlos Blanco, realizada por Alfonso S. Suárez, en:
https://vimeo.com/sindicatoalma/lavoznegra-documental-carlosblanco

EL GUIONISTA CONOCE AL ASESINO

Hablar de *Los peces rojos*, de José Antonio Nieves Conde –como casi todos, mejor en persona que como cineasta, a pesar de ser responsable de varios títulos excelentes, como *El inquilino*, *Surcos*, etcétera– es hablar de cine negro en España, cuando este concepto –cine y, sobre todo, negro– era incompatible con el franquismo, dado que la dictadura obligaba a que no se cuestionara la autoridad y ésta incluía iglesia, ejército, policía, políticos, y cuantos poderes fácticos tuvieran que evidenciar una mínima fisura (ambigüedad moral se llama en lo específicamente negro). Aun así, *Los peces rojos* es uno de los grandes títulos del posible cine negro a la española. Posiblemente por el guion de Carlos Blanco, un maestro a quien hay que colocar a continuación de Rafael Azcona por orden alfabético y por otros méritos que ahora no vamos a detallar, pero indudablemente un maestro. El guion de *Los peces rojos*, que está pidiendo a gritos una nueva versión, un *remake* que dicen los angloparlantes, más allá de la discreta adaptación firmada por Antonio Giménez Rico en 2003 con el título *Hotel Danubio*, es un modelo de estructura, de inventiva, de dibujo de personajes para una historia de intriga que hubiera hecho las delicias de todos los espectadores de pro de la mano de Luis Buñuel. No es ajeno a ello que el protagonista sea Arturo de Córdova, quien dos años antes había sido *Él*, de Buñuel, posiblemente la mejor película de la Historia del Cine sobre la paranoia. Aquí es Hugo Pascal, un atormentado escritor que parece vivir una de las pesadillas que él mismo escribe. Llegado este punto es tan curioso como divertido recordar que en Italia el film se estrenó como *La mente che uccide*, es decir "la mente que mata", porque Hugo –su esposa,

Emma Penella, es Ivón, de la que adivinamos antes su condición de "querindonga" que de ama de casa– es un flagrante heredero de Archibaldo de la Cruz (de nuevo Buñuel, *Ensayo de un crimen*) y del citado paranoico, Francisco Galván, de modo que es su imaginación la que hace posible la criminal trama.

Ah, la criminal trama. Gijón como escenario, un hotel que invita a pensar en los *meublés* del cine policíaco catalán –*A tiro limpio*, *Los atracadores*–, una noche de tormenta, la extraña muerte del hijo a quien nadie ha visto, una investigación pegajosa como una tela de araña, unas explicaciones que sólo un espectador muy atento acertará a comprender, puesto que parece que los designios de la censura, y de la autocensura –algo que conocían muy bien Carlos Blanco, José Antonio Nieves Conde y, probablemente, Hugo Pascal– convirtieron la sugestiva sucesión de anotaciones en un vulgar enredo. Soy consciente de que reduzco mucho, pero me vienen a la cabeza tanto mis encuentros con guionistas y cineastas víctimas de la censura (la frase de Azcona que cierra este texto es prodigiosamente exacta) como las barbaridades cometidas con films como *Mogambo*, de John Ford, o *Las lluvias de Ranchipur*, de Jean Negulesco, hechos que no son ajenos a las deformaciones sufridas por este excelente proyecto. Una parte de estas conclusiones han sido expresadas en el semanario donde escribo hace más de cuarenta años, *Cartelera Turia*, de Valencia, tanto con respecto al film de Nieves Conde a su paso por televisión, como a la versión de Giménez Rico en el momento de su estreno. De la primera, recogíamos estas iluminadoras declaraciones de Nieves Conde: "Si hubiese logrado que *Los peces rojos* se exhibiera en España como se exhibió en otros países, con un montaje más lineal, el film habría resultado mucho mejor, porque las motivaciones morales del personaje habrían quedado más claras y la película se hubiera terminado con el suicidio(…) Por supuesto que lo que más me interesaba de esa película era la lucha entre los dos personajes: la mujer interpretada por Emma Penella y el hombre inter-

pretado por Arturo de Córdova, que es un personaje muy español, que no quiere ver la realidad y se construye en la mente su realidad, y esta realidad choca con la realidad de la mujer que quiere vivir y gozar de la vida" (Nieves Conde a Antonio Castro, *El cine español en el banquillo*, Fernando Torres editor). Y de la segunda, estas consideraciones de Vicente Vergara: "El planteamiento de Giménez Rico es muy superficial y academicista, sin que se atisbe ningún dato del contexto –la España de 1950: referencia al gol de tacón de Di Stéfano– que enriquezca la historia (…) Incluso excelentes actores como Santiago Ramos están por debajo de sus posibilidades, como si su personaje no hubiese sido definido con claridad desde el mismo guion" (Vicente Vergara, *Cartelera Turia* núm. 2.070, octubre 2003).

Recordemos que Carlos Blanco falleció en 2013 y había recibido la Medalla de oro de Bellas Artes, la Espiga de oro al mérito de la Seminci de Valladolid, que le dedicó un libro imprescindible, así como el reconocimiento de la Academia en el Centenario del Cine, además de regalarnos una página web donde se encuentran trabajos inéditos y reflexiones sobre su carrera. No tenemos tanta suerte con José Antonio Nieves Conde, fallecido en 2006, cuya filmografía –de la que siempre suelen repetir pases de la mediocre y exitosa *Balarrasa*– anda repleta de títulos enormemente curiosos y significativos. También la Seminci le dedicó una retrospectiva y un libro, y los historiadores Julio Pérez Perucha y Jose Luis Castro de Paz publicaron el valioso *Tragedia e ironía: el cine de Nieves Conde*, aparecido en 2003 en el festival de cine de Orense.

Y para terminar, la frase de Rafael Azcona: "A propósito de las trabas de la censura, hay quien asegura que 'el hambre agudiza en ingenio'. Nada de eso, el hambre sólo produce anemia".

ANTONIO LLORENS

CARLOS BLANCO HERNÁNDEZ Y LA "LLEGADA DE NOCHE" COMO FACTOR DRAMÁTICO

El gijonés Carlos Blanco Hernández (1917–2013) figura como guionista en un par de interesantes largometrajes que cuentan con algunas secuencias rodadas en su concejo natal. A saber: *Las aguas bajan negras*, estrenado en 1948, lo que equivale a señalar el comienzo de una fructífera colaboración de nuestro paisano con el aplaudido cineasta madrileño José Luis Sáenz de Heredia (1911–1992) y *Los peces rojos* (1955) que, en un primer momento, habían estado a punto de dirigir nada menos que el norteamericano Joseph L. Mankiewicz (1909–1993) y luego, curiosamente, el británico Jack Cardiff (1914–2009).

Las aguas bajan negras, una esforzada producción de un vecino mío de San Julián de Somió, Jesús Rubiera González (1904–1975), se haya solamente inspirada en una novela asturiana, *La aldea perdida*, firmada por Armando Palacio Valdés (1853–1938) en 1903, de manera que Carlos Blanco, así, gozando de total libertad en este trabajo, habría de lograr ofrecernos en la pantalla una especie de western desarrollado en el valle de Laviana, junto al río Nalón, cuando el advenimiento de la Era Industrial, en el siglo XIX.

A Carlos Blanco le gustaban bastante las "Llegadas de noche", en aquella época, por su intensidad dramática, desde *Cuando llegue la noche* (1946), adaptación suya de la obra teatral homónima del coruñés y futuro académico de la Lengua, Joaquín Calvo

Sotelo (1905–1993), hasta *Llegada de noche* (1949) y *Los peces rojos*, ambas películas realizadas por el segoviano José Antonio Nieves Conde (1911–2006) pasando también, por supuesto, por los respectivos minutos iniciales nocturnos de *Las aguas bajan negras* y *Los ojos dejan huellas* (1952) de José Luis Sáenz de Heredia.

Llegada de noche se basa en un extraño suceso acaecido, al parecer, durante la Exposición Universal de 1889, celebrada en París, y constituye, a mi modo de ver, un borrador o un antecedente de *Los peces rojos*. Alfred Hitchcock (1899–1980) habría de explicarle a su colega Francois Truffaut (1932–1984) que "esta misma historia se ha rodado tres o cuatro veces…; el mismo tipo de historia bajo formas diferentes. Todo procede de una leyenda que se sitúa en París… Sobre esta idea hice una película de media hora para la televisión", en 1955, con Patricia Hitchcock de protagonista. Una idea que él, por cierto, ya había tanteado en 1938, en el film *The lady vanishes*, titulado entre nosotros *Alarma en el expreso*.

Y ello porque la historia que se refleja en *Llegada de noche* a diversos profesionales del mundo cinematográfico internacional les resultaba atractiva en extremo: Alfred Hitchcock, Carlos Blanco, Terence Fisher (1904–1980), Antony Darnborough (1913–2000)…

Carlos Blanco, en consecuencia, a partir de un texto (de Hans Rothe, en tres actos) que andaba circulando por estas latitudes (traducido, a la sazón, del alemán) el cual había sido empleado por el berlinés Veit Harlan (1899–1964) en 1938, en cambio, en vez de en la capital francesa, en la centuria decimonónica, habría de situar en Sevilla la acción de *Llegada de noche* (cuyas copias, a día de hoy, desgraciadamente, se encuentran perdidas, inexistentes, por lo tanto, en las filmotecas).

"Alfred Hitchcock es un maestro en el arte de crear atmósferas tenebrosas y en el de dibujar con trazos inquietantes a unos personajes esclavos de la anormalidad, espíritus descarriados, tipos torturados que señalan el camino estremecedor que conduce al terrible más allá de la salud mental. En sus films, esos seres y los objetos nos salen al paso como charadas que urge descifrar, si uno quiere sobrevivir", había manifestado en 1948 el veterano cronista barcelonés S. Gasch (1897–1980). Sin ninguna duda, lo mismo podría decirse de Carlos Blanco, pienso yo, por las luces y las sombras mostradas en *Llegada de noche*, *Los peces rojos* e, igualmente, en *Los ojos dejan huellas*, cuyos fotogramas contienen (en una escena crucial) un sentido homenaje al Gran Café de Gijón de la antigua Villa y Corte (local entonces frecuentado por este autor nacido a orillas del Cantábrico) y ello con el objetivo de recoger ese "sentimiento trágico de la vida", tan hispano, de siempre, aunque ahora con envidias y rencores propios surgidos en la posguerra: cosa que se advierte en la vidriosa mirada del intérprete calabrés Raf Vallone (1916–2002) en la piel de Martín Jordán, personaje concebido muy en la línea del amargado antagonista de Abel Sánchez que aparece en la bibliografía del heroico bilbaíno Miguel de Unamuno (1864–1936).

Al principiar *Los ojos dejan huellas*, Carlos Blanco describe a Martín Jordán con "una abultada cartera bajo el brazo", amén de con abrigo y con sombrero. "Tiene un aire de fatiga toda su figura", añade en calidad de dato sumamente revelador.

Y es que el Hugo Pascal de *Los peces rojos*, un escritor fracasado, presenta asimismo ese "aire de fatiga" en "toda su figura", y unas características similares (de aspecto y condición) a las de Martín Jordán. Carlos Blanco, empero, seguirá en este caso al filósofo dinamarqués Sören Kierkegaard (1813–1855), quien "colocó al individuo contra el sistema" con ironía, temor y angustia; con "la ironía como recurso" para "provocar una seria reflexión", según el profesor noruego Jostein Gaarder.

Vencido por las circunstancias, el cansado Hugo Pascal, en su decadencia, trata de evadirse de una vida gris (impuesta inter nos después de la contienda fratricida de 1936–1939) y lucha "contra el sistema" a través de la simulación, si bien habrá de notarse ridículo, además de entrampado (necesita dinero) y atrampado (con la m de la trampa que "rescampla") en ese "camino estremecedor que conduce al terrible más allá de la salud mental", del que hablaba el precitado S. Gasch refiriéndose al londinense Alfred Hitchcock.

Carlos Blanco había considerado *Los ojos dejan huellas* una "comedia dramática", por lo que ha de observarse un aire de comedia, de farsa, sin embargo, en *Los peces rojos*, ayudando a ello la adecuada música debida al compositor con raíces valencianas Miguel Asíns Arbó (1916–1996), que acompaña a tales imágenes, y la burla fina y disimulada que encierran las canciones de la revista *Las Pájaras*, la cual se representa, a los efectos oportunos, en el popular Teatro Pavón.

Entiendo, por otro lado, que la angustia vital que padece Hugo, cae dentro de la meteoropatología, puesto que la "llegada de noche" en *Los peces rojos* ocurre en medio de una galerna y en un memorable establecimiento de la calle Corrida, a pocos metros del viejo puerto de pescadores, cercano al barrio de Cimadevilla: el Hotel Saboya, el cual, por mor de Carlos Blanco, ostenta aquí el nombre de Savoy (exactamente el que lucía antes de 1937 en su fachada).

El crítico M. Vidal Estévez recuerda actualmente la "incomprensión crítica", con motivo del estreno de *Los peces rojos*, en 1955, apuntando que uno de "estos testimonios harto elocuentes fue, por ejemplo, el publicado por Pedro Amalio López en el número ocho de la revista *Objetivo*", con una "radical crítica al guion" de Carlos Blanco.

De forma que, en *Los peces rojos*, contemplamos únicamente un "brillante ejercicio de técnica al servicio de un guion en el que la falta de calidad intenta encubrirse con la cómoda máscara de la fantasía", se lee en *Objetivo*. "Opiniones muy similares pueden encontrarse en otros textos de la época e incluso en muchos de la actualidad, que prosiguen considerándola un simple ejercicio estilístico", lo que "reveló –y revela todavía hoy– "una "estrechez de miras", concluye M. Vidal Estévez.

Ignoran, para mí, en definitiva, que en el triste y confuso Hugo Pascal hay escondidos muchos elementos biográficos de Carlos Blanco, el cual había sufrido años de prisión (por haber sido oficial de Artillería en el ejército derrotado en 1939) y continuas "llegadas de noche" a su celda (siendo sacado a menudo de ella a esas horas en que falta sobre el horizonte la claridad del sol) para recibir intimidaciones.

En *Los peces rojos* y de nuevo en torno a una "llegada de noche", en un tiempo de oscuridad, silencio y miedo, se conjuga, pues, con conocimiento de causa, el verbo sobrevivir, ya que en Carlos Blanco–Hugo Pascal se cumple a la perfección aquel célebre enunciado del metafísico José Ortega y Gasset (1883–1955): "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo".

El film *Los peces rojos*, indudablemente, ha quedado convertido en un valioso documento por todo ello.

JUAN BONIFACIO LORENZO BENAVENTE
Director de la Filmoteca de Asturias

UN SER INVENTADO

Cuando empezábamos, ya rondando la veintena, llenos de impericia y atrevimiento, a emborronar críticas de cine, temblorosas y mediocres, tuvimos la fortuna, en esa España de tonalidades grisáceas donde se palpaban el temor y un denso silencio, de conocer a un hombre excepcional que con la máxima sencillez y generosidad dialogaba con jóvenes como nosotros, chicos que queríamos acercarnos al cine de verdad tras muchas y apasionadas horas de sesiones de programas dobles, en inhóspitas salas de barrio, las únicas al alcance de nuestra insuficiencia económica. Por cierto, en años de periódicos cortes de luz en la España subdesarrollada del racionamiento alimentario, que se añadían a los cortes materiales, físicos, por mal estado de las copias que obligaban a interrumpir la proyección entre la algarabía estruendosa de la chiquillería del barrio.

En ese tiempos, Carlos Blanco ya era para los aficionados al cine el creador de una serie de películas que se eternizaban en las salas de estreno, y que luego veíamos en esos inviernos de esos cines de barrio donde combatíamos el aire helado de Madrid, junto a la frustrante penuria alimenticia de esa España de Franco, producto de su exiguo racionamiento.

A lo largo de años de estrecha amistad y, por suerte para nosotros, de charlas cotidianas, ahora en un país liberado, charlas largas, sin prisas, sin pausas –porque Carlos era un maestro de la palabra–, al calor de una taza de café, normalmente en su barrio donde acabó tras residencias y vicisitudes varias, al regre-

so de Hollywood después de un contrato que él no quiso que le atase los siete años habituales en esa época.

Cumplido el año, sintió la añoranza de su viejo café Gijón y de sus contertulios que eran hombres claves de la literatura, el periodismo, el teatro, de las décadas de los 40 y 50. Y Carlos regresó a este Madrid desangelado y cruel de la segunda etapa de la posguerra.

El guionista de películas como *La Princesa de los Ursinos*, *Locura de amor*, *Las aguas bajan Negras*, *Don Juan*, *Los ojos dejan huella*, pese a todas las limitaciones de una censura tan implacable como obtusa, propia de un país que había laminado la España que Carlos Blanco, y tantos grandes hombres silenciados tras la guerra civil (muchos ahora exiliados, en sus países de acogida, merced a su brillante labor previa en España por brillantez, conocimientos, cultura y ciencia), habían ambicionado antes de 1936. Carlos, peregrino humillado, maltratado, rotando al menos por una decena de cárceles por sus ideas y su entrega como Oficial de Artillería en el ejército republicano, puso en esa hambrienta posguerra su amplísima cultura humanista, su devoción a las artes, al servicio del cine. Una tabla de salvación para lidiar su grave desamparo económico. Previamente se le había prohibido, por su condición de republicano combatiente, terminar los estudios universitarios que había tenido que abandonar al estallar la guerra.

En nuestras charlas, que nos resultaban extraordinarias a pesar de mi presencia de años en tres carreras en la Universidad, aprendí muchísimo y le escuché exponer que una buena idea compone un buen argumento, y luego un buen guion. El de *Los peces rojos* hace justicia a su lema de que hay que sentir lo que se cuenta. Y que en el modo de contar no interviene solo el interés del relato, sino la voz del escritor , las apoyaturas, las pausas, los

silencios, dejar que el oyente –luego espectador– digiera todo lo que nos conviene que sienta, que saque sus conclusiones, y mejor si son equivocadas, porque así seguiremos sorprendiéndole. El interés es una larga sorpresa sincopada hasta la palabra "Fin".

Y hoy recordamos asimismo su idea motriz: "No creo que un buen guion sea natural. Han de confluir dos condiciones: saber contar y respirar. Desde luego, la historia y los personajes imponen sus reglas al guionista. Si los personajes están construidos con sinceridad, hablan, piensan y actúan de un modo determinado, hacerles actuar de otro modo sonará a falso, hará increíble la historia".

Carlos Blanco recordaba, con la extraordinaria lucidez que siempre le distinguió, que *Los Peces Rojos* se le ocurrió oyendo a algunos editores de libros y revistas literarias eso tan manido de "es interesante, pero los personajes son increíbles. No son "humanos".

"Entonces –me decía– "imaginé el reto de un escritor llegado a Madrid que se harta de oírlo. Y no escribe un personaje, sino que lo crea en realidad y vive con él. Luego, evidentemente, la cosa se complica, pero no por falta de "humanidad" sino por exceso".

La creación del guion de *Los peces rojos* refleja la visión lúcida, inteligente y serena siempre, de las andanzas de unos personajes a los que conduce en un devenir intrincado de su aventura personal.

Carlos Blanco dibuja la personalidad de esos seres a los que complica su vida y sus emociones en una intriga que nos mantiene embebidos en su ir y venir, en el marco de una trama en la que con habilidad extrema nos va guiando con exquisito tacto.

La inteligencia de Carlos nos arrastra de mano maestra por unos vericuetos que han de estallar en un final que nos permite respirar tras las vicisitudes de los seres cuyas vidas él ha esculpido escena por escena, frase a frase sin desfallecer, sin que, presas de su ir y venir, dudemos un instante en seguirle en su historia.

En un arco muy bien construido, Carlos Blanco hace con el guion de *Los peces rojos* nos apasionemos por una historia en la que sus personajes nos van desvelando paso a una intriga con la que juega su inteligencia apoyada en la precisión de sus gestos y palabras.

Pero el autor, enamorado de las palabras, que hacían un delicia escucharle alrededor de una mesa –mejor si era la de un café–, sin caer en sus guiones en la teatralidad tan dañina en el cine, las modela. Como todos los grandes narradores, se vale de la palabra, llena de imágenes nítidas, están presentes la luz, el gesto, hasta el lugar donde, con sentido común, ha de situarse la cámara, todo sin necesitar introducir nunca un término técnico.

Y todo porque el escritor, más que el deslumbramiento técnico, valora el sentido común como la cualidad excelsa, de su vitalidad creativa. Y esta era máxima.

JUAN COBOS, 2015

UN GUIONISTA CON HISTORIA

La primera vez que vi *Los peces rojos* fue hace unos veinte años, como diría Carlos Blanco "casi en el Antiguo Testamento". Por aquella época, yo trataba de escribir mi primer guion, un largometraje de cine negro. Como buen novato, buscaba referencias cinéfilas que me indicaran el camino y un amigo, propietario de una vasta videoteca, en la que me he abastecido desde entonces, me hizo una fantástica selección. Cuando llegué a su casa tenía apiladas, en la mesa del salón, unas veinte películas. Allí estaban todas: películas de Alfred Hitchcock, de Robert Siodmak, de Billy Wilder… casi todas, claro, me sonaban (*Perdición*, *A través del espejo*, *Vértigo*…) pero entre ellas había una de la que nunca había oído hablar: *Los peces rojos*. "¿De quién es?", pregunté intrigado a mi amigo. "De Nieves Conde", me contestó él. "Ah, ¿pero es española?", dije sin mucha pasión. "Sí, y está rodada aquí en Gijón, y su guionista es también de aquí, pero está al nivel de las otras, ya verás como te gusta", sentenció.

Y no solo me gustó. Me quedé fascinado por la historia, por las imágenes y por unas localizaciones que estaban a escasos metros de mi casa. Y viéndola comprendí que se puede hacer un cine negro, tan negro como el de Hollywood, pero rodándolo en el barrio de una ciudad asturiana porque la bahía de San Francisco o los muelles del puerto de Nueva York no tenían, ni de lejos, la potencia visual del Mar Cantábrico. Y también descubrí que en España teníamos a un guionista llamado Carlos Blanco que podía hablar cara a cara con Ben Hecht o Dalton Trumbo sin inmutarse.

Años después tuve, por esas carambolas que a veces se dan en la vida, la oportunidad de dirigir un documental sobre Nieves Conde y, entre los entrevistados, estaba Carlos Blanco. ¡Increíble! Después de tantos años iba a conocer al creador de aquella mítica película. La entrevista, que en un principio iba a durar un par de horas, se prolongó varios días; días en los que Carlos nos contó, en primera persona, igual que contaba los guiones, momentos difíciles de su larga vida, nos habló de la guerra, de las cárceles y las torturas, pero también de sus pasiones, de sus películas, de sus amigos… todo el equipo se quedaba con la boca abierta oyendo a este contador de historias mientras compartía días con nosotros (bueno, en realidad, mañanas, porque por las tardes ni quería ni podía dejar de hacer lo que llevaba haciendo los últimos setenta años: escribir).

Desde entonces he visto a Carlos muchas veces, hemos hablado de sus proyectos, de los míos, de alguno nuestro; e incluso más de una vez tuve la osadía de invitarle a tomar algo al Café Gijón porque sabía que charlar con Carlos Blanco en el Café Gijón era uno de esos momentos que cuando están sucediendo sabes que quedarán atados en la memoria. Como aquel día que, mientras nos levantamos para irnos, me dijo tranquilamente que la mesa donde habíamos estado era la misma donde en 1955 había escrito *Los peces rojos*.

Y es que, a lo largo de estos años, *Los peces rojos* se ha convertido para mí en una compañera de viaje que de vez en cuando aparece en el camino y me acompaña durante un trecho. Y durante ese trecho siempre veo en ella cosas nuevas, distintas… porque, sí, es una gran historia, pero también es muchas y, al igual que las matrioskas rusas, encierra dentro de ella varias películas.

Los peces rojos es cine negro, claro, pero también de misterio (que no es lo mismo) y es una película romántica (con su

historia de amor y celos) y costumbrista (con las gentes del teatro) y neorrealista (porque refleja tan bien o mejor que otras el hambre y la miseria de una época); es, incluso, surrealista (con la impagable y valiente escena del pavo). Es, al fin, una película fantástica (o una fantástica película, porque, en este caso, las dos acepciones valen).

Crear mundos, historias, personajes… y que parezcan, que sean reales, es algo que solo está reservado a unos pocos. Y uno de esos pocos es Carlos Blanco. Carlos, con esa voz negra, sincera, que sale de dentro, ha logrado intrigar y emocionar (¡qué dos cosas tan difíciles!) a millones de espectadores, que probablemente no conocían su nombre, pero que se han visto atrapados por el talento de este genio del siglo XX.

Imaginación, sabiduría, generosidad y bondad; esos son los cuatro pilares que sustentan la vida, la personalidad, de un hombre que aunque ya no está, en realidad siempre estará presente; como sus películas, como su obra.

Carlos es cine y es vida; pero además, además de todo eso, Carlos Blanco es guionista. El mejor guionista que ha dado el Cine Español.

Y aquí está la prueba.

ALFONSO S. SUÁREZ

e vieron llegar y abrirla. Se volvió a ellos:

INSPECTOR: ¿Quieren hablar algo? ~~(SALIÓ, CERRANDO TRAS SÍ~~ Inspector salió a la calle. Cierra la puerta tras de sí. Se ve tras de los cristales al

Comisario y el Conserje ~~se mantuvieron un instante en silen~~ ~~Habló el conserje:~~ que hablan, sin ~~oír~~ ser oídos.

CONSERJE: Es imposible que se diga... Además, no estoy seguro de que yo hablaba del piso aquí... Debí hacerlo mientras subíamos en el ascensor.

Inspector ~~[illegible]~~ intenta abrir. No puede. Dá con los nudillos ~~[illegible]~~ sobre los cristales de la puer ~~[illegible]~~ El conserje se apresuró a correr hacia y abrirla.

CONSERJE: Le estaba diciendo, que no estoy seguro de haber ...

Se detuvo al notar la expresión de extrañeza del Inspector. Se con los nudillos levantados, en actitud de golpear. Y sin en- un solo paso.

INSPECTOR: ~~¿Está~~ Esta puerta está igual que anoche? (PREGUNTÓ. Y EL COMISARIO COMENZÓ A ACERCARSE DESDE EL FONDO)

CONSERJE: Igual. (CONTESTÓ/ respondió EL CONSERJE, ALARMADO)

INSPECTOR: ¿También anoche le faltaba, ~~esto~~ el picaporte?

Señaló el lugar donde debía haber picaporte para abrirla y que, fecto, ahora faltaba; asomaba, tan sólo, el vástago de hierro semillar de la parte del hall. El conserje sonrió, más tranqui-

los peces rojos

Guion de
Carlos Blanco

Un mar embravecido ataca fortísimo las defensas del puerto de GIJÓN. Es una galerna impresionante.

Sobre FOTOGRAMAS del furioso oleaje volcándose con estrépito sobre la Punta Lequerica; de las calles de GIJÓN barridas por cortinas de agua y viento; y sobre la VISIÓN de la ciudad aplastada bajo el huracán, SURGEN LOS TÍTULOS DE CRÉDITO.

Cuando DISUELVE el último, aparece un telegrama de prensa:

> "CONTINÚA LA GALERNA EN EL CANTÁBRICO. GIJÓN 12. CON IGUAL FUERZA QUE LOS ÚLTIMOS DÍAS HA CONTINUADO HOY LA GALERNA AZOTANDO LA COSTA, SIN DAR SEÑALES DE DECRECER EN SU FURIA. EL ASPECTO DEL MAR ES IMPRESIONANTE. EL PUERTO CONTINÚA CERRADO."

****

La calle Corrida, la más ancha de la ciudad, y que conduce al puerto, aparecía solitaria, sin más sonido que la cruzase que el alarido del viento que se encajonaba por ella procedente del mar.

A la una de la madrugada surgió un automóvil. Avanzó con velocidad por la calle Corrida desafiando la furia del vendaval, en dirección al puerto, y se detuvo en las últimas casas, en el Hotel Savoy. Descendió el hombre que lo conducía y entró en el pequeño portal del hotel. Golpeó fuerte y con insistencia en los cristales de la puerta. Llevaba en la mano un maletín. (Un reloj saliente sobre la acera de la calle, marca la hora).

El viejo conserje, que dormitaba en el comptoir, se incorporó con extrañeza, y al ver la figura recortada tras los cristales, se levantó y fue hacia la puerta, con dificultad reumática. Llevaba uniforme, pero una bufanda alrededor del cuello y boina. Abrió la puerta.

CONSERJE
Buenas noches, señor.

HUGO
Buenas noches.

Era un hombre alto y fuerte. Entró, resoplando de frío.

CONSERJE
¿Qué nochecita, eh?

Dijo el conserje. Se dispuso a seguirle, dejando caer la puerta… pero alguien lo impidió sujetándola. El conserje se volvió a mirar, al tiempo que el forastero decía, internándose hacía el comptoir.

HUGO
¡Tremenda!

El conserje vio que era una señorita quien sujetaba la puerta para poder entrar. El viejo se apresuró a abrirla más.

CONSERJE
¡Perdone! No la había visto.

Ella entró por el hueco, diciendo:

IVÓN
¿Eso que suena es el mar?

CONSERJE
Sí, señorita... Así llevamos una semana.

Ella se alejaba tras el hombre, pisando la alfombra hacia el comptoir, y el conserje se apresuró a dejar caer la puerta y a seguirlos.

IVÓN
¡Parece que se va a meter aquí!
(DIJO ELLA, SIN DEJAR DE ANDAR)

HUGO
Habrá habitaciones, ¿no?
(INTERRUMPIÓ EL HOMBRE, VOLVIÉNDOSE DESDE EL MOSTRADOR)

CONSERJE
¡Uh! ¡Como si quieren el hotel entero!...
En esta época del año, Gijón está muerto.

HUGO
Queremos tres habitaciones con baño.

El conserje los miró mientras se metía tras el mostrador.

CONSERJE
¿Tres?
(SE QUITÓ LA BOINA Y SE PUSO LA GORRA DEL UNIFORME)

El hombre, que había empezado a desenroscar su estilográfica para rellenar la hoja de entrada, miró a la muchacha:

HUGO
¿Qué hace Carlos que no entra?

Ella, casi la mitad de años más joven que el hombre, dejó el maletín que traía junto al otro, señalando distraídamente hacia la calle con la cabeza:

IVÓN
Está mirando no se qué en el escaparate de al lado...

El hombre se inclinó a rellenar la hoja, y ella ladeó graciosamente la cabeza escuchando. Llegaba, pavoroso, el fragor del mar.

IVÓN
¿Oyes, Hugo, cómo suena el mar? ¡Debe ser fantástico! Me gustaría acercarme a verlo.

HUGO
¿Quieres salir y decirle a ese estúpido que entre de una vez?

Lo dijo sin levantar los ojos de la hoja, de una forma desabrida.

Ella inició un bostezo y se alejó de nuevo hacia la puerta.

CONSERJE
¡Estos niños de ahora!
(BROMEÓ EL CONSERJE. PUSO LA MANO SOBRE LOS MALETINES)
¿Es todo el equipaje señor?

HUGO
No. Fuera tiene mi hijo una maleta grande… ¡No, no, deje que la entre él! ¡Que se moleste!

El conserje volvió a quedarse quieto.

Se oyó hablar a la muchacha. El conserje miró hacia ella. La muchacha estaba dentro del hall, pero mantenía abierta la puerta de la calle:

IVÓN
Bueno, Carlos, te admito el regalo… ¡Pero ahora entra, que tu padre se está enfadando!
(HIZO UNA PAUSA Y AGREGÓ)
¡Ni hablar! ¡Cualquiera sale con el frío que hace! Mañana lo veré. ¡Venga , date prisa!

Dejó caer la puerta y volvió andando hacia el comptoir.

HUGO
(MOSTRANDO LAS HOJAS DE RECEPCIÓN)
Firma aquí, Ivón... la de mi hijo que la llene él.

CONSERJE
¡Bah, siendo un niño…!

HUGO
¿Niño? ¡Tiene 19 años! Si le parece niño...

(SE FUE HACIA EL ASCENSOR)
¿Nos puede dar juntas las habitaciones?

CONSERJE
Lo que quiera; está todo vacío.
(EL CONSERJE ESTABA TANTEANDO EN EL LLAVERO)
Les daré "la suite" del segundo piso, que es la mejor.

Descolgó la llave, recogió las dos maletas y siguió a Ivón, que entraba ya en el ascensor. Dentro ya los tres, el conserje aguardó con las puertas abiertas.

HUGO
¿A qué espera? ¿A mi hijo? ¡No faltaba más! ¡Hala, hala…! ¡que suba andando, que tiene buenas piernas!

Cerró las puertas el conserje, y el ascensor se elevó con un zumbido.

Se detuvieron en el segundo piso y salieron. La muchacha reenvió al hall el ascensor, con una dulce sonrisa de disculpa y piedad para el muchacho.

IVÓN
¡Pobre! También él debe de estar cansado…

El conserje abrió la puerta de la "suite". Tenía salita central, con tres dormitorios que se abrían a ella.

CONSERJE
¿Les parece bien?

HUGO
Muy bien.

IVÓN
Quiero darme una ducha. ¿Hay agua caliente?

La muchacha le quitó de la mano su maletín y fue hacia uno de los dormitorios.

CONSERJE
Sí, señorita. Hace un rato estaba hirviendo...

La muchacha desapareció en aquel cuarto, y el conserje siguió al hombre, que entró en otro preguntando:

HUGO
¿Podemos comer algo?

CONSERJE
Pues… sí. Pero tiene que ser fiambre. ¡Fíjese la hora que es!

HUGO
Pues fiambre... Para tres. Y tres botellas de cerveza.

CONSERJE
Voy a decírselo a la camarera.

El hombre, que se había quitado el abrigo y buscaba dónde dejarlo, se volvió de pronto:

HUGO
¡Oiga!

El conserje se detuvo en la puerta.

HUGO
Y tres cafés... Bueno, pregunte antes a la señorita si prefiere té.

El conserje salió, cruzó la salita y entró en el cuarto de Ivón. La puerta seguía abierta y oyó correr la ducha. Avanzó tímidamente. Había ropa tirada sobre una butaca. Y los zapatos sobre la alfombra, junto con las medias. El grifo de la ducha corría a toda presión, y a través del cristal del montante vio la luz encendida y la condensación espesa del vapor.

CONSERJE
Se cuece viva.
(DIJO CON ESPANTO Y EL CONSERJE SE FUE SIN ESPERAR A MÁS)

Cuando pisaba los últimos escalones, envocando de nuevo el hall, vio cerrarse con violencia las puertas del ascensor e, inmediatamente, el zumbido de subida. Ante el mostrador del comptoir, una maleta grandísima y, sobre ella, una gorra de visera de sportmen. El conserje hizo un gesto de fastidio y siguió con la vista el subir del ascensor.

CONSERJE
¡Rico! ¡Qué monada de criatura!... ¡Podías haberte subido la maletita Angelito!

Descendió y vio sobre el mostrador con asombro, la pluma de la escribanía clavada verticalmente en el centro mismo de un impreso recién llenado por el muchacho.

CONSERJE
¡Maldita sea!... ¿Por qué no te la habrás clavado donde yo sé?
(TUVO QUE TIRAR DE ELLA CON TODAS SUS FUERZAS. LUEGO, ECHÓ UNA OJEADA AL IMPRESO, GARABATEADO CON DESENFADO)
"Carlos Pascal. Diecinueve años..."
(ESTRUJÓ EL PAPEL HACIÉNDOLO UNA PELOTA)
Esos te daba yo de cárcel.

Tiró el papel y levantó el teléfono interior.

****

La camarera de guardia extendió un mantel blanco sobre la mesita de la sala y repartió las tres servilletas. A través de la puerta cerrada del dormitorio de Carlos salía la música de un gramófono; las trepidantes notas de la marcha militar "los voluntarios".

IVÓN (OFF)
¡Qué espanto! ¡Cómo suena el mar!

La camarera se volvió. Ivón salía despacio de su habitación, atusándose el pelo húmedo. Ahora sin abrigo, podía contemplarse lo elástico de su cuerpo. Merecía la pena contemplarlo.

CAMARERA
¡Lleva así toda la semana!

IVÓN
¡Debe de estar fantástico! ¿Por qué no nos acercamos a verlo, Hugo?
(LLEVÓ LA VISTA A LA PUERTA ABIERTA DE LA HABITACIÓN DE ÉL, Y DE NUEVO LLAMÓ A LA CAMARERA)
¿Desde dónde se puede ver bien?

CAMARERA
Desde Santa Catalina. Un promontorio que hay aquí cerca.

CONSERJE
¡Pero allí no pueden subir, mujer!
(SONÓ EXHAUSTA LA VOZ DEL CONSERJE. LE VIERON LLEGAR ARRASTRANDO LA GRAN MALETA)
¡Hace un viento horroroso!

HUGO
¡El espectáculo debe ser impresionante!

Se asomó secándose las manos. La muchacha giró a él con viveza:

IVÓN
¿Subimos?

Hugo, sonriente, señaló con la cabeza a la puerta de Carlos de donde seguían saliendo "Los voluntarios".

HUGO
¿Querrá venir éste?

IVÓN
¡Claro, menudo es!

Hugo fue hacia la puerta, la abrió y entró diciendo:

HUGO
Oye, Carlos, ¿te gustaría...? ¡Pero quita esa música hombre!

Y el resto murió al cerrar la puerta. La música cesó. El conserje miró a Ivón.

CONSERJE
Les advierto que es muy peligroso... Yo no subía, aunque...

CAMARERA
¡Además aquello está muy oscuro!
(LA CAMARERA ARRUGÓ LA CARA)

IVÓN
Bueno, ¡Pero esto se ve solo una vez en la vida! —Repuso IVÓN alegremente.

La puerta volvió a abrirse y salió Hugo hablando a Carlos:

HUGO
¡Como quieras! De todas maneras te vas a mojar...

CARLOS(Off)
¿Me pongo el impermeable?

HUGO
Bueno.

IVÓN
¡Y el paraguas! ¡Si no te lo quita el viento!

CARLOS (OFF)
Llevaré las dos cosas...

Respondió el muchacho, y empezó a silbar la marcha de “Los voluntarios”. Hugo terminó de cerrar la puerta.

IVÓN
Dile que se dé prisa, Hugo.

HUGO
¡Date prisa, Carlos!
(EXCLAMÓ HACIA LA PUERTA)
Ya está la cena.

CARLOS (OFF)
A la orden mi coronel.

Hugo sonrió.

****

Ivón gritó pidiendo auxilio hasta casi reventar. Pero se le llenaba la boca de viento, y los oídos del terrible fragor del mar. Surgió enloquecida de entre las sombras de la calle. Desde la parte alta de la calle donde se unía con el promontorio. Corría cuesta abajo gritando. La calle estaba desierta y solo una bombilla amarillenta, bien protegida por una red metálica iluminaba un rincón. Pero se abrieron algunas ventanas y, luego, de una puerta de una taberna, surgieron unos hombres. La vieron bajar y cómo se abalanzaba a ellos, entre alaridos. Gritaba y lloraba al tiempo. No quedaba nada de la segura y elástica muchacha del hotel. Ahora era un guiñapo debatiéndose con un ataque de nervios. Lograron entenderle la palabra “vertedero”, y que alguien estaba allí necesitando auxilio. Mientras unos la metían a viva fuerza en la taberna, corrieron otros cuesta arriba, hacia las sombras del promontorio. Y dieron con el hombre. Hugo estaba dentro del balconcillo que sale cuatro o cinco metros sobre el vacío sobre un espantoso abismo bajo el que el mar se desataba rabioso. Crujía la madera del vertedero sacudido por el huracán, pero Hugo, aferrado al antepecho, se mantenía con los ojos clavados en la profunda escollera barrida continuamente por el oleaje.

Gritaba infrahumano, sin apartar los ojos, señalando el abismo. Pero allí no había más que sombras y mar. Tuvieron que arrancarle de la madera y llevárselo casi arrastras...

****

Hugo apuró otra copa de coñac.

GUARDIA 1º
Vamos, cálmese.

GUARDIA 2º
¿Pero qué le ocurrió? ¿Resbaló? ¿Qué hacían por aquí a estas horas?

Los dos guardias civiles estaban inclinados sobre él, caído flojamente en una silla de la taberna. Les rodeaban también los hombres que les auxiliaron, tensas las caras empapados sus trajes de Mahón.

Hugo jadeaba aún. En un rincón, atendida por unas mujeres, lloraba la muchacha.

HUGO
Habíamos subido a ver el mar.

GUARDIA 1º
¿Ustedes viven aquí en Gijón?

Hugo movió trabajosamente la cabeza. De pronto, intentó levantarse de nuevo.

HUGO
¡Hay que buscarle, tengo que buscarle!
(LE SUJETARON Y ÉL SE DEBATIÓ RECHINANDO LOS DIENTES, MIRÁNDOLES CON FURIA)
¡Déjenme! ¡Vengan ustedes también! ¡Puede que esté vivo! ¡Suelten!

GUARDIA 2º
¡Cálmese! ¡Quédese quieto! ¿Qué le ocurrió a su hijo? ¿Resbaló?

Hugo se echó a llorar. Fue cosa de un instante, enseguida empezó a hablar con voz entrecortada.

HUGO
Iba delante de nosotros. Al llegar al vertedero empezó a correr... entró corriendo en él... Yo me asusté. Lo zarandeaba el viendo... Le grité...
(ROMPIÓ EN UN SOLLOZO)
Pero Carlos fue siempre un loco.
(VOLVIÓ A JADEAR)
Me dijo algo, riéndose. De pronto le ví dar un salto y sentarse en la baranda... corrí hacia él... Pero no llegué a tiempo. Le vi caer dando vueltas...

Se cubrió la cara con las manos atropelladamente, frenéticamente.

HUGO
Cayó dando vueltas, ¡gritando! Dando unos gritos espantosos.

Volvió a combulsionarse por la congoja.

Hubo un silencio.

La escasa luz de la taberna daba a todo un aire angustioso. A la pareja de la Guardia Civil, con su tricornio sin brillo, su capote pardo—verdoso lleno de salitre del mar, el máuser al hombro... Y luego los hombres silenciosos en derredor.

****

El mar sigue con igual furia. Las olas estallan en los escollos de la base del promontorio y se elevan entre espuma a grandísima altura… Hay una luz vacilante, de amanecer. Algunas docenas de pescadores ayudan a la búsqueda del cadáver. Están escalonados a diversas alturas, descolgándose desde el vertedero que sobresale en la cumbre del promontorio. Algunos audazmente, han descendido hasta muy cerca del brutal oleaje.

Silva el viento.

Los pescadores, algunos, llevan faroles en las manos.

De vez en vez, entre ráfagas de viento, llegan voces de mando y gritos de precaución.

La CÁMARA descubre arriba, en el balconcillo del vertedero, las figuras de dos hombres.

En PLANO CORTO les vemos. El Comisario Jefe de la Policía local y un inspector. De edad madura, el primero; el segundo, joven y de rígida expresión.

Apenas se sujetan allí por la violencia del huracán.

Tienen la vista clavada en el buscar de la gente.

COMISARIO
¿Dónde está?

El Inspector se incorporó mirándole:

INSPECTOR
¿Cómo?

El viento les aturdía.

COMISARIO
¿Dónde está el padre?

El Inspector señaló hacia abajo:

INSPECTOR
Se ha descolgado con una cuerda.

El Comisario se inclinó tratando de localizarlo. Luego, se enderezó de nuevo, moviendo la cabeza con desesperanza.

COMISARIO
¿Habló usted ya con la mujer?

INSPECTOR
Todavía no.
(MIRÓ INTERROGADORAMENTE A SU JEFE Y LUEGO PREGUNTÓ)
¿Quiere que la interrogue?

El Comisario afirmó con la cabeza.

El Inspector se volvió y fue hacia la salida de balconcillo...

El Comisario volvió a inclinarse sobre la baranda, observando la busca...

****

Cerca de la cama, en el dormitorio de Ivón, en el hotel, había una camarera removiendo con una cucharilla una taza de café.

El Inspector se inclinó hacia el lecho.

INSPECTOR
Haga un esfuerzo, tómese el café.

Estaban en la habitación de Ivón en el hotel. La muchacha yacía de bruces sobre la cama, vestida aún. Ya no lloraba, pero se notaba su crispación de nervios en las manos clavadas en la almohada. Movió la cabeza negativamente.

INSPECTOR
La dejaré tranquila enseguida
(INSISTIÓ EL INSPECTOR)
No tengo más remedio que hacerle estas preguntas, compréndalo.

IVÓN
Sí.
(LO RECONOCIÓ SIN LEVANTAR LA CABEZA DE LA ALMOHADA)

El policía se incorporó de nuevo. La camarera extendió su taza.

CAMARERA
El café la reanimará. Está usted helada, señorita.

IVÓN
No quiero nada.

INSPECTOR
Déjelo.
(EL POLICÍA TOCÓ EN EL BRAZO A LA CAMARERA)
¿Qué profesión tiene su marido? ¿En qué trabaja?

IVÓN
No es mi marido.
(LEVANTÓ APENAS LA CABEZA Y LE MIRÓ CON OJOS ENROJECIDOS)
Es mi prometido. Vamos a casarnos.

INSPECTOR
Bien. ¿Qué profesión tiene?

IVÓN
Es escritor. Novelas, obras de teatro…

Guardó silencio.

IVÓN
¿Cree qué habrán encontrado algo?
(DIJO DE PRONTO)
Yo debería estar allí también... Debo estar a su lado por si encuentra el cadáver.
(PARECIÓ IR A LLORAR DE NUEVO)
¡Si está solo no lo resistirá! ¡Le quería como a nadie!

INSPECTOR
Serénese, por favor… ¿Y cuál es su profesión? Me han dicho que actriz.

IVÓN
Si, señor.

INSPECTOR
¿A qué vinieron? Quiero decir... ¿cuáles eran los motivos del viaje?

IVÓN
Pues... Nada fijo. Él acabó una novela; yo... pedí unas vacaciones en el teatro y... a Carlos... lo convencimos para que nos acompañara. Queríamos recorrer todo el norte.

INSPECTOR
Su prometido es viudo, claro.

IVÓN
No, señor. Soltero.

El policía notó sobre él la sorprendida mirada de la camarera, que ya se iba de la habitación.

INSPECTOR
Entonces... ese hijo...

IVÓN
Carlos... era hijo natural. Llevaba los apellidos del padre.

Se hizo un silencio. Luego se oyó un rumor de pasos, de gente que se acercaba por la salita inmediata. El policía volvió los ojos a la puerta. Apareció el novelista. Buscó con los ojos a Ivón y se detuvo. Su aspecto era de una gran amargura, de una completa desesperanza. Parecía haber envejecido. Las manos hundidas en los bolsillos del abrigo; los zapatos llenos de agua y arena.

Ivón se había incorporado, en tensión.

Fuera en la salita, quedaron los curiosos, empleados del hotel y algún cliente.

Él, sin dejar de mirarla, empezó a negar lentamente. Ivón fue poniéndose en pie con un sollozo y bruscamente se arrojó sobre el hombre y le abrazó con enorme fuerza. El la rodeó tembloroso y apoyó su cara en el pelo de la muchacha.

El agente retrocedió hacia la puerta. Lo piadoso era salir de allí. Cerró la puerta tras él y les dejó solos.

Hugo e Ivón siguieron abrazados un instante. Luego, ella separó la cabeza y pareció escuchar. También él prestó atención al alejar de los pasos por la salita. Ivón se desprendió de sus brazos, fue hasta la puerta y, delicadamente, hizo girar la llave, asegurando así su tranquilidad. Se volvió empezando a sacarse el jersey por la cabeza. Hugo mantenía los ojos bajos. Ivón tiró lejos el jersey y se frotó los brazos aún húmedos, yendo hacia la taza de café.

IVÓN
¡Uuuh!
(RESOPLÓ)
Estoy helada... siguen aquí un minuto más y pesco una pulmonía. ¿Te vas a tomar ese café o me lo tomo yo?

HUGO
(RECHAZA CON UN ADEMÁN. LEVANTÓ LOS OJOS DEL SUELO)
No, estoy cansadísimo.

IVÓN
Bueno, ya se acabó todo. Ese imbécil policía me estaba hartando ya.

Dio un sorbo al café con delectación.

Él habló lentamente, sin mirarla, con infinita amargura.

HUGO
No volvería a repetir esto por todo el oro del mundo.

La muchacha lo contempló por encima de la taza.

IVÓN
Bah. Anda, quítate esa ropa. Y los zapatos.

HUGO
Debo tener fiebre.
(COMENZÓ A ANDAR HACIA LA CAMA)
¡Qué sensación más extraña esta de perder un hijo!

IVÓN
¡No digas tonterías!... ¿Por qué no te das una ducha bien caliente?

HUGO
Me noto las manos llenas de sangre.

Ivón dejó la taza vacía sobre la mesa y fue hacia la ducha.

IVÓN
No dramatices, que ya no te ve nadie.

HUGO
¡Lo digo de verdad!

Se revolvió hacia ella, iracundo. Ivón se detuvo echándole una mirada de sorna.

IVÓN
¿De veras no te has quedado ahora mucho más tranquilo? El asunto está liquidado… ¡Y estupendamente liquidado!
(FUE A VOLVERSE PARA ENTRAR EN LA DUCHA, PERO LE MIRÓ DE NUEVO, SATISFECHA)
Bueno, ¿y qué dices de mi actuación? ¿Crees

que merezco estar en la Latina? ¡Me hubiera gustado ver aquí a más de una!

Empujó aquella puerta y se metió en la cabina con aire vanidoso.

HUGO
Tú hablas así porque no sabes lo que es un hijo... ¡no sabes lo que se le llega a querer!

IVÓN
Puedes seguir queriéndole ¿quién te lo impide?

Salió la voz cargada de burla por la puerta entreabierta.

HUGO
¡Diecinueve años viviendo con él! Sintiéndolo a mi lado día tras día, hora tras hora...

IVÓN
¡Quieres callarte de una vez! ¡No digas más estupideces!

(SONÓ FURIOSA LA VOZ DE LA MUCHACHA. DE PRONTO ASOMÓ SU CABEZA MEDIO ENJABONADA Y MIRÓ AL HOMBRE, DICIENDO CON VOZ SUAVIZADA)

Por favor, cálmate. Anda, fúmate un pitillo. ¿Por qué no vas haciendo ya la maleta?

Se ocultó de nuevo y empezó a sonar el correr de la ducha.

Hugo mantuvo un instante los ojos sobre la cabina y luego se sentó lentamente en la cama, sin llegar a sacar las manos de los bolsillos del abrigo.

Al cabo de un instante, murmuró:

HUGO
Lo quieras o no tenemos las manos llenas de sangre.

Volvió a guardar silencio. Pero aunque su boca permaneció cerrada, y rígido su rostro, siguió hablando la voz de su pensamiento.

HUGO
Hace quince días apenas me daba cuenta de que tenía un hijo... y ahora está muerto... las cosas empezaron a liarse la noche aquella en “La Latina”.

****

En la fachada del teatro de La Latina destaca sobre el tubo de neón el título de la revista, “LAS PAJARAS”, y los grandes cartelones con las efigies de las primeras figuras. Había el acostumbrado bullicio en las puertas y por la acera, entre los vendedores de lotería y “las” del tabaco rubio…

La voz de Hugo siguió evocando:

VOZ DE HUGO
Ivón trabajaba en aquel teatro. Hacía un papelito idiota en aquella revista estúpida. ¡Pero ella estaba contenta! Bueno, menos aquella noche.

****

VOZ DE HUGO
¡Un sobre azul la sacó de quicio!... ¡Un simple sobre!... O quizá fuese el membrete que traía el sobre...

Sobre el tocador de su cochambroso camerino, había un sobre azul, abierto ya. Estaba situado junto a un peine, cuatro tarros de crema barata, una polvera deshilachada y una toalla con manchones de carmín. Era un sobre bancario; el membrete decía “BANCO...”

Y frente al tocador, de pie y fumando nerviosa, con los ojos rabiosos clavados en el sobre está Ivón, con ceño y gesto de mal humor.

Vestía ya el trajecito para actuar: la versión frívola del banderillero.

Lejos, a través de la puerta entornada, se oía la música ramplona del número que estaba sobre el escenario.

Ivón inició un corto paseo y volvió de nuevo junto al tocador. Alargó la mano y cogió el sobre mirándolo pensativa. Giró hacia la puerta, la abrió y se asomó por encima de la baranda de hierro.

IVÓN
¡Señor Manolo!

Al final de la escalera que bajaba a los pasillos y al escenario, estaba el portero de charla con un guardia de la Policía Armada.

PORTERO
(LEVANTANDO LA CABEZA)
¡Qué hay!

IVÓN
¿Le ha visto entrar?

PORTERO
No.

IVÓN
¿Ni ha llamado por teléfono?

PORTERO
Tampoco.

Ivón volvió a meterse en el camerino y fue lentamente hasta el tocador. Puso de nuevo el sobre encima del tablero y luego abrió el cajón y lo metió dentro. Cuando cerraba, se abrió la puerta y surgió el avisador, coincidiendo con los aplausos que señalaban el final del número del escenario.

AVISADOR
¡A escena, señorita Ivón!

Y tras él, surgió, jadeante, Magda. Viene del escenario y aparta al avisador para entrar. También es guapa, o mejor "fue" guapa. Aún conserva atractivo, pero su madurez y el agotador trabajo han dejado en ella una desoladora huella. Tiene aire de "estar de vuelta de todo".

MAGDA
¡Hola, Ivón! ¡A dar la cara! ¡Uh, qué pesaos están los graciosos de la fila cero…!

Ivón aplastando el cigarrillo sobre un platillo de una taza de café, sombríamente.

IVÓN
¿Has visto a Hugo por ahí?

MAGDA
No. ¿Por qué?

IVÓN
(VOLVIÉNDOSE A ELLA)
¡Oye, Magda!, ¿yo tengo cara de idiota?

Magda la contempla, sorprendida. Ivón está furiosa.

IVÓN
(YENDO HACIA ELLA)
Dí, ¿la tengo?

MAGDA
Bueno, tampoco debes desesperarte. ¡Ya encontraremos trabajo en otro sitio!

IVÓN

(BRUSCAMENTE)

¿Y a mi qué me importa eso? ¡Me tiene sin cuidado que disuelvan la compañía o no la disuelvan! ¡Yo lo que quiero saber es si tengo cara de idiota!

(VA DEPRISA HACIA LA PUERTA)

Magda, asombrada.

MAGDA

¿Pero qué demonios te pasa?

Ivón abre la puerta. Se vuelve a Magda.

IVÓN

¡Si viene Hugo, dile que espere! ¡Tengo que hablar con él!

MAGDA

(COMPRENDIENDO)

¿Qué te ha hecho?

IVÓN

(FURIOSA)

Qué le voy a hacer, dirás. ¡Trizas!

Ivón se aleja por el pasillo uniéndose a sus compañeras de número y baja por las escaleras.

Magda la mira con asombro. Hace un gesto de indiferencia. Cierra la puerta.

Ivón con sus compañeras pasa cerca del portero y del guardia. Ivón desaparece entre el montón de chicas que entran en el escenario.

Y casi en el mismo instante, surge Hugo por el pasillo, procedente de la calle. Viste corrientemente. Trae una cartera al brazo. Pasa junto al portero.

El portero lo ve y suspende su conversación con el guardia.

PORTERO

La señorita Ivón lleva preguntando toda la noche por usted.

HUGO

(SIN DETENER SU MARCHA HACIA EL ESCENARIO)

¿Ah, sí? ¿Está aquí?

(SEÑALA AL ESCENARIO)

PORTERO
Ahora mismo acaba de salir. ¿Se ha fijado, señor Pascal?

Hugo la mira. El portero señala una banda impresa que cruza un cartel mural de anuncio de la obra. La banda dice: "TRES ÚLTIMOS DÍAS".

PORTERO
(RECALCANDO CON SARCASMO)
¡Esto finiquitó!

HUGO
¿Qué ha pasado? ¿Flojeó hoy?

PORTERO
¡Eeeh! ¡Se ha vendido todo!... Pero ha habido bronca, ¿entiende? ¡Se tiraron los trastos la...
(SEÑALA EN EL AIRE EXPRESIVAMENTE EL CONTORNO DESTACADISIMO DE UNA MUJER)
y el "caballo blanco"!

GUARDIA
(ASOMBRADO)
¿El caballo?... ¿Pero sale un caballo?

Y mientras el portero se vuelve entre airado y sorprendido al guardia, Hugo, sonriendo, se mete entre bastidores.

Hugo contempla el evolucionar de las chicas. Descubre a Ivón cuando ella lo mira, Hugo le hace un amistoso saludo, pero la ve fruncir el ceño y volverle la espalda. Hugo, sorprendido, corta en el aire el saludo. Sigue el número. Vuelve a mirarle ella y vuelve él a sonreír y a levantar la mano… Pero Ivón, bruscamente, gira alejándose, cantando con "boca cerrada", como exige el número.

Hugo, indiferente, gira y se aleja de allí en dirección a los camerinos. Sigue el número. Se titula "Las banderilleras del amor", un pasodoble. Ivón vuelve, de vez en vez, los ojos hacia aquel lugar, ahora vacío, y cuando —siempre por exigencias de la revista— todo el grupo de chicas abandona en graciosa fila el escenario, dejando solos a la vedette y al galán, Ivón corre apresuradamente escaleras arriba, hacia el camerino, con gesto de ira empuja la puerta y entra.

Hugo le está dando la espalda, leyendo un periódico de la noche.

HUGO
(SIN QUITAR LA VISTA DEL PERIÓDICO)
Hola, Ivón.

Ivón hace una seña a Magda que la está mirando, para que se salga. Y mientras Magda se apresura a hacerlo, Ivón avanza hacia Hugo, diciendo cariñosamente con forzada voz melosa.

IVÓN
¡Hola, cariño!

Magda, asombrada, sale y cierra la puerta, quedándose a escuchar. Suena dentro una terrible bofetada. Magda la acusa como si la hubiese recibido ella. Y dentro, la voz airada de Ivón que grita.

IVÓN(OFF)
¿Tengo cara de idiota? ¡Dilo! ¿Tengo esa cara?

Magda se aleja apresuradamente.

Dentro del camerino, Hugo, con la mano sobre una enrojecida mejilla, esta mirando aturdido a Ivón.

IVÓN
¡De mí tú no te ries! ¡Márchate! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero verte más!

Hugo, asombrado, protesta corajudo.

HUGO
¿Pero por qué? ¿Qué bicho te ha picado?

IVÓN
Lo sé todo, ¿Lo oyes? ¡Todo! Con que eras escritor, ¿eh?

HUGO
¿Era?

IVÓN
(SARCÁSTICA)
Con que vivías de la pluma. ¡Tú ni eres escritor ni lo has sido nunca!

Se lo ha lanzado a la cara y retrocede luego hacia el tocador, buscando el efecto que produce en Hugo. Él la contempla con desconcierto y, en seguida, se suaviza hacia la ironía.

HUGO
Bueno, eso me dicen también los editores… ¿Pero a qué viene ahora esta grosería?

IVÓN
(ENTRE DIENTES)
¡Qué ingeniosísimo eres!
(FURIOSA)
¡Sabes de sobra a lo que me refiero!... ¡No eres escritor ni esperas a que te publiquen

nada para casarte conmigo! ¡Es mentira que no tengas dinero!

HUGO
(YENDO TRANQUILO HACIA ELLA)
A ti te ha sentado mal la cena, ¿no?

Ivón le contempla estupefacta ante su cinismo.

IVÓN
(DESCOMPUESTA)
¡Farsante! ¿Vas a negar que eres millonario?

HUGO
¿Eh?

IVÓN
¡Millonario, sí! ¡Eres millonario y te has estado riendo de mí!

HUGO
(QUERIENDO CALMARLA)
Vamos, Ivón no seas tonta... Te juro que me llamo Hugo, que...

IVÓN
¡No te llamas Hugo! ¡Eso también es mentira!... ¡Te llamas Carlos! ¡Carlos Pascal!

Se hace un silencio. Se contemplan. Hugo frunce el ceño.

HUGO
(SUAVEMENTE)
¿Cómo lo sabes?

Ivón se vuelve rápida al tocador y tira del cajón; saca nerviosamente un sobre azul y se vuelve, alargándoselo.

IVÓN
No sabía que tuvieras tratos con bancos.

Hugo baja los ojos al sobre.

IVÓN
¡Tres millones doscientas veintiséis mil pesetas!

HUGO
(ARREBATÁNDOLE EL SOBRE)
¿Cómo tienes tú esto?

Ivón retrocede hasta apoyarse en el tocador; la cifra parece haberla fatigado.

IVÓN
¡Tres millones doscientas vientiseis mil!
(AMARGURA)
Y llevas un año diciéndome que en cuanto te publiquen una novela...

HUGO
¿De dónde lo has cogido? ¡Te lo dio el portero!

Ivón no contesta pero su silencio es afirmativo.

HUGO
(ACERCÁNDOSE CON ENFADO)
¡Te he dicho mil veces que no vayas por mi casa!

IVÓN
¡Estaba desesperada! ¿Sabes que disuelven la Compañía el sábado?
(LO MIRA CON REPENTINA ANGUSTIA, CASI A PUNTO DE ECHARSE A LLORAR)
¿Sabes que no tengo dónde caerme muerta? ¿O no te importa?

Rompe a llorar y se deja caer en la silla.

La expresión de Hugo se suaviza repentinamente y levanta su mano pasándosela por la negra melena.

HUGO
¡Ojalá fuese millonario!

Ivón levanta violentamente la cabeza hacia él, con los ojos llenos de lágrimas.

IVÓN
¡Lo eres, cínico!

HUGO
(TRANQUILO)
Vivo solo de la pluma.

IVÓN
(EXCITADA)
¿Pero todavía te atreves?

HUGO
Y me llamo Hugo.

IVÓN
¡Te llamas Carlos!

HUGO
Carlos es mi hijo.

Contempla serenamente a Ivón. La muchacha ha cortado en seco lo que iba a gritar y le mantiene los ojos, con la boca abierta.

Se hace un nuevo silencio.

Ivón se va incorporando, abandonando la silla y quedando apoyada en el tocador. No aparta la mirada de Hugo, que ha sacado un paquete de "Bisonte" y de él un cigarrillo que se lleva a los labios.

IVÓN
(DÉBILMENTE)
¿Estás casado?

Hugo niega con la cabeza. Se quita el cigarrillo de los labios.

HUGO
No. Fue... Una aventura, ¿comprendes? Tuvimos un hijo.
(SE FROTA EL CUELLO CON BRUSCA DESHAZÓN Y GIRA DANDO UNOS PASOS POR EL CAMERINO)
Ella no quiso hacerse cargo de él y a mí… Bueno, me faltó valor para dejarlo por ahí.

IVÓN
(CON IGUAL DEBILIDAD QUE ANTES)
¿Quién es ella?

HUGO
(VOLVIÉNDOSE A MIRARLA)
¿Vas a tener celos? ¡Ocurrió hace diecinueve años!

IVÓN
(CON ASOMBRO)
¿Diecinueve años?

HUGO
Y no he vuelto a verla. ¡Ahora ni la conocería!
(SE CONTEMPLAN UN INSTANTE. DICE CON AMARGURA)
¿Te das cuenta por qué no te lo he dicho? ¡Mí hijo tiene casi tus años!

Con nueva desazón gira y se aleja. Se detiene y prende el cigarrillo.

HUGO
Debí decírtelo el primer día... Pero no me atreví.
(LA MIRA CON SARCASMO)
¡No podía gustarte que te llamase "mamá" un zángano de diecinueve años!
(LA CONTEMPLA FIJAMENTE)
Bueno, esto se terminó, ¿no?

IVÓN
Por mí, no. A mí lo único que me importa es ser tu mujer.

Contempla a Hugo serenamente. Este traga saliva.

HUGO
¿De veras?

Ivón afirma con la cabeza y Hugo salva rápido los dos pasos que los separan y la rodea fuerte con sus brazos.

HUGO
¡Gracias, Ivón! ¡Eres un ángel!
(MURMURA)
Te quiero más que a nada.
(LA BESA EN LA FRENTE, EN EL PELO…)
¡Pegas fuerte... pero eres un ángel!
(SE RIÉN LOS DOS)
¡Ya verás qué pronto nos casamos!

IVÓN
Oye, ¿y por qué tiene él esos millones?

HUGO
Se los dio tía Ángela... al saber que yo tenía un hijo, le puso en el banco ese dinero... A mí, en cambio, me ha desheredado.

IVÓN
¿Por qué?

HUGO
(CON SONRISA AMARGA)
Por tener el hijo. Me echó de su casa... Siempre ha tenido muy mala opinión de mí...Es de los que tampoco creen que yo sea un escritor.
(SUAVEMENTE)
En eso coincidís.

IVÓN
(ABRAZÁNDOSE A ÉL CON FUERZA)
¡Calla!...

Hugo, sonriendo, busca su cara y al ir a juntar sus labios contra ella, Ivón pregunta:

IVÓN
Oye... ¿sabe que soy tu novia?

HUGO
Creo que sí. Nunca hemos hablado. ¿Por qué?

IVÓN
A lo mejor, como es millonario... quizá no le guste que yo trabaje aquí.

HUGO
¡Qué tontería! ¿Quieres conocerle?

IVÓN
(VACILANTE)
¿Tú crees que debo verle?

HUGO
¿Por qué no? Estoy seguro de que se alegrará mucho... ¡No creas que es tonto! Él piensa de las mujeres lo mismo que yo.

IVÓN
(CON PICARDÍA)
¿Y tú qué piensas?

Hugo se inclina y le dice algo al oído. Ivón sonríe y le amaga con la mano y lo besa.

En este momento se abre la puerta y entra, distraída Magda. Al verlos se detiene y abre su expresión con asombro.

****

El tranvía se detiene ante la parada. Bajan Hugo e Ivón. El tranvía reanuda la marcha. Hugo e Ivón se dirigen a una casa. Hugo saca una llave y abre. Ivón entra en la casa.

Hugo e Ivón subiendo la vieja escalera de la casa del escritor. Hugo enciende la luz, Ivón mira, observándolo todo.

IVÓN
¡Mira que vivir aquí teniendo tres millones doscientas veintiséis mil pesetas!... ¿Cuándo murió tu tía Ángela?

HUGO
¡Pero si vive! En Cáceres. En un cortijo estupendo.

IVÓN
¿Sabes dónde viviría yo si tuviera dinero?... En la Castellana.

HUGO
Ahí piensa vivir él. Quiere comprarse un piso.
(SIGUE SUBIENDO INDIFERENTE, MIENTRAS IVÓN LE MIRA CON ASOMBRO)
pero a él le gusta arriba, hacia los Nuevos Ministerios.

IVÓN

¡Justo!

(SE DETIENE EXCITADA)

¡Ése es exactamente mi sitio!

Hugo se detiene y la mira con media sonrisa.

IVÓN

(MORDIÉNDOSE EL LABIO CON ENSUEÑO)

¡Qué suerte, dios mío!... ¿Y un piso grande?

HUGO

Enorme... ¡dice que quiere una casa para perderse por las habitaciones! ¡Fíjate que tontería!

Vuelve a girar y reanuda la subida. Ivón le sigue con los ojos.

IVÓN

(LENTAMENTE)

¿Tontería?

HUGO

(SIN DEJAR DE SUBIR)

¡Yo que a esta casa la encuentro simpática!... Me gusta esta escalera. ¡Me parece castiza, de un Madrid romántico!... ¡Y me gusta la estrechez de las habitaciones! ¡Y las conversaciones de las vecinas por el patio!...

(HA LLEGADO A LA PUERTA DEL PISO Y LA ABRE Y ENTRA, DICIENDO)

¡A todo este ambiento yo, como escritor, le encuentro un encanto!

IVÓN

(VIÉNDOLE DESAPARECER)

¡Un encanto!

Su rostro expresa todo lo contrario. Lentamente, reanuda la subida. Hugo va por el pasillo hacia una puerta cerrada, diciendo:

HUGO

¡Carlos!

Llega a la puerta.

HUGO

¡Carlos! ¿Estás ahí?

Golpea con los nudillos y escucha. Al no recibir respuesta abre la puerta y se asoma. Hay luz en el interior.

HUGO
¡Vaya! ¡Pues no está!
(SE VUELVE Y GRITA HACIA EL RESTO DE LA CASA)
¡Carlos!

Ivón viene hacia él por el pasillo. Hugo, con extrañeza, vuelve a mirar hacia el interior de la habitación de Carlos.

HUGO
Debe de haber salido a buscar algo. Se ha dejado esto encendido.

Entra en el cuarto de Carlos.

IVÓN
(MIRANDO AL INTERIOR DEL CUARTO)
Quizá piense volver en seguida.

Hugo cruza el cuarto hacia una mesa de dibujo situada junto a una ventana que da a un patio. Hay sobre ella un flexo y la bombilla, encendida, ilumina unas láminas de dibujo a medio hacer, sujetas con chinchetas; y cartabones, compases, etc. El cuarto sirve, a la vez, de dormitorio y de estudio. La cama ocupa otro extremo. La decoración es la propia de un muchacho de diecinueve años y deportista. Hay diversas copas de competiciones colocadas sobre un estante. A partir de la puerta y colgadas de la pared a la altura de la mano, hay una serie de caretas formando casi un friso. A través de los ojos vacíos y de la boca abierta se ve el blanco de la pared. Son de cartón. Las hay narigudas, chatas, melancólicas, irónicas...

HUGO
¿Ves? Este es su cuarto. Aquí se pasa la vida estudiando.

IVÓN
(SIN DECIDIRSE A ENTRAR)
¿Estudiando?

HUGO
(INCLINÁNDOSE SOBRE LA MESA DE DIBUJO)
Sí, está acabando la carrera de… ¡Vaya! Me ha dejado una nota.
(LEVANTA UNA CUARTILLA Y LEE EN VOZ ALTA)
"Papá, he ido a estudiar a casa de Fernando. Volveré tarde. Hasta mañana, "mi Coronel".

IVÓN
¿Coronel?

Hugo se echa a reír estrujando la cuartilla y tirándola.

HUGO
Me llama así desde que vio no sé qué película de La India.

Sonríe con cariño.

IVÓN
¿Qué carrera dices que está acabando?

HUGO
Arquitectura... ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos o quieres un poco de café?

IVÓN
¿Estudia… teniendo millones? ¡Es formidable!

Hugo, riendo con orgullo, va hacia la puerta, exclamando:

HUGO
¡Todo él es formidable! ¡Simpático, buen chico, inteligentísimo!...

Sale del cuarto, dejando la puerta abierta. Ivón, sola, gira su vista por todo el cuarto. De pronto, pregunta en voz alta:

IVÓN
¿No tienes ninguna foto de él? ¿Tan feo es?

De la cocina llega la voz de Hugo.

HUGO (OFF)
¿Feo?
(SE LE SIENTE REÍR Y REMOVER CACHARROS)
¡Estás loca! ¿Sabes cuánto mide? Uno ochenta. ¡Un Tarzán! Y la cara...

Ivón parpadea confusa y deja escapar un silbido de admiración. Dice para sí:

IVÓN
¡Caray con el niño! ¡Es el completo!

Gira por el cuarto y se asoma a la mesa, observando los dibujos a medio hacer. Luego, al ver que la mesa tiene un pequeño cajón, hace por abrirlo tirando de él. Pero está cerrado con llave. La llave está puesta. La hace girar y tira del cajón. Contempla el interior con indiferencia. Lápices, plumas, gomas de borrar… Su vista se fija de pronto y lleva allí la mano. Es una cartulina. La saca y la vuelve. Una fotografía. Ivón la contempla asombrada. Es ella. Vestida con un gracioso traje de tirolesa. De algún número de alguna revista. Preciosa… Ivón, confusa, lleva la vista de nuevo al cajón… Remueve rápida en el interior y saca tres, cuatro, cinco fotografías más. Siempre de ella. Y siempre de tirolesa. En

distintas actitudes. Guapísima en todas. Ivón las contempla en silencio. Suenan los pasos de Hugo y su voz.

HUGO(OFF)
Lo tomamos en mi cuarto, ¿no?

Ivón, velocísima, tira las fotografías en el cajón y lo cierra.

IVÓN
Como quieras.

Hugo aparece en la puerta, camino de su cuarto, y se detiene un instante; lleva en las manos una cafetera y dos tazas. Señala con ella el interior del cuarto de Carlos.

HUGO
Es que ahí no me gusta entrar. Aquí tiene él sus cosas… y yo no quiero enterarme. Me gusta dejarle en libertad, ¿sabes?
(SE VUELVE Y SE DIRIGE A SU CUARTO)
¡Y cierra la puerta!

Se le oye entrar en el vecino cuarto. Ivón no se ha movido. Con expresión perpleja, se mantiene un instante contemplando la puerta vacía. De pronto, echa a andar hacia ella.

Hugo está sirviendo el café en las dos tazas colocadas sobre una mesa—camilla, cerca de la ventana. Ha tenido que retirar a un extremo de la mesa una máquina de escribir —con una cuartilla metida en su "carro"— y todo un rimero de papeles escritos y sin escribir.

La habitación de Hugo es también dormitorio y estudio a la vez. Hay una cama de hierro. Pero el decorado del cuarto es diametralmente opuesto al de su hijo. Más grave, más sereno. Hay libros, muchos libros; en absoluto desorden. Habla sirviendo el café:

HUGO
Hoy estoy contento, ¿sabes, Ivón?... Estuve esta tarde con un editor... Le dejé la novela y mañana me dará la contestación.
(SE INCORPORA CON UN SUSPIRO, AL TIEMPO QUE IVÓN ENTRA PAUSADAMENTE EN EL CUARTO Y PASEA POR ÉL LA MIRADA)
¡A ver si tengo suerte esta vez! Toma.
(LE ALARGA UNA TAZA. ABARCANDO EL CUARTO CON LA MIRADA)
¿Qué te parece mi cuarto, mmm? ¿Verdad que la casa no es tan fea como dice Carlos?... El día que se case y se vayan al piso de la Castellana, tú y yo nos quedamos con éste.

IVÓN
(HA LEVANTADO LOS OJOS HACIA ÉL)
¿Pero tiene novia?

HUGO
(RIENDO PARA SÍ Y COGIENDO LA CAFETERA)
¡Me figuro! Voy a traerte más café.
(VA HACIA LA PUERTA)
Yo no me meto en sus cosas, ¿sabes?

IVÓN
Alguna lagarta, ¿no?

Salimos con Hugo, por el pasillo hacia la cocina.

HUGO
¿Por qué? Será una chica como otra cualquiera.

IVÓN (OFF)
¡Imagina! ¡Millonario... y guapo!

Hugo ríe y se mete en la cocina. Es minúscula y vieja. Busca un trapo para levantar de la cocinilla de gas el recipiente donde está el café para echarlo en la cafetera. Habla levantando la voz y sin dejar de hacer.

HUGO
¿Y por eso va a ser una lagarta? ¡Pues algo tendrá la chica, porque Carlos no es ningún tonto!
(LEVANTA EL CACHARRO CON DIFICULTAD Y EMPIEZA A VERTER EL CAFÉ EN LA CAFETERA)
Lo cierto es que está enamoradísimo.

Suena próxima la voz de Ivón:

IVÓN(OFF)
¿Tú la conoces?

HUGO
No.

Sigue atento a su labor. Ivón aparece, lentamente, en la puerta, con la taza aún en la mano.

IVÓN
¿Entonces, cómo lo sabes?

HUGO
(VOLVIÉNDOSE CON LA CAFETERA YA LLENA Y YENDO HACIA IVÓN CON UNA SONRISA)
Pues... Lo deduzco. ¿Te la lleno?
(LE SIRVE CAFÉ EN LA TAZA, DICIENDO)
Un día le sorprendí ahí, en su cuarto, besando una foto... ¡Y menudos besos!

Se separa de ella dejándole llena la taza, y se aleja por el pasillo hacia su cuarto para llenar la suya.
Ivón le sigue con la vista, paralizada...

****

En el dormitorio de la pensión, Magda está sentada en su cama con los pies sobre una pobre esterilla. Tiene delante una silla y apoyado en el respaldo un espejo barato ante el cual ha usado la mascarilla de maquillaje que se ha colocado en el rostro. Es una mascarilla ocre y la rectifica y extiende con golpes de los dedos. Suena el abrir de la puerta. Magda, que está en camisón, vuelve la cabeza y al reconocer a quien llega, vuelve a abstraerse en su trabajo con un comentario indiferente:

MAGDA
¿Sabes quién llegaba al teatro cuando yo salía?

Ivón termina de cerrar la puerta pausadamente y avanza pensativa, sin contestar.

MAGDA
El "caballo blanco"... Con un coche hasta allí de largo. ¿Qué te apuestas a que se arregla otra vez con la "gorda"… y no hay cierre el sábado.

Ivón abstraída, tira el bolso sobre la cama y empieza a desabrocharse despacio el vestido. Va hacia la ventana.

Magda vuelve a ella la cabeza y la contempla sorprendida.

MAGDA
¿Es que os habeís vuelto a pelear?

Ivón abre la ventana y deja ver todo un tinglado de chimeneas y tejados del viejo Madrid. Ivón se vuelve y la contempla, preocupada. Magda la sigue mirando.

IVÓN
¿Tú qué pensarías si un hombre besa una foto tuya?

MAGDA
(PARPADEA)
Que ya está en el bote.

IVÓN
¿Y qué harías?

MAGDA
Me desmayo.

IVÓN
¿Y si además es joven... y guapo? ¿Y arquitecto?

MAGDA
¡Por favor no sigas! ¿Cómo sabes que era una foto mía?

IVÓN
¿Y, además quiere casarse?

MAGDA
¡Ivón, que padezco del corazón, por dios! ¿Qué foto era?

Ivón la contempla.

IVÓN
No; es un ejemplo... La foto era mía.

Va hacia su cama, seguida por los ojos sorprendidos desilusionados y, por último, furiosos, de Magda.

MAGDA
¡Demonio con el ejemplo!

IVÓN
(SENTÁNDOSE Y EMPEZANDO A SOLTARSE LAS MEDIAS)
Está enamorado de mí.

MAGDA
(VOLVIÉNDOSE AL ESPEJO)
¡Bueno, pues que le den dos duros!

IVÓN
(SUAVEMENTE)
No los necesita tiene muchos.

MAGDA
(INDIFERENTE, TRABAJÁNDOSE EL MAQUILLAJE)
¿Ah, si?

Hay un silencio.

IVÓN
Tres millones de pesetas.

Un nuevo silencio.

Magda sigue indiferente.

MAGDA

¡Pues qué bien!

(BRUSCAMENTE, DETIENE LOS DEDOS Y BUSCA A IVÓN POR EL ESPEJO)

¿Cuánto has dicho?

Ivón, ya sin medias, mira pensativa al suelo.

IVÓN

Tres millones de pesetas.

Magda parpadea. Gira y mira a Ivón.

MAGDA

¿Sabes qué idiotez he entendido? ¡Tres millones de pesetas!

IVÓN

(MIRÁNDOLA Y PALADEANDO LA CIFRA)

He dicho tres mi—llo—nes de pesetas.

MAGDA

(TRAGANDO SALIBA)

¿Lo ves? ¡He vuelto a entender tres millones!

IVÓN

(ENOJADA)

¡Tres, tres, mujer!

MAGDA

¡Ya, ya! Si lo de tres lo entiendo. ¡Pero es que luego oigo millones!

IVÓN

¡Pues, millones!

Se levanta y comienza a tirarse del vestido.

Magda la está mirando estupefacta.

Ivón se saca el vestido y lo echa sobre una silla, yendo hacia un lavabo con jofaina que ocupa un rincón.

Magda la sigue contemplando estúpidamente.

Ivón levanta el jarro y empieza a echar agua en la desportillada jofaina, diciendo:

IVÓN

Va a comprarse un piso en la Castellana. Grandísimo... Con agua corriente.

(VUELVE A DEJAR EL JARRO EN EL SUELO Y DICE, SIN MIRAR A MAGDA)

¿Te imaginas lo que es eso?

MAGDA
No.

Ivón comienza a chapuzarse.

MAGDA
Y… ¿Para él solo?

IVÓN
(ALARGÁNDO SU MANO A LA TOALLA)
Para él solo... O para él y para mí.

Se seca y, al levantar los ojos encuentra los de Magda fijos en ella.

MAGDA
(SUAVEMENTE, CAUTELOSA)
Pero.. ¿y Hugo?

Ivón, sin contestar sigue secándose, absorta.

MAGDA
¿Se conocen?

IVÓN
Sí.

MAGDA
(PONIÉNDOSE DE PIE, BRUSCAMENTE)
Bueno, ¿y qué? ¿es qué lo vas a dudar? ¡No creo que seas tan tonta!

Sigue expectante con la vista a Ivón, que ha dejado la toalla y va hasta la cama. La ve sentarse, pensativa.

MAGDA
(AGRESIVA)
¡Tonta! ¡Estúpida!

Guarda silencio, sin quitarle los ojos con enfado.

Ivón, en silencio, se acuesta sobre la raída colcha.

MAGDA
(ESTUPEFACTA)
¿Pero es posible?

Ivón, con la cabeza apoyada en la almohada, se vuelve a mirar a su amiga.

IVÓN
Es que hay otra cosa que no te he dicho...
(IVÓN VACILA UN INSTANTE)

Es que ese chico es...
(LA CONTEMPLA NERVIOSAMENTE Y, CON BRUSQUEDAD, GIRA EN LA CAMA DANDO LA ESPALDA A MAGDA)
Bueno, ya te lo contaré otro día... Tengo sueño.

Magda, sorprendida, vacila y se deja caer en su cama, estirándose en ella en igual postura que Ivón.

MAGDA
(CON UN SUSPIRO Y MIRANDO AL TECHO)
¿No sabes si tiene algún hermano?

IVÓN
(SIEMPRE DE ESPALDAS)
Oye… ¿Qué pasaría si apareciese yo un día por el teatro con mi automóvil?

Magda gira la cara hacia ella.

IVÓN
(LENTAMENTE, ILUSIONADAMENTE)
Conduciéndolo yo... Y con un abrigo de pieles fantástico.
(SUAVEMENTE GIRA Y QUEDA MIRANDO, CON ENSUEÑO, AL TECHO)...
Echado por los hombros.

Magda la contempla impresionada por lo que Ivón esta describiendo.

IVÓN
Siempre he soñado con eso, ¿sabes? Con tener un abrigo de visón para llevarlo por los hombros.

Mantiene los ojos en el techo con expresión ausente…

****

Calle de Alcalá. Día. Movimiento de gente por la acera. De la boca del metro, sale una riada de público. Entre los que suben las escalerillas, Hugo, con su cartera. Se abre paso entre la gente y va hacia la calle Marqués de Cubas. Le vemos cruzar de acera y meterse en un portal, cerca de la esquina.

Cubriendo las ventanas de un entresuelo, un rótulo: “EDITORIAL JÚPITER”.

En el antedespacho, una mecanógrafa aporrea enérgica una máquina. La puerta de cristal esmerilado se abre y asoma Hugo, entrando seguidamente.

La mecanógrafa le mira.

Hugo vuelve la cabeza al lado contrario y ve a otra señorita que está mirándole desde un archivo metálico. Se separa del archivo.

Va hacia una puerta.

La muchacha abre la puerta y entra, pero sin llegar a cerrar del todo, de nuevo.

Hugo se ha puesto bajo el brazo la cartera de cuero y tamborilea con la mano libre sobre el cuero de ella.

Hugo se anima y arranca hacia la puerta. La secretaria le está cediendo el paso.

Hugo entra en el despacho y señala una sonrisa, avanzando, al tiempo que la secretaria cierra a su espalda.

HUGO
Buenos días, ¿qué tal?

El editor se incorpora a medias desde el otro lado de su mesa y se estrechan la mano.

EDITOR
(INDICA QUE SE SIENTE. LO HACE ÉL Y HUGO OCUPA LA SILLA QUE HAY JUNTO A LA MESA)
Bueno, pues ya he leído esto.

Pone la palma de su mano sobre unas cuartillas —considerable montón— cosidas a mano.

Hugo le contempla expectante.

EDITOR
Me ha ocurrido con su novela una cosa curiosa… Me ha interesado enormemente. Es apasionante. De lo mejor que he leído en mi vida.
(LE CONTEMPLA. HUGO NO PESTAÑEA)
Pero en las últimas treinta páginas me he quedado sorprendido. ¡Son absurdas!

Le mantiene la vista.

Hugo le contempla.

EDITOR
¡Es un final sin pies ni cabeza! ¡Sin lógica!... ¿Pero qué demonios le ha pasado a usted?

Hugo traga saliva.

HUGO
(LENTAMENTE)
No soy yo quién hace el final si no los personajes.

EDITOR
¡Exacto! ¡Los personajes mandan! ¡Luego los que son falsos son los personajes!... ¡No ha hecho usted hombres y mujeres, ha hecho muñecos: no son humanos!... ¡Por eso la historia es inverosímil!

Mantiene los ojos sobre Hugo, con aire de triunfo.

HUGO
(PAUSADAMENTE, RÍGIDO)
Yo creo que son humanos… Viven rectamente durante un periodo de tiempo. Luego se cansan… Todos nos cansamos de vivir rectamente… Unos lo manifiestan, otros lo piensan… Todos llevamos dentro un rebelde… Y mis personajes se rebelan, luego son humanos… Los muñecos no se rebelan nunca.

Guarda silencio.

El editor parpadea. Mueve negativamente la cabeza.

EDITOR
A mí como editor me interesan los relatos reales. Son los que dan dinero… La gente no quiere fantasías… Ocurre igual que en el cine. Neorealismo… O sea la vida misma.

Se detiene contemplando a Hugo que, lentamente, comienza a esbozar una sonrisa de sarcasmo.

HUGO
¿La vida misma? ¿Se refiere usted a exhibir lo podrido de las ciudades y de los hombres?... Yo en esas películas solo he visto callejas y ropa tendida, y niños llenos de mocos.

EDITOR
¡Eso, eso! ¡Lo humano!

Hugo le contempla y se pone en pie, con furia.

HUGO
¡Lo humano es la fantasía!
(SE INCLINA Y ARREBATA DE LA MESA EL EJEMPLAR DE SU NOVELA)

lo otro… rascarse, comer, dormir y moverse entre estiércol… lo hacen también los animales, las vacas, por ejemplo.

El editor se calla. Hugo coge su carpeta y sale.

****

En el camerino de Ivón, en el teatro, había todo un friso de fotografías clavadas en el muro. Aparecía la muchacha con los más variados trajes y en las más atractivas posturas. Los ojos de Ivón las fueron recorriendo una por una, hasta detenerse sobre la más sugestiva, a su entender. Se quedó contemplándola... pero vacilante, dudando. Estaba plantada casi en el centro del camerino, con un cigarrillo entre los labios sin pintar. Llevaba encima un jersey cerrado hasta el cuello, que la modelaba, y un corto pantalón de ensayo. El gesto era preocupado y nervioso. Dio una larga chupada al cigarrillo y se aproximó a la foto, para observarla de cerca.

De un rincón del camerino, surgió la voz de Magda:

MAGDA
¿Quieres ya dejar de admirarte?

Pero Ivón no hizo caso. Siguió contemplando la foto donde aparecía con sombrero de copa, graciosamente ladeado, y apoyada en un bastón con un gesto de picardía.

IVÓN
¿Me encuentras bien en esta foto?
(PREGUNTÓ SIN SEPARAR LOS OJOS DE LA FOTOGRAFÍA)

Magda, en el otro rincón, desvió los ojos por el espejo y la contempló a través de él perfilándose los labios. Hizo un gesto de burla y lo transmitió a la respuesta:

MAGDA
¡Fascinante! ¡Alérgica!

Siguió perfilándose.

Ivón volvió a hablar:

IVÓN
¿Crees que a él le gustará?

Magda detiene el lápiz y gira en la silla hasta encarar a Ivón, con sorpresa. Ivón alarga las manos y desclava la foto.

MAGDA
¿Se la vas a mandar?
(SE PONE EN PIE EXCITADA Y VA HACIA ELLA)
¡Claro, Ivón! ¡Por fin!... ¡Naturalmente, mándasela!... ¡Verás como le gusta!... ¡Y con una dedicatoria!

Ivón la mira pensativa.

Magda corre hacia su bolso y lo abre precipitadamente diciendo:

MAGDA
¡Una dedicatoria insinuante! Una indirecta, ¿sabes?... Por ejemplo: "estoy loca por usted".

Ha sacado una estilográfica y viene, de nuevo, desenroscándola.

IVÓN
(ESCANDALIZADA)
¿Cómo voy a decir eso? Tiene que ser algo fino, mujer. Por ejemplo: mm... "a Carlos, con afecto".

MAGDA
"Con muchísimo afecto".

Ivón le coge la estilográfica y pone la foto sobre el tocador.

Vacila un segundo... Y se decide. Empieza a escribir.

MAGDA
¿Sabes qué otra cosa haría yo? Mándale un palco para esta noche.

Ivón detiene la pluma y la mira.

IVÓN
(RECTIFICANDO)
¡Para esta tarde! Por la noche viene Hugo.

MAGDA
Tienes razón. ¡Voy a pedirlo a la contaduría!
(VA DEPRISA HACIA LA PUERTA Y SALE)

Ivón vuelve a reanudar la escritura.

MAGDA (OFF)
¡Y además una nota, escríbele una nota!

Ivón se vuelve. Magda está en la puerta, asomada de nuevo:

MAGDA
Que venga a verte al terminar la función.
(VUELVE A DESAPARECER)

Ivón mantiene un instante los ojos sobre la puerta vacía y se vuelve firmando la dedicatoria. Lee lo escrito.

Se asoma el avisador:

AVISADOR
¡Al ensayo, señorita! Ya está ahí el maestro.

Desaparece.

Ivón sigue contemplando, pensativa, la foto.

Se ha incorporado con ella en las manos. Bruscamente con un súbito gesto de furia, la arroja al aire, hacia un rincón.

Tira la estilográfica sobre el tocador y, girando rápida sale corriendo del camerino.

Ivón se aleja corriendo, por el pasillo hacia el escenario. En el escenario están en pleno ensayo, evolucionando las chicas del conjunto, con trajes de calle unas, con corto pantaloncito otras.

La "vedette" —la "gorda" (EN EFECTO, VOLUMINOSA)— está sola en la pasarela cantando. Viste traje de calle y el frío la hace mantener por encima de los hombros un magnífico abrigo de visón.

Hay ambiente de ensayo. Inesperadamente surgen martillazos y una voz reclama silencio armando un barullo fenomenal.

Ivón aparece, corriendo, y cruza el escenario ocupando su sitio. Se acopla inmediatamente al rítmico movimiento de las chicas.

Cesa de cantar la "vedette", y arranca Ivón. Lo hace con gracia y picardía, sin pretensiones de "prima donna". Según canta, avanza hacia la pasarela... Sus ojos, sin dejar de cantar, se posan en la "vedette", que aguarda para volver a intervenir golpeando nerviosa el suelo con el pie... los ojos de Ivón han quedado prendidos en el abrigo… En el magnífico abrigo… De visón. "Y echado con negligencia sobre los hombros"… Parpadea preocupada, y, bruscamente, detiene la voz, la corta, deja en el aire una nota...
El maestro que dirigía la orquesta con gesto satisfecho, lo deshace con asombro.

Ivón, quieta, mantiene absorta los ojos sobre la espalda de la "vedette", sobre su abrigo... la "vedette" se vuelve iracunda a mirarla...

Golpea la batuta del maestro sobre el atril.

MAESTRO
¡Silencioooo! ¿Qué pasa ahora?

Ivón se pone en rápido movimiento. Ante la sorpresa de todos, empieza a correr cruzando de nuevo el escenario, en dirección inversa esta vez.

IVÓN
(SIN DEJAR DE CORRER)
¡Un momento por favor, un momento! ¡Solo un momento!

Desaparece por un lateral.

Ivón sale corriendo del escenario. Allí, al fondo, visto lateralmente todo el escenario, se queda la gente que lo ocupa, siguiéndola con la vista, sorprendidos.

Ivón se aleja vertiginosamente, salvando obstáculos.

Ivón viene por el fondo del pasillo, corriendo. Al llegar a su camerino, entra.

Ivón, como un torbellino, va hasta el rincón donde tiró la fotografía. Se agacha y la recoge, incorporándose con ella, limpiándola. Va hasta el tocador. Abre un cajón y rebusca afanosa. Saca un sobre y mete en él la fotografía. Vuelve las manos al cajón y saca de él una agenda. Corta una hoja.

MAGDA (OFF)
¡Aquí está el palco!

Magda entra triunfante con la localidad en la mano.

MAGDA
¿Pero todavía estás escribiendo? ¿Qué es, la nota?

IVÓN
(ESTÁ ESCRIBIENDO CON LA ESTILOGRÁFICA)
Sí.
(LEE SEGÚN ESCRIBE)
"No me molestaré... si me hace una visita en mi camerino".

MAGDA
¡Muy fino!... ¡Formidable! Toma.
(LE DA LA LOCALIDAD)

Ivón lo mete todo en el sobre.

MAGDA
Y ahora las señas.

Pero Ivón cierra antes el sobre. Comienza a pasar la lengua por la goma...

****

Con la misma picardía que a las siete, sonreía Ivón a las butacas rebosantes de público. Era la misma canción. Ahora el escenario estaba rutilante de luz y purpurina. Las chicas evolucionaban vestidas de "pescadoras de ballenas", (versión frívola naturalmente) con un gran pez colgándoles del hombro.

Y la "vedette", ante las candilejas, exhibía sus dotes "balleneras", jugueteando con un arpón. (Estaba hermosa).

Ivón cantaba mejor y con más intención que nunca. Sus ojos iban como quien no quiere la cosa, al palco número uno… giraba, avanzaba, retrocedía... y volvía a mirar al palco número uno… pero el palco seguía vacío.

Fue en una de las vueltas cuando le vio. Debía de haber entrado en aquel momento, porque aún se revolvía entre las sombras del palco y se sentaba discretamente en la oscuridad. Tan discretamente oculto, que Ivón percibía solo su bulto y la línea de uno de sus hombros. Pero le bastó para respirar aliviada, dirigiendo la mirada a su amiga. Magda estaba evolucionando con desgana, desmayadamente… porque también le había visto y tenía su atención en él. Miró a Ivón y le guiñó un ojo.

Sobre una algarabía de voces, llamadas y correr de las chicas del conjunto por el pasillo, —con la alegría de quién ha terminado la labor de la jornada— vienen a toda prisa Ivón y Magda. Al llegar a la puerta del camerino, Ivón lo abre, pero corta la entrada a Magda.

IVÓN
¡Bueno, lárgate!... ¡Espérame en el bar!

MAGDA
(HACIENDO OSTENSIBLE SU FALDITA CORTA Y SUS PIERNAS AL AIRE, CON ESCÁNDALO)
¡Así! ¡Ivón!

IVÓN
(NERVIOSA)
¡Pero aquí no puedes estar! ¡Va a venir!

MAGDA

¡Saco la ropa… y me visto donde sea! ¿Pero dónde voy a ir así?

Entra atropelladamente en el camerino e Ivón con ella.

Mientras Magda se lanza vertiginosa sobre su ropa y coge una falda aquí, una blusa allá, una combinación, medias y zapatos, en un voluminoso brazado, Ivón ha corrido el espejo y se inclina a observarse... se toca la nariz... coge su polvera y se unta los brillos, rápida... luego, coge el lápiz de labios y comienza a retocarse.

MAGDA

Adiós.

Sale deprisa del camerino, cerrando con dificultad la puerta.

Ivón sin contestarle, sigue entregada a su labor de retoque. Luego tira el lápiz sobre el tocador, se contempla en el espejo la figura y se alisa y endereza el vestido con las manos. Bruscamente se detiene. Oye pasos que se acercan por el pasillo. Rápida, gira Ivón y se apoya en el tocador dando la cara a la puerta. Los pasos se detienen en la puerta y suenan unos discretos golpes de nudillos. Ivón contiene la respiración. Cambia de postura, basculando ahora, con gracia, sobre otra pierna… vuelven a sonar los golpecitos.

Ivón marca en su rostro una sonrisa "seductora".

IVÓN

Adelante.

La puerta se abre y entra Hugo. Trae en la mano la cartera de cuero. Sin mirar a la muchacha, avanza con un:

HUGO

¡Qué hay!

La "seductora" sonrisa va vaciándose de vida. Sigue con los ojos a Hugo, que ha llegado hasta una silla y se ha dejado caer en ella con aire cansado; pone en el suelo la cartera.

HUGO

Estuve esta mañana con el editor.

(MIRA A IVÓN Y SE DETIENE AL NOTAR ALGO EXTRAÑO EN ELLA)

¿Qué pasa?

IVÓN

(CON UN ESFUERZO, BRUSCA)

¿Cómo vienes a esta hora?

HUGO
(SORPRENDIDO)
¿A qué hora?

IVÓN
A... a esta. A la función de la tarde.

HUGO
(ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS Y EMPEZANDO A ENCENDER UN CIGARRILLO)
¡Ah! No sé... estaba fastidiado... pasaba por aquí... y además quería decirte una cosa que he pensado. Me voy a ir a Barcelona... voy a probar con los editores de allí.
(VUELVE A MIRARLA Y VUELVE A NOTAR SU TIRANTEZ)
¿Pero qué te pasa? ¿No te gusta que haya venido?

IVÓN
(PRECIPITADAMENTE)
¡Sí, figúrate!

Pero su mirada va con miedo hacia la puerta, atenta a los ruidos del pasillo.

HUGO
¿Qué te parece mi idea?

IVÓN
Pues... muy bien.

HUGO
Me voy a ir esta noche.

IVÓN
(NERVIOSA)
¡Oye, Hugo! ¿Por qué no me esperas en el bar mientras me visto?

Hugo la mira con sorpresa.

HUGO
¿Pero no tienes el biombo?
(LO SEÑALA CON LA BARBILLA)…
¿Sabes qué defecto le ha puesto el editor a la novela?

IVÓN
¡Hugo, por favor!

HUGO
(CON SARCASMO)
¡"Que no es humana"! ¡"Que no es realista"! ¡Lo de todos! ¡Idiotas!

IVÓN
(AGITADA)
¿Quieres salir de una vez, Hugo?

Lleva velozmente la vista a la puerta y suspende el aliento. Están llamando con los nudillos.

HUGO
(ALARGÁNDO DESDE LA SILLA LA MANO PARA ABRIR LA PUERTA)
¡Tengo demasiada imaginación Ivón!

IVÓN
¡No abras!
(PERO NOTA AL TIEMPO QUE HUGO DETIENE EL ADEMÁN, ASOMBRADO, QUE LA PUERTA SE ESTÁ ABRIENDO EMPUJADA DESDE FUERA)
¡No entre!

Va nerviosa hacia ella.

AVISADOR
(ASOMANDO LA NARIZ)
Que mañana no hay ensayo, señorita Ivón.

Vuelve a cerrar.

IVÓN
(CON UN ALIVIO)
¿Eh? ¡Ah, bueno, bueno…!
(GIRA Y SE APOYA EN LA PUERTA, Y FUERZA UNA SONRISA A HUGO QUE LA ESTÁ CONTEMPLANDO)
¿Qué... me decías de la imaginación?

HUGO
Pues... eso, que por lo visto la fantasía es un defecto hoy día en los escritores.

IVÓN
Vete al bar, por favor, Hugo.

Hugo endurece bruscamente el rostro, mirándola.

HUGO
No te interesan mis problemas, ¿eh?

IVÓN
(CON FASTIDIO REPENTINO)
¡Sí, claro! ¡Pero no los entiendo! ¡Resuélvelos tú! ¿No tienes tanta imaginación?

Hugo se pone en pie, rápido, con expresión agresiva:

HUGO
¡Cállate! ¿También tú?... ¡Lo que pasa es que te estás cansando de mí! ¡Estúpida!
(VA HACIA ELLA)
¡Estoy trabajando para los dos! ¡Para que podamos casarnos y dejes esta pocilga!

IVÓN
(RETROCEDIENDO ANTE ÉL, CON TEMOR)
Quieto, Hugo... No me toques.

Hugo la contempla con furia sarcástica.

Llega claramente del pasillo un diálogo:

JOVEN (OFF)
¿El camerino de la señorita Ivón?

AVISADOR (OFF)
Esa primera puerta.

Ivón, aterrada, vuelve los ojos a la puerta.

HUGO
(CON AMARGURA REPENTINA, VOLVIÉNDOSE HACIA SU CARTERA, QUE SIGUE EN EL SUELO)
Me marcho a Barcelona... Hablar contigo es perder el tiempo.

Se agacha a levantar su cartera, al tiempo que empiezan a sonar golpes de nudillos sobre la puerta.

IVÓN
(EXCITADA)
¡Espera, no te vayas ahora! ¡Un momento, Hugo!

HUGO
(MIRANDOLA)
¿Qué?

IVÓN
(LLEGANDO A ÉL)
¡Espera, hombre!
(PERO SIGUE ATENTA, ANGUSTIADA, AL LLAMAR DE LA PUERTA)
¡Es temprano aún!

HUGO
(SECO)
Tengo que sacar el billete en la estación…
¿Pero no estás oyendo?

Le señala con un gesto la puerta.

Ivón, aturdida, mira hacia la puerta... ya no encuentra disculpa… alarga su mano y abre la puerta, procurando que con ella y con su propio cuerpo Hugo no vea nada. Bajo el dintel, un muchacho joven. Alto. Un verdadero galán. En las manos un magnífico ramo de flores. Clava los ojos en ella.

JOVEN
¿La señorita Ivón?

Sus ojos la recorren sin poderlo evitar... y traga saliva.

Ivón inicia una débil sonrisa. Trata, en supremo esfuerzo, de avisarle. Mueve sus ojos, significativamente, hacia Hugo, que está a su espalda. Marca al joven una señal de alarma… pero el joven no comprende. La contempla con infinito asombro. Ella, furiosa, insiste... en un silencio feroz... con rápidos movimientos de ojos.

JOVEN
¿Cómo dice?

Se inclina hacia ella. Ivón le mira con desesperación.

IVÓN
(DÉBIL)
Sí. Soy yo.

JOVEN
(HECHO UN LÍO)
Tome... to... tome esto.
(LE ALARGA EL MAGNÍFICO RAMO)
De... floristería "La camelia".

Y al separar el ramo, le ve Ivón bordado en el pecho "floristería La camelia"... y, al tiempo, nota que en su bocamanga lleva un galón plateado. Ivón comprende con sofoco que lleva uniforme, que es un simple recadero de una floristería. Traga saliva precipitadamente.

HUGO
(A SU ESPALDA, SIN ENTUSIASMO)
¡Vaya ramo! ¡Qué bárbaro!

IVÓN
(PRECIPITADAMENTE)
¡Gracias!
(QUIERE CERRAR LA PUERTA… PERO EL RECADERO SIGUE MIRÁNDOLA CON EMBELESO, DESCONCERTADO)
Muchas gracias...

Gira, nerviosa, y va hacia el tocador.

HUGO
¿Quién te lo manda?

JOVEN
¡Ah, perdón, se me olvidaba!

Hugo e Ivón vuelven la cabeza. El recadero les está alargando un sobrecito con tarjeta dentro.

Ivón tarda un instante en reaccionar y cuando se abalanza a coger el sobrecito… ya se ha adelantado Hugo.

IVÓN
¡Dámelo!

Pero Hugo evita su mano y dice, al tiempo que empuja y cierra la puerta en las mismas narices del recadero... que seguía allí, naturalmente embelesado con Ivón:

HUGO
A ver quién es el galante admirador.

IVÓN
(ATERRADA)
¡No! ¡Dámelo, Hugo! ¡Trae!

HUGO
(ESQUIVÁNDOLA, SIN APARATOSIDAD)
Déjame abrirlo, mujer.

Rasga el sobrecito para sacar la tarjeta.

IVÓN
(FURIOSA)
¡Dámelo! ¡Es mío! ¡Dame eso ahora mismo!

Hugo, con la tarjeta ya en la mano y a punto de leerla, prefiere posar sus ojos sobre Ivón con expresión ceñuda:

HUGO
¿Pero qué demonios te pasa esta tarde? ¿Por qué no quieres que la lea? ¿Crees que me importa que haya estúpidos que se gasten el dinero en flores? ¡Tómala!

Se la alarga y la muchacha, rápida, la coge clavando los ojos sobre Hugo, que toma el camino de la puerta y sale con un portazo. Ivón, vacilante, mantiene los ojos sobre la puerta. Luego, los baja a la tarjeta... pero la puerta vuelve a abrirse y la muchacha vuelve a mirar. Hugo se asoma sin abandonar el picaporte:

HUGO
Se me olvidaba decirte... que esas flores te

las he enviado yo… estaba deprimido por lo del editor y pensé que estas flores te ayudarían a soportar la noticia.

(VA A CERRAR, PERO SE DETIENE LLEVANDO LOS OJOS A LA TARJETA QUE SIGUE EN MANOS DE IVÓN)

En la tarjeta dice: "Siempre te quiero. Hugo".

Se retira y cierra la puerta.

Ivón, sola otra vez, sorprendida, baja los ojos a la tarjeta. Parece leer un instante y, desconcertada, vuelve a mirar hacia la puerta.

Fuera en el pasillo y ante la puerta cerrada, está parado Hugo. Tiene una expresión agria, endurecida. Lentamente, saca su mano del bolsillo de la chaqueta y baja los ojos al papel que aparece entre sus dedos:

"No me molestaré si me hace una visita en mi camerino. Ivón"

Es la nota escrita a Carlos por la muchacha. Hugo estruja el papel haciéndolo una pelota y lo arroja lejos con desprecio. Comienza a andar alejándose deprisa por el pasillo. Pasa cerca de una puerta y la CÁMARA descubre aquí, al acecho, a Magda. La muchacha sigue con los ojos a Hugo y, luego emprende la carrera en dirección al camerino. Lleva entre los brazos su ropa de trabajo. Va ya vestida de calle. Al llegar al camerino, empuja la puerta.

Magda entra y se detiene mirando a Ivón, que está sentada, pensativa, junto al tocador.

MAGDA

¿Pero cómo ha venido Hugo?

Ivón la mira sin contestar.

MAGDA

¡Se conoce que el otro lo vio entrar aquí… y se dio el zuri! ¡Debes llamarlo! Tienes su teléfono, ¿no?... ¡Dile que Hugo es un pariente tuyo!

Ivón la mira y dice con fastidio al tiempo que se levanta:

IVÓN

¡Pero si Hugo es su padre, mujer!

Magda la contempla con aturdimiento...

****

Hugo viene andando por su calle, llega a su portal y pasa ante el portero que está leyendo "El Alcázar" sentado en una silla.

HUGO
(PASANDO ANTE ÉL Y YENDO HACIA LA ESCALERA)
Hola.

PORTERO
(BAJANDO EL PERIÓDICO)
Buenas noches, don Hugo.
(SE LEVANTA Y VA HACIA ÉL, HABLANDO).
Ha venido un señor preguntando por usted… vino tres veces. Dijo que era muy urgente.

HUGO
¿Si? ¿Le dijo quién era?

PORTERO
(ENTRANDO EN LA PORTERÍA)
Me dio su tarjeta... que fuese usted a verlo, o que le llamase...

Surge de nuevo con una tarjeta. Hugo la coge y la lee.

HUGO
Bueno. Está bien.
(COMIENZA A SUBIR LAS ESCALERA)
Gracias, Gregorio.

PORTERO
De nada, don Hugo…
(TOMA EL CAMINO DE SU SILLA)

Hugo sigue subiendo la vieja escalera...

Hugo entra en su piso y avanza empujando la puerta para cerrarla. Deja al pasar, su cartera sobre una silla y empuja la puerta de su cuarto, al tiempo que empieza a quitarse la chaqueta.

Comienza a sonar el teléfono.

Hugo le lanza una ojeada, pero sigue en su acción de quitarse la americana, que deja sobre la cama.

Sigue el teléfono.

Hugo va hacia un armario y lo abre. Hay un traje, con aire de ser nuevo, colgado de una cruz. Lo saca y lo lleva también sobre la cama.

Sigue insistiendo el teléfono. Hugo vuelve a mirarlo y se

inclina a la chaqueta vieja metiendo la mano en uno de los bolsillos. Saca la tarjeta que le ha dado el portero y, leyéndola, va hacia el teléfono. Lo descuelga.

(INSERTO,TARJETA: "SALVADOR CASTRO. ABOGADO").

HUGO

Dígame.

(CASI INMEDIATAMENTE FRUNCE EL CEÑO AL RECONOCER LA VOZ)

Magda, al teléfono. Habla desde un teléfono de pared en un rincón del bar, que se extiende a lo largo por detrás de ella. Ivón está sentada en un taburete, apoyada en la barra, tomándose una cerveza y mirando inquieta a Magda.

MAGDA

(CON DELICIOSA SONRISA)

¿Es usted Carlos? ¡No soy "ella"! Yo soy una amiga, su íntima amiga. "Ella" está aquí a mi lado... y va a hablarle ahora mismo.

(MIRA DE REOJO A IVÓN, QUE LE HACE SEÑAS NEGATIVAS DE QUE NO QUIERE HABLAR)

Me está haciendo señas de que le deje el teléfono. ¡Ahora mismo se pone!

(RETIRA EL TELÉFONO DE LA CARA TAPANDO EL MICRO)

IVÓN

(ENFADADA)

¡No quiero! ¡Cuelga ahora mismo!

MAGDA

(VELOZMENTE)

¡Venga, que está esperando! ¡Dile que os podeis ver en algún sitio!

IVÓN

¡Que no, mujer!

MAGDA

¿Pero eres tonta, chica?

(RÁPIDA, AL TELÉFONO CON MELOSA SONRISA)

¡Ya está aquí!... ¡Adiós, Carlos, encantada de conocerle!

(RETIRA DE NUEVO EL TELÉFONO Y SE LO ALARGA A IVÓN)

Ivón lo contempla vacilante. Sin decidirse, baja del taburete y coge el teléfono.

MAGDA

(DICTANDO)

¡No se disculpe, por favor, si me hago cargo! ¡A mí también me sorprendió ver a su padre a estas horas!

Ivón la mira y vacila de nuevo. Magda le levanta el teléfono hasta la boca. Ivón fuerza una sonrisa hacia el teléfono y dice:

IVÓN
¡No se disculpe, por favor, si he de serle sincera, a mi también me sorprendió ver a su padre a estas horas!
(SE DETIENE Y MIRA A MAGDA)

Hugo, en silencio, mantiene oprimido el teléfono, escuchando.

En el bar habla Ivón.

IVÓN
Vino a decirme que se va a Barcelona esta noche.

MAGDA
(DICTANDO)
Por eso me he atrevido a telefonearle.

IVÓN
Y por eso me he atrevido a telefonearle... Porque sé que está en la estación...
(SONRÍE INSINUANTE)
Esperaba usted que yo le llamase, ¿verdad?

IVÓN
¡Por favor, Carlos, no me juzgue mal! Yo no puedo traicionar a su padre… pero tampoco puedo traicionarme a mi… creo que esto es también lo que le ocurre a usted, ¿no?
(MIRA HACIA MAGDA)

Magda asiente con la cabeza. Se inclina diciendo con rapidez:

MAGDA
Una no se da cuenta de lo que es el amor... hasta que de pronto llega.

Ivón retira la vista de ella y dice, marcando otra dulce sonrisa:

IVÓN
(AL TELÉFONO)
Mire, una no se da cuenta de lo que es el amor… hasta que de pronto llega… me gustaría que hablásemos. Le espero esta noche.
(INSINUANTE)
Al acabar la función.

Cuelga y queda un instante con la mano sobre el teléfono.

MAGDA
¿Qué te ha dicho?

IVÓN
Ni palabra. ¡Debe estar más nervioso que un flan!

Hugo sigue con el teléfono pegado a la cara. Tiene los labios mordidos con fuerza, con tremenda fuerza.

****

Hugo sigue sentado en el borde de la cama, con la expresión perdida. Con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Tan absorto, que no oye los repetidos golpes de nudillos sobre la puerta.

IVÓN (OFF)
¿Pero no oyes que llaman?

Hugo la mira. Ivón está sacando la cabeza por el elástico del cuello del jersey, que está poniéndose de nuevo. Tiene a medio enderezar la falda, con la cremallera aún sin subir. Tras ella, está abierta la puerta de la ducha, con la luz encendida y cayendo aún de la alcachofa una monótona gota.

IVÓN
¡Abre, Hugo!

Hugo, como si despertase pesadamente de un sueño, se pone en pie y va hacia la puerta.

IVÓN
¡Espera!

Tira velozmente hacia arriba de la cremallera de la falda y se vuelve rápida a la ducha. Apaga la luz, envía dentro, de un puntapié, una toalla mojada que había en el suelo del dormitorio y cierra la puerta, volviéndose a Hugo afirmativamente.

Hugo se acerca a la puerta, donde siguen golpeando, y la abre. Es de nuevo el inspector.

INSPECTOR
Perdón. No quiero molestarles, pero tengo que acabar el informe.

Hugo le deja paso. El inspector entra. Mira a Ivón. La ve

sentada, derumbada, en el único sillón del cuarto. Tiene un pañuelo entre las manos.

INSPECTOR
(INCÓMODO)
Es solo un momento.
(MIRA A HUGO)
¿Cómo iba vestido... su hijo?

Hugo se pasa la mano por la cara, con cansancio.

HUGO
Pues… llevaba un impermeable... y debajo... un traje gris, creo. No me acuerdo bien.

INSPECTOR
(SIN LEVANTAR LA VISTA)
¿Está usted seguro de que ha sido un accidente?

Hugo vuelve a él la mirada. El inspector continúa escribiendo, con los ojos sobre el papel. Ivón, desde el sillón, ha abierto los ojos y le contempla asombrada.

Hay un silencio.

El inspector levanta la cabeza y mira a Hugo.

INSPECTOR
Quiero decir que si no había nada raro en el muchacho, si usted conocía algún disgusto íntimo que pudiera... que le hubiese llevado a tomar esa decisión.

Hugo le sigue mirando.

HUGO
¿Suicidio?
(FRUNCE EL CEÑO)
¡Por dios, no diga tonterías! Carlos era un chico completamente normal.

INSPECTOR
A veces hay problemas que los padres desconocen.

Hugo le mira un instante, en silencio.

HUGO
¡No saque las cosas de quicio, se lo ruego!

El inspector le mantiene un instante los ojos con pena y,

luego, los vuelve a la muchacha. La ve con los párpados bajos, como ausente de todo lo que no sea el recuerdo de la "tragedia".

INSPECTOR
(RETIRÁNDOSE HACIA LA PUERTA)
Bueno, nada más. Vuelvo a pedirles perdón... si hubiese algo nuevo, se lo comunicaremos inmediatamente.

Hugo, con un suspiro de resignación, se inclina hacia el maletín de la muchacha y lo abre, diciendo:

HUGO
Gracias.

Pero el inspector, ya a medio salir, observa lo que hace y se detiene un instante para añadir:

INSPECTOR
No podrán marcharse hasta dentro de unos días.

HUGO
¿Cómo?

INSPECTOR
Una semana, quizá... piense que hay que realizar unos trámites.

Hugo le ha clavado los ojos y le está mirando ceñudo.

HUGO
¿Qué yo piense?
(BRUSCAMENTE EXPLOTA CON RABIA)
¡Qué demonios tengo que pensar! ¡Y qué tengo que ver yo con su oficio! ¿Por qué tienen siempre que molestar? ¡Además de lo que tengo encima, he de aguantar aquí, aquí! ¿No se da cuenta de que todo esto
(ABARCA EL AMBIENTE)
no lo resisto ya? ¡Me aplasta!

INSPECTOR
Lo comprendo, pero...

HUGO
(DESCOMPUESTO)
¡Si a ustedes les interesa hacer unos trámites háganlos! ¡Pero déjenme a mi en paz! ¡Aunque solo sea por caridad!
(SE HABÍA ADELANTADO UNOS PASOS HACIA ÉL Y AHORA RETROCEDE DECIDIDO HACIA EL MALETÍN ABIERTO)
¡Nos vamos a Madrid! ¡Y ahora mismo!

INSPECTOR
No pueden.

Hugo le mira. El policía le contempla, sereno, frío.

INSPECTOR
Lo siento.
(TIRA DE LA PUERTA Y LA CIERRA)

Ivón se incorpora rápida en cuanto quedan solos. Satisfecha. Todo lo contrario de Hugo, que sigue con furia contenida mirando a la puerta cerrada.

IVÓN
¿Por qué te pones así? ¿Para qué quieres marcharte?
(LE ECHA LOS BRAZOS AL CUELLO CON GESTO DE FELICIDAD)
¡Pero, Hugo!
(LE CONTEMPLA MIMOSA E INTENTA APOYAR SU NARIZ SOBRE LA DE ÉL)
¡Si aquí estamos fenomenalmente!... abrázame.

Hugo la está mirando. Ha suavizado su expresión... pero aún le queda un rescoldo amargo. Cruza sus brazos por la cintura de ella.

HUGO
(DÉBILMENTE)
De veras, Ivón; este hotel se me cae encima.

No puede continuar, aunque tenía intención de hacerlo, porque los labios de Ivón oprimen los suyos.

****

Las olas siguen estallando con brutal violencia contra el promontorio, por cuya falda se mantienen descolgados los hombres en la tenaz lucha por hallar el cadáver. El oleaje y la fuerza del huracán hacen difíciles los trabajos.

Con el día, la niebla se ha levantado.

Arriba, en el balconcillo de madera, en el vertedero de pescado, el comisario sigue observando aquella labor, mientras un numeroso público de curiosos es mantenido a distancia por números de la Policía Armada.

El comisario con el cuello del abrigo levantado y las manos hundidas en los bolsillos.

Un automóvil frena cerca de la gente curiosa y desciende rápido un policía de uniforme que iba junto al chófer. Va hacia el balconcillo al encuentro del comisario.

POLICÍA
Le llaman de Madrid, con mucha urgencia.

COMISARIO
¿De la Dirección General?
(VA HACIA EL COCHE)

POLICÍA
No sé, pero es la tercera vez que llaman.

Entra en el automóvil y éste arranca.

Cuando lleva recorridos algunos metros, se detiene a la altura del inspector que venía subiendo la cuesta. La portezuela de atrás, donde va el comisario, se abre y el inspector entra también en el automóvil que reanuda su marcha...

****

Comisario e inspector vienen cruzando muy deprisa la sala grande de la comisaría, acuciados por la voz apremiante de la secretaria que va delante, marcándoles el camino:

SECRETARIA
¡Tres veces ya, don Jesús! ¡Parece que está muy enfadado!

COMISARIO
(DEPRISA, DESABOTONÁNDOSE AL TIEMPO LA GABARDINA)
¿Pero no es de la Dirección General?

SECRETARIA
No, señor. Es un abogado de Madrid.

El inspector ha ido quedándose un poco retrasado. Llegan a la mesa donde aparece descolgado el teléfono. La secretaria lo levanta y se lo da al comisario, que lo coge apresurado.

COMISARIO
¡Diga!... ¡Si, aquí el comisario, dígame!

Escucha un instante.

Habla por teléfono desde su mesa. Es un hombre delgado, huesudo, seco y antipático. Viste elegantemente, y el despacho tiene riqueza y buen gusto.

ABOGADO

Con esa estúpida manía de no dar los nombres de los hoteles para no hacer publicidad, no sé dónde se hospedan. ¿Quiere decirme en qué hotel está el señor Pascal, don Hugo Pascal?... Y, por favor, ¿qué ha pasado? ¿Qué saben ustedes de ese terrible accidente? ¡El periódico es muy escueto!

El comisario le responde:

COMISARIO

Pues no hay nada más señor, que lo que ha leído... tratamos de rescatar el cadáver, ¡pero es muy difícil! Por favor, ¿quiere decirme con quién estoy hablando?

(ESCUCHA Y MIRA A LA SECRETARIA)

Apunte... Don Salvador Castro, abogado.

La secretaria escribe velozmente.

El inspector permanece de pie, en silencio.

COMISARIO

¿Es usted familia?

ABOGADO

No, señor. Soy el administrador de los bienes de la difunta tía del señor Pascal… ¡Estoy impresionado! ¡Ella murió hace 15 días y ahora el muchacho! ¡Es terrible! ¡Cuando estaba a punto de heredar!... En fin, ¿quiere decirme en qué hotel está?

COMISARIO

En el Savoy... 22–01... ¿Tiene más hijos el señor Pascal?

(ESCUCHA)

Bien. De nada, señor.

(CUELGA)

¡Pobre! Era hijo único... ¡Y también, qué mala suerte ir a morir cuando tenía que heredar!

El inspector se ha sentado junto a una máquina de escribir y ha metido un papel.

SECRETARIA

¡Si el dinero trae mala suerte! ¡Lo he dicho siempre!

El inspector, al oírlo, detiene bruscamente la acción de teclear en la máquina.

INSPECTOR
Don Jesús, ¿no cree que deberíamos escuchar esa conferencia telefónica?

El comisario detiene la pluma y le mira. También la secretaria vuelve a él la cabeza, retorciendo el cuello.

COMISARIO
¿Por qué?

INSPECTOR
No sé. No me haga caso... Pero siempre que hay dinero por medio… Heredaba el hijo... Pero muere en circunstancias extrañas... Y el dinero, naturalmente, pasa ahora al padre.

COMISARIO
¿En circunstancias extrañas? Subir a ver el mar y resbalar no es...

INSPECTOR
¿Le parece poco extraño? Subir a ver el mar de noche... ¡Y con la noche que hacía! No es lógico.

Busca un cigarrillo y se lo lleva a la boca, observado en silencio por su jefe.

COMISARIO
¿Pero qué está pensando?

INSPECTOR
Que en lugar de un resbalón... Pudo ser...

El inspector, al dejar la ceniza del cigarrillo sobre el cenicero, empuja a éste, que cae al suelo, con estrépito como completando la frase.

Se produce un silencio. El comisario frunce el ceño.

COMISARIO
¿Pero en qué demonios se basa?

El inspector recoge el cenicero del suelo.

INSPECTOR
(SONRIENDO)
En nada... o, mejor, en que podían haberlo hecho si hubiesen querido. ¡Pero ya sé que es absurdo!

Enciende una cerilla y prende el cigarrillo.

COMISARIO
¿Por heredar lo del hijo? ¿Pero usted cree que todos los que heredan son asesinos? ¡Oiga,
(LE SEÑALA CON EL DEDO EXTENDIDO)
que mi tía Jacinta está malucha y me va a dejar un pico!

Suelta antes que nadie una carcajada y mira a la secretaria para ver el efecto.

La secretaria ríe también. Y también el inspector, con el cigarrillo en la boca. Se lo retira de los labios y mira la ceniza.

INSPECTOR
Yo, que usted, escuchaba esa conferencia.

Mira al comisario.

Ivón va hacia la mesilla de noche a levantar el teléfono que está sonando. Al fondo, apoyado con el hombro sobre el cristal del balcón, mirando absorto a la calle, Hugo.

IVÓN
Diga... Un momento
(A HUGO, SORPRENDIDA)
¡Te llaman de Madrid!

Hugo vuelve a ella la cabeza y la contempla sorprendido. Inmediatamente se moviliza y va hacia el teléfono.

HUGO
(AL TELÉFONO)
¿Quién es?

Su voz y su expresión han adquirido una gran amargura.

El abogado, desde su despacho.

ABOGADO
(SIN NINGUNA SIMPATÍA)
Lo lamento señor Pascal. No quiero preguntarle los motivos que le impulsaron a hacer este viaje; es usted muy dueño de hacer lo que quiera... ¿Pero por qué se llevó a su hijo? ¿No sabía usted que pasado mañana debo abrir el testamento de su tía y que su hijo tenía que estar presente?

HUGO
(DURAMENTE)
¡Oiga! ¡Si cree que estoy en condiciones

de escuchar estupideces, se equivoca! ¡Me vine aquí porque me dio la gana… y me traje a mi hijo por lo mismo!... Escuche, sé que nunca le he sido simpático, y a mi me ocurre lo mismo con usted. ¡Le aconsejo que no se pase usted de la raya, ni me obligue a hacerlo a mí! ¿Llamaba usted para alguna otra cosa?

El abogado, enjuto, elegante, guarda silencio un instante con acritud.

ABOGADO

(LENTAMENTE)

No. Vuelvo a recordarle que pasado mañana abriré el testamento...

(CON MAYOR LENTITUD)

Del cuál es usted heredero ahora...

(DIPLOMÁTICO)

Como ya se habrá dado cuenta, a su tía no creo que le agradase ver que al final se había salido usted con la suya.

Cuelga.

Hugo mantiene un instante el teléfono en el oído y poco a poco, lo va bajando.

El comisario, sentado tras su mesa, tiene el teléfono en la mano, junto al oído. Mira al inspector sentado en una silla próxima.

Con expresión perpleja lleva lentamente el teléfono a su horquilla y mira en silencio al inspector que, a su vez, lo observa fijamente.

El comisario se pasa la mano por la nariz, pensativo.

****

Desde lo alto del promontorio, más avanzado en el mar que la "barra" que defiende el puerto, el espectáculo del oleaje es pavoroso. El mar, rebasada la escollera, revienta contra la "barra", contra el paseo de la Punta Lequerica, elevando al cielo la masa de agua envuelta en espuma...

Más allá de la "barra" se divisa el muelle y la dársena, con el baile loco de los barcos bien amarrados. Y la ciudad...

Hugo está contemplando todo esto. Luego, lentamente, con el cuello del abrigo subido, avanza hasta el balconcillo de madera que tiembla bajo sus pasos, y se detiene en el borde más avanzado, sobre el abismo… Sus ojos contemplan los escollos, azotados por toneladas de agua.

Abajo, con la CÁMARA a la altura de los escollos, las olas se vuelcan en medio de un horrísono estrépito.

La cámara bascula siguiendo en PANORÁMICA el promontorio hacia arriba. Planea un grupo de gaviotas... Y arriba en el balconcillo, sobre el abismo, sigue inmóvil Hugo... Destaca sobre el cielo plomo su figura...

****

La calle Corrida, que lleva al Hotel Savoy y al puerto, está solitaria y húmeda. Sigue el viento encajonándose por ella con un lúgubre alarido, y oscilan los pocos faroles que la alumbran… Vista desde lo alto, en toda su perspectiva hasta el puerto, produce una angustiosa sensación de muerte.
Aumenta su soledad, el paso de las dos pequeñas figuras que caminan por el centro de la calle. No hay más ser vivo que ellas. Sus figuras pasan bruscamente de la luz a las sombras por el absurdo oscilar de los faroles.

Son el comisario y el inspector.

Subidos los cuellos de la gabardina y el abrigo, hundidas las manos en los bolsillos, calados los sombreros…

Al llegar cerca del Hotel acortan el paso, poniendo los ojos sobre el automóvil de Hugo, que sigue estacionado en la puerta.

Se detienen a su lado y lo contemplan en silencio. El inspector se inclina a leer la patente. Se incorpora y mira al comisario.

INSPECTOR
Es de alquiler.

El comisario, muerto de frío, gira y se mete en el pequeño portal del hotel, comenzando a golpear los cristales de la puerta.

El conserje se inclinó a mirar desde su mostrador y, al ver la silueta recortada en los cristales, se apresuró a ir hacia allí con su cansino arrastrar de pies. Llevaba puesto, como la noche anterior, su uniforme reglamentario, pero seguía con la boina y con la misma bufanda dándole dos vueltas al cuello.

Abrió y se colaron rápidos los dos policías junto con una ráfaga de viento helado.

CONSERJE
Buenas noches, señores.

COMISARIO
¡Vamos, no seas bromista!

INSPECTOR
¿Están todavía levantados?

CONSERJE
¡Uh, está gente de Madrid se acuesta muy tarde!
(SEÑALÓ AL TECHO)
Están en el salón del primer piso.

INSPECTOR
Anoche, cuando llegaron, era aproximadamente esta hora, ¿no?

CONSERJE
La misma. Yo cojo mi turno a la una menos cuarto.

COMISARIO
Escuche...
(HABLÓ EL COMISARIO Y COMENZÓ A ALEJARSE HACIA EL MOSTRADOR, MIENTRAS EL CONSERJE Y EL INSPECTOR, DETENIDOS, LE MIRARON ATENTOS)
He leído en el periódico...
(MOSTRÁNDOLO)
Dicho por usted que le pidieron que les acompañase allí arriba, al promontorio, para enseñarles el camino.

CONSERJE
Si, señor. Me dijeron: "¡Venga, suba usted con nosotros!".

INSPECTOR
¿Está seguro?
(HABLÓ EL INSPECTOR A SU LADO. EL CONSERJE SE VOLVIÓ)
¿Está seguro de que le dijeron eso?
(REPITIÓ SECO EL POLICÍA)

El conserje parpadeó.

CONSERJE
Hombre... Verá... Yo he querido hacer la cosa mucho más emocionante.

COMISARIO
¿Se lo dijeron o no?
(INTERRUMPIÓ BRUSCAMENTE EL COMISARIO)

El conserje se volvió hacia él, molesto.

CONSERJE
¡No! Pero pudieron habérmelo dicho. Yo...

INSPECTOR
Era imposible, jefe... No querían testigos.
(EL INSPECTOR HABLÓ AL COMISARIO)

El comisario mira al inspector un momento. Luego llevó la mirada al conserje que seguía parado junto a la puerta.

COMISARIO
(MOSTRANDO EL PERIÓDICO)
Dice usted en el periódico que el muchacho pareció presentir la muerte, y que le apretó a usted la mano con lágrimas en los ojos.

CONSERJE
Lo dije por hacerlo más emocionante... Sencillamente por hacerlo más emocionante.

COMISARIO
¿Pero usted es idiota?
(BRAMÓ EL COMISARIO)

CONSERJE
Nada de eso señor comisario. Lo que pasa es que yo soy ameno.
(FUE ACERCÁNDOSE A ELLOS QUE LE CONTEMPLABAN ESTUPEFACTOS)
Odio, de toda la vida, las historias sosas.
(AGREGÓ)

El comisario le siguió con los ojos cuando pasó a su lado y se metió tras el mostrador. El inspector contuvo una sonrisa.

COMISARIO
También será… "amenidad"... Lo de la entrada en torbellino del muchacho.
(DIJO)
Que le clavó la pluma que le...

CONSERJE
No, señor. ¡Aquí tiene usted este papel atravesado!
(ALARGÓ SU MANO CON ENFATISMO Y RECOGIÓ DE UN EXTREMO DEL MOSTRADOR LA ARRUGADA HOJA DE ENTRADA QUE ESCRIBIERA EL MUCHACHO. LA ALISÓ DICIENDO)
¿Ven la señal? Entonces monté en cólera, como suelo montar siempre que veo a los clientes clavar las plumas en el mostrador y...

COMISARIO
¿Qué clavan las plumas en el mostrador?
(EL COMISARIO LE MIRABA ESTUPEFACTO)

CONSERJE
...Y le dije al chico: "oye, muchacho..."

INSPECTOR
¡Pero si usted no le vio!
(INTERUMPIO EL INSPECTOR)
¡Usted me dijo que al bajar él se metía en el ascensor y subía al piso!

El conserje le contempló.

CONSERJE
Tiene usted razón.
COMISARIO
¡Oiga!
(EXPLOTÓ EL COMISARIO, FURIOSO, Y LE COGIÓ POR LA GUERRERA)
¡Si vuelve usted a ser ameno le, le, le...
(SE QUEDÓ AHÍ, CONTEMPLANDOLE AIRADO)

El conserje se desprendió de la mano del comisario, con dignidad.

CONSERJE
Está bien. Él se metió en el ascensor y subió al piso antes de...

INSPECTOR
¿A qué piso?

El conserje abrió la boca sorprendido.

CONSERJE
¿A cuál va a ser? A… al piso, diablos, al segundo.

INSPECTOR
(TENSO)
¿Y quién le dijo que subiese al segundo?

Se hizo un silencio.

El comisario miraba al inspector. Este le aclaró velozmente:

INSPECTOR
Les dio la "suite" del segundo.
(MIRÓ OTRA VEZ AL CONSERJE)
Si usted no se lo dijo y la camarera tampoco, ¿cómo sabía a qué piso tenía que subir?

El conserje tenía aire de estúpido.

CONSERJE
Pues le juro que no se lo dije a nadie.
(DIJO LENTAMENTE, CON TONO DE SINCERIDAD)

INSPECTOR
Es decir, que adivinó el piso. Y, naturalmente, la habitación. Porque habrá más de una ¿no?

CONSERJE
Quince.

El joven miró al comisario.

COMISARIO
Sí, es raro.
(MURMURÓ ÉSTE)
A no ser que lo oyese...
(INDICANDO HACIA LA PUERTA)

INSPECTOR
¿Con la puerta cerrada?
(GIRÓ RÁPIDO Y FUE HACIA LA PUERTA. LE VIERON LLEGAR A ELLA Y ABRIRLA. SE VOLVIÓ A ELLOS)
¿Quieren hablar algo?

El inspector sale a la calle. Cierra la puerta tras de si. Se ve a través de los cristales al comisario y al conserje que hablan sin ser oídos.

El inspector intenta abrir. No puede. Da con los nudillos sobre los cristales de la puerta. El conserje se apresuró a correr hacia allí y abrirle.

CONSERJE
Le estaba diciendo que no estoy seguro de haber...

Se detuvo al notar la expresión de extrañeza del inspector. Seguía con los nudillos levantados en actitud de golpear. Y sin entrar un solo paso.

INSPECTOR
¿Esta puerta está igual que anoche?
(PREGUNTÓ, Y EL COMISARIO COMENZÓ A ACERCARSE DESDE EL FONDO)

CONSERJE
Igual.
(CONTESTÓ Y ASINTIÓ EL CONSERJE, ALARMADO)

INSPECTOR
¿También anoche le faltaba el picaporte?

Señaló el lugar donde debía haber un picaporte para abrirla y que en efecto, ahora faltaba; asomaba, tan solo, el vástago de hierro del manillar de la parte del hall. El conserje sonrió, más tranquilo.

CONSERJE
Se lo quito todas las noches al entrar de guardia, y así me duermo tranquilo. Todo el que quiera entrar ha de llamar.

El inspector entró y echó a un lado al conserje, mirando al comisario.

INSPECTOR
Entonces, ¿por dónde entró el muchacho? Si este hombre estaba arriba, ¿quién le abrió la puerta? Y si no se la abrió nadie, ¿se filtró por el cristal con la maleta?

El comisario frunció el ceño. Miró hacia la puerta.

COMISARIO
Pudo quedar abierta, ¿no?

El inspector señaló el dispositivo de cierre sobre la puerta y la abrió para soltarla enseguida. La hoja cayó suavemente y quedó cerrada.

Guardaron silencio.

El inspector sacó un cigarrillo y lo prendió.

De pronto, empezó a sonar la chicharra de la centralilla. El conserje fue hacia ella.

El inspector expelió suavemente el humo.

La voz del conserje les hizo volver la cabeza a los dos.

CONSERJE
Es del salón... Son ellos.

Miró a los dos policías y maniobró con las clavijas.

CONSERJE
Diga... Sí, señor. Ya está preparado. Ahora se lo suben.

Colgó y abrió una puertecita inmediata.

CONSERJE
¡El café del señor Pascal!

Entró por aquella puerta.

El comisario empezó a hablar con los ojos fijos en la alfombra.

COMISARIO
Reconozco que hay algo raro aquí.
(HIZO UNA PAUSA)
Quizá deberíamos subir y preguntárselo a ellos mismos. Puede que estas cosas raras tengan una explicación.

INSPECTOR
Han hecho una comedia. Ese muchacho no ha estado nunca aquí. No ha estado… Vivo… Lo trajeron muerto.
(SE HIZO UN SILENCIO. EL COMISARIO LE MIRA ATENTAMENTE)
Y han hecho todo lo posible porque se le creyera vivo y así justificar, luego, el accidente.

El comisario contrajo el gesto.

El inspector le estaba mirando, rígido. Volvió a decir lentamente:

INSPECTOR
Lo que tiraron por el promontorio fue un cadáver.

Se hizo un nuevo silencio. La camarera salió por la puertecilla y comenzó a subir las escaleras con unos servicios de café.

INSPECTOR
Debieron matarlo en Madrid.

El comisario abrió la boca para calificar de absurdo todo aquello a juzgar por el gesto... Pero se contuvo. Preguntó suavemente:

COMISARIO
Pero, ¿y dónde lo trajeron? ¿Cómo lo metieron aquí?

La respuesta del inspector llegó también con suavidad:

INSPECTOR
Recuerdo que la maleta es muy grande y que el conserje afirma que pesaba como…

Los dos policías se contemplaron.

****

La camarera, la misma de la noche anterior, terminó de subir la alfombrada escalera y pasó a una galería. Avanzó por ella y entró en el salón. Era una pieza alargada, llena de amplios butacones y de revistas sobre la larga mesa de centro. Una chimenea francesa apagada, al fondo, y sobre ella un reloj de porcelana.

La camarera avanzó hasta el sofá. Hugo estaba sentado en un extremo, pensativo. Al otro, estaba Ivón, con las piernas recogidas sobre el asiento, cubierta casi por la revista que leía con placidez.

La camarera empezó a servirles el café. El reloj de porcelana dejó caer una campanada sobre aquella silenciosa quietud.

IVÓN
(DEJANDO LA REVISTA Y MIRANDO AL RELOJ Y LUEGO A HUGO, CON FORZADO ASOMBRO)
¡La una! ¡Qué barbaridad, y en Madrid empezamos a vivir a esta hora!
(SONRÍE LEVEMENTE Y FIJA LA VISTA EN EL RELOJ)
Estará cayendo el telón ahora mismo.

Siguió mirando al reloj. La camarera se fue silenciosamente. Hugo levantó también los ojos al reloj.

IVÓN
Y tu llegando al camerino a buscarme…
(LO HA DICHO SUAVEMENTE)…
Tengo ganas de volver a Madrid.

Lo dice con un suspiro y levanta de nuevo la revista, enfrascándose en ella.

Pero Hugo sigue con los ojos clavados en la esfera del reloj. Tenía una expresión ausente... Sumergiéndose suavemente en sus recuerdos. A su memoria llegó clara la voz de Ivón:

“Mire, una no se da cuenta de lo que es el amor... hasta que de pronto llega. Me gustaría que hablásemos. Le espero esta noche... al acabar la función... Le espero esta noche... al acabar la función... Le espero esta noche... al acabar la función... Le espero esta noche... al acabar la función...”.

****

Dio la una, solemnemente, el gran reloj de la casa de seguros, en la cabecera del Rastro. La gigante esfera iluminada señalaba la una con los dos trazos negros de sus manillas. Desde lo alto la figura de Hugo destacaba, parada en medio de la calle, contemplando la esfera.

La calle estaba solitaria a todo su alrededor. Él estaba plantado en medio del asfalto con el cuello del abrigo subido, tapándole medio rostro.

Luego, bajó los ojos de allí y los llevó hacia su derecha. Hacia la portada del teatro La Latina, con su marquesina señalada con tiras de neón, y con el título: "LAS PAJARAS", titilando en rojo tomate.

Salía la gente, entre rumores de comentarios, poniéndose aún los abrigos y encendiendo el primer cigarrillo. Se fueron llenando de público las aceras y se inició la desbandada de los coches que aguardaban.

Hugo apretó el paso y se metió por una bocacalle inmediata al teatro, estrecha y empedrada. Se detuvo antes de llegar a la puerta de artistas. También por aquí estaban saliendo. En su mayoría chicas del conjunto. La acera estaba llena de "moscones", aguardando.

Hugo pasó de largo, lentamente, y fue a detenerse a quince o veinte metros de allí en plena oscuridad, sumergido en la sombra.

****

La gigantesca esfera iluminada de la casa de seguros señala las dos menos veinte.

En la callejuela, Hugo está apoyado en el muro de una casa terminando de fumar un cigarrillo. Mantiene los ojos sobre la puerta de salida de artistas.

Vemos toda la calleja. Está solitaria, absolutamente vacía y silenciosa. Hugo mira su reloj de muñeca. Le acerca la lumbre del cigarrillo para distinguir la hora. Tira el cigarrillo y vuelve a su postura.

Suena la puerta de artistas al abrirse. Hugo se incorpora levemente, con los ojos fijos en ella. Desde su punto de vista vemos salir al portero. Suena un manojo de llaves en sus manos. Tras él, lentamente, con desgana, pisa la acera Ivón. Hugo la observa. La muchacha, quieta, recorre con la vista la calle, arriba y abajo. El portero está cerrando con llave la puerta.

PORTERO
(SACANDO LA LLAVE DE LA CERRADURA Y GUARDÁNDOSE TODO EL MANOJO)
El señor Pascal se ha retrasado ¿eh?

IVÓN
(SIN MIRARLE)
No está en Madrid. Se ha ido esta noche a Barcelona.

PORTERO
¡Ah! ¿Se queda? ¡Va a perder el último tranvía!

IVÓN
(LE MIRA Y SONRIE SIN GANAS)
Adiós, señor Manolo.

PORTERO
(ALEJÁNDOSE)
Hasta mañana señorita.

Hugo, desde su oscuridad, ve cómo se aleja el portero y cómo Ivón queda sola. La muchacha mira su reloj de muñeca. Con gesto de fastidio da unos pasos por la acera. Hugo oye el golpear de sus tacones. Bruscamente, con evidente enfado, Ivón sale de la acera y se aleja cruzando la calle en dirección opuesta al lugar de Hugo. De prisa... Su taconeo firme, rabioso, va decreciendo según disminuye su figura.

Un tranvía viene bordeando la Puerta de Toledo, en el centro de la espaciosa plaza. Es un estrépito de hierros y rechinar de ruedas en la curva de los railes, tan grande que al detenerse en la parada, toda la plaza se llena de un silencio sobrecogedor.

Desciende Ivón.

Va hacia el portal cerrado de una casa mientras el tranvía reanuda su jadeante marcha Cuesta de Toledo abajo, hacia el puente.

Ivón se aproxima a la puerta en sombras buscando la llave en su bolso de mano. Al levantar los ojos da un respingo echándose atrás. Metido contra el quicio, apoyado apaciblemente y mirándola con expresión de burla, está Hugo.

Ivón le contempla asustada.

Él, silencioso, burlón.

IVÓN
(TRAGANDO SALIVA CON RAPIDEZ)
¿Qué haces aquí?

HUGO
(SUAVE)
Mirándote.

Ivón parpadeó con asombro. Él no se movía del quicio.

IVÓN
¿No te has ido a Barcelona?

HUGO
¿De dónde vienes?

IVÓN
¿Eh? Del teatro. ¿Pero qué haces aquí, Hugo?

HUGO
¿A estas horas? Pensé que la función acababa a la una.

Ivón le mantuvo los ojos, con alarma.

IVÓN
Nos han estado leyendo una obra... Puede que... Que no se disuelva.
(DIJO VELOZMENTE)

HUGO
(IRÓNICO)
¿Ah, si?
(HUGO SEGUÍA SIN ABANDONAR SU POSTURA NI QUITARLE LOS OJOS DE ENCIMA. IVÓN SE APROXIMÓ MÁS)

IVÓN
¿Por qué me dijiste que te ibas a Barcelona?

HUGO
Me voy mañana... Ya no quedaban billetes en la estación.

Se contemplaron.

IVÓN
¿Y por qué no has ido, entonces, al teatro, como siempre?

Seguía alarmada, mirándole a los ojos. Hugo enderezó pausadamente su postura.

HUGO
Por Carlos.
(Y EMPEZÓ A PALPARSE LOS BOLSILLOS)

Ivón contuvo el aliento. Él agregó:

HUGO
Se puso enfermo de pronto. ¿Tienes un pitillo?

Ivón siguió mirándole. Hugo añadió.

HUGO
De repente... se puso enfermo de repente.

IVÓN
¿De repente?

HUGO
Sí... Repentinamente enfermo.
(DIJO CON LENTITUD)

La contempló. Ella parpadeó con desconcierto.

IVÓN
Pero, qué raro...
(EMPEZÓ A DECIR CON EXTRAÑEZA, PERO LE CORTÓ LA SÚBITA DUREZA DE ÉL)

HUGO
¡Quieres mirar de una vez en el bolso!
¡Dame un pitillo!

Ella bajó velozmente los ojos al bolso y lo abrió, metiendo los dedos en él.

IVÓN
Deben quedarme uno o dos...
(DIJO NERVIOSA Y SIN MIRARLE, PREGUNTÓ)
Entonces... ¿no ha salido de casa?

No obtuvo respuesta. Levantó los ojos. Hugo la estaba contemplando.

IVÓN
Quiero decir... que no habeís salido de casa.
(RECTIFICÓ, LE ALARGÓ UN PAQUETE MEDIO VACÍO E INICIÓ UNA SONRISA)
¡Pobre! ¡Y yo pensando mal!
(INICIÓ UNA RISA CON REPENTINO ALIVIO)

HUGO
¿De quién pensabas mal?
(ESTABA RÍGIDO)

IVÓN
De... De ti, tonto... que creí que te habías ido a Barcelona sin despedirte de mí.
(VOLVIÓ A REIRSE)
Porque esta tarde no te has despedido.

Cortó la risa al sentirse cogida con fuerza por el brazo. Hugo tenía la cara muy cerca de la suya.

HUGO
Oye... Te quiero a pesar de todo. ¡Me oyes! ¡Te quiero!

La agitó con brusquedad.

HUGO
¡Y no quiero que me obligues a hacer algo que no quiero hacer! ¡Pero lo haré si te empeñas! ¡Lo haré si me obligas a ello... aunque deshaga mi vida!

Lo dijo entre dientes, pero Ivón percibió una extremada dureza.

IVÓN
¿Qué te pasa?
(SE SOLTÓ BRUSCAMENTE MIRÁNDOLE)

Hubo un silencio entre los dos.

Hugo suavizó el gesto, pareció quedarse tranquilo.

HUGO
Quiero que nos casemos inmediatamente... ¡Sin esperar a más!... ¡Sin esperar, siquiera, a que yo coloque mi primera novela!
(ABRIÓ LA BOCA CON UNA SONRISA Y LE BRILLARON LOS DIENTES EN LA OSCURIDAD. VOLVIÓ A ALARGAR SUS BRAZOS Y LA COGIÓ DE NUEVO POR LOS HOMBROS)
Con lo que tú ganas y con la pensión que me pasa el banco...

IVÓN
¿El banco?... ¿Te pasa una pensión?

HUGO
¿De qué crees que vivo entonces?... De los intereses del capital de mi hijo.

IVÓN
¿Los cobras tú?

HUGO
Tengo que alimentarle y darle una carrera, y yo como de eso. ¡Fue una manera más de avergonzarme que discurrió tía Ángela… Es una cantidad pequeña, ¿sabes?, pero viviremos los tres. ¿Qué te parece? ¡Dentro de quince días nos casamos!

Pero ella no marcó ninguna ilusión. Le estaba mirando.

IVÓN
Y yo a seguir trabajando, ¿no?

HUGO
Por ahora…

IVÓN
¿Por ahora?
(LO MIRÓ CON BURLA Y HUGO LO NOTÓ)
¿Hasta cuándo es "por ahora"?

HUGO
Hasta que me acepten la primera novela.

Se contemplaron. De pronto ella comenzó a silbar una cancioncilla sin apartarle los ojos cargados de guasa. Se interrumpió, de pronto.

IVÓN
¡Vamos! ¡Déjame en paz!
(Y SE INCLINÓ A METER LA LLAVE EN LA CERRADURA)

Hugo estaba helado.

HUGO
¿No me crees?
(DIJO DURAMENTE)
¿Te parezco un iluso, un imbécil?

Y como ella se dispusiese a entrar por la puerta ya abierta lanzándole una mirada, se la cortó bruscamente agarrándola con fuerza por un brazo.

HUGO
¡Ya no valgo nada, porque no puedo darte dinero! ¡Sólo te importa eso: dinero!... Millones ¿verdad? ¡Quisieras millones, aunque yo fuese un idiota!

IVÓN
¡Shiss!
(LE RECLAMÓ SILENCIO ESCANDALIZADA, SEÑALANDOLE A LA VECINDAD QUE DORMÍA, PERO MALDITO EL CASO QUE HIZO ÉL)

HUGO
¡Porque todos los que tienen dinero son idiotas!

IVÓN

Estás mintiendo
(LE MIRÓ TRANQUILA)
Y lo sabes de sobra. Carlos es muy inteligente.

Él la contempló, la zarandeó de pronto, con rabia, diciendo:

HUGO

¡Carlos es un imbécil!

IVÓN

¡Mientes!
(SE SOLTÓ FURIOSA Y LE MIRÓ COMO SI LA HUBIESEN INSULTADO A ELLA)
¡Ahí lo tienes estudiando cuando tiene derecho a ser un vago!... ¿Qué te pasa? ¿Tienes envidia?

Y como él la contemplase fijamente, añadió:

IVÓN

¡Y debería avergonzarte hablar así... cuando vives a su costa!

Entró en el portal y cerró con brusquedad. Sonó la llave en la cerradura.

Hugo siguió quieto, como si le hubiesen golpeado en la nuca. Lentamente, giró y miró hacia la plaza vacía. Comenzó a caminar, cruzándola.

****

Subió deprisa las escaleras de su casa, llegó a su piso y abrió la puerta. Se asomó al interior sin soltar la llave ni sacarla de la cerradura. Pensativo, retrocedió al rellano de la escalera, sacó la llave, y dejando abierta la puerta, subió a los desvanes del piso de más arriba. Cada vecino tenía aquí su pequeño cuarto trastero.

Hugo sacó su llavero y abrió la estrecha puerta que le correspondía. Giró el conmutador y una pobre luz amarillenta iluminó con deficiencia el pequeño recinto. Se amontonaban algunas sillas rotas en un rincón y un saco de carbón cortaba el paso. Hugo pasó sobre él para llegar al lugar donde se agrupaban sus maletas, cubiertas de espesa capa de polvo. Levantó una y la observó. Le pareció pequeña. Buscó otra con la vista. Giró la cabeza y la detuvo en un punto. Aislada, había una grandísima maleta, sucia y destartalada, pero grande.

Hugo fue hacia ella y la levantó, contemplándola. Luego, fue con ella hacia la salida, apagando la luz. Cerró la puertecilla y comenzó a bajar hacia el rellano de su piso. La gran maleta le hacía inclinarse hacia un lado. Al llegar a la puerta de su piso, entreabierta, la empujó suavemente y entró en el piso a oscuras. Antes de cerrar la puerta se le pudo ver llevar los ojos hacia un punto del interior de la casa...

Cerró la puerta.

****

La luz de la mañana cae de lleno sobre la gran maleta, colocada en el suelo en el dormitorio de Hugo. Están sonando enérgicos timbrazos en la puerta de la escalera.

Hugo, soñoliento, se incorpora trabajosamente de su cama, sobresaltado por aquel estrépito. Se echa fuera de la cama, mete los pies en unas viejas zapatillas y se incorpora a coger su bata.

HUGO
¡Voy, demonios, ya voy! ¡Cállese!

Con la bata a medio poner y a trompicones, toma el camino de la puerta. Casi tropieza con la maleta. La bordea y va a seguir su camino, pero se detiene contemplándola. Parece despejarse por entero. Se peina el cabello con los dedos, mirándola fijo, y retrocede hacia ella. Intenta levantarla, pero el grandísimo peso que ahora tiene se lo impide. La arrastra hacia un rincón.

Gira y sale del cuarto.

Abre la puerta de la calle. En el rellano, el abogado—notario de su tía. Magro, rígido, elegante.

ABOGADO
(SECO)
Buenos días. ¿Puedo entrar?

HUGO
¡Ah! Hola. Buenos días. Si, pase.
(SE ECHA A UN LADO, SIN NINGUNA SIMPATÍA)
Madruga, ¿eh?

ABOGADO
Trabajo sencillamente.
(ENTRA Y VA A DEJAR SOMBRERO Y CARTERA SOBRE UNA SILLA)
Lo que no acostumbro es a visitar a mis

clientes a domicilio. Pero, por lo visto, esta es la única hora de encontrarle en casa. ¿No le dijo el portero que vine tres veces?

HUGO
Ya lo creo. Y me dio su tarjeta.

ABOGADO
¿Por qué no me telefoneó?

HUGO
Oiga, señor Castro. Yo no soy su cliente. Es mi tía. Yo no me molesto más que por la gente que me interesa. Y usted y mi tía no me interesan. ¿Quiere decirme qué desea?

El abogado le contempla mientras se desguanta las manos.

ABOGADO
Su tía se está muriendo.

Guarda silencio un instante. Hugo le está mirando fijamente.

ABOGADO
Quiero hablar con su hijo.

HUGO
(DOLOROSAMENTE)
¿Se está muriendo? ¡No sabía que estuviese enferma!

ABOGADO
No lo está... Son los años. Tiene una edad muy avanzada. ¿Puedo hablar con Don Carlos?

HUGO
(IMPRESIONADO)
¡Pobre! Ochenta y cinco casi, ¿no?
(COMIENZA A ANDAR HACIA LA PEQUEÑA SALITA)
Pase, por favor. ¡Pobre tía Ángela!

ABOGADO
Quiere verle.

HUGO
(VOLVIÉNDOSE SORPRENDIDO)
¿A mí?

ABOGADO
(LENTAMENTE)
Con usted no quiere nada, señor Pascal.

(LE REBASA Y ENTRA EN LA SALITA)
Quiere ver a su hijo. ¿Está en casa? Necesito hablarle.

HUGO
(TRAS UNA VACILACIÓN)
No… No está ahora… Le sentí salir a clase muy temprano.
(HA ENTRADO TRAS ÉL EN LA SALITA)…
Pero, ¿de veras que a mí no quiere verme? No es posible.

ABOGADO
¿Por qué no es posible?

HUGO
(CON AMARGURA)
En este momento... No me cabe en la cabeza que... que se acuerde de nada, que...

ABOGADO
Se acuerda de todo. Eso es lo único que no le falla, la memoria.

HUGO
(ANONADADO)
¿Habló usted con ella?

ABOGADO
Sí.

HUGO
¿Y... hablaron de mí?

ABOGADO
¡Dios me libre! Recalcó que era de su hijo de quien quería despedirse. De usted no.
(LE CONTEMPLA FRIAMENTE)
Así que le ruego lo comunique a su hijo. Debe salir hoy mismo para Cáceres... o no llegará a tiempo.

Gira y va hacia la puerta de nuevo.

Hugo le sigue con los ojos...

****

El tren pasó velocísimo con su trepidante cola de vagones. Detrás dejó al descubierto un paisaje bajo el sol. Una extensísima llanura.

Por el campo abierto, siguiendo una vereda, y en una coche-

cillo tirado por dos caballos, iba el viajero. Su maletín se bamboleaba en el pescante, junto al cochero vestido de pana y con botones plateados.

Marchaban a buen paso, con un trepidar de cascabeles en las colleras. La vereda la cortó un rústico portón abierto. Se adentraron por él. En uno de los pilares del portón podía leerse: "VILLA ÁNGELA".

El coche fue alejándose por la vereda, por el interior de la finca, hasta la casona—palacio asentada en la falda de un altozano.

Llegó hasta ella y se detuvo al filo de los porches. El grupo de criados que había ido engrosando con la aproximación del carruaje se adelantó hacia el estribo. El viajero saltó ágilmente a tierra. Le rodearon...

****

El dormitorio de la enferma estaba en penumbra. Las contraventanas apenas dejaban pasar algo del brillante sol del exterior. Tía Ángela yacía con el embozo hasta la vieja barbilla en la amplísima cama de madera. Abrió suavemente los ojos al sentir rechinar la puerta.

La puerta iba abriéndose lentamente, con timidez...

Tía Ángela fijó los ojos en el que entraba delicadamente, parpadeó con ligero asombro y esbozó una sonrisa al comprender quién era. El viajero se aproximó a ella y se detuvo.

La vieja musitó:

TÍA ÁNGELA

Carlos...

Pero era Hugo.

Se inclinó ligeramente deteniéndose enseguida con temor. Bailaban en él la emoción y la alegría, y el miedo.

HUGO

Soy Hugo.
(SUSURRÓ)

Ella parpadeó y fijó la vista con atención. Escudriñó su rostro. Inmediatamente, endureció el gesto. Se cargaron sus viejos párpados y se hizo más prominente su barbilla.

TÍA ÁNGELA

¿Tú?
(DIJO CON RIGIDEZ)

Hugo tragó saliva.

HUGO
Carlos no ha podido venir... Tiene mucho trabajo.

Ella siguió mirándole. Él se inclinó más.

HUGO
¿Cómo estás, tía Ángela?

TÍA ÁNGELA
Mientes… No le has dejado venir. No has querido que viniese.

Le tenía clavados los ojos.

TÍA ÁNGELA
Te conozco bien... Y sé por qué lo has hecho. ¡Márchate! ¡Vete de aquí!
(ENDURECIÓ LA VOZ SIN LEVANTARLA)

HUGO
No, tía... Quiero que me perdones. Aquello pasó... ¡Yo ya soy un hombre, tía! ¿Entiendes?

Se sentó a su lado, mirándola anhelante.

TÍA ÁNGELA
Por el deshonor no pasa el tiempo... Vete, Hugo. Y no me amargues estos momentos.

Cerró los ojos. De pronto añadió, sin abrirlos:

TÍA ÁNGELA
Envíame a tu hijo. ¡Haz algo bueno en tu vida!

HUGO
¡Escúchame, tía!

TÍA ÁNGELA
Vete, Hugo.

HUGO
¡Por favor, tía! ¡No puedes acordarte ya de aquello! ¡Y menos en estos momentos! Hace diecinueve años ya. ¿No lo comprendes?

Ella abrió los ojos y le miró.

TÍA ÁNGELA
Lo siento, Hugo... Mentiría si dijese que te perdono. ¡Me hiciste tanto daño...!

Se le llenaron los ojos de agua y los cerró suavemente.

Hugo crispó sus manos sobre la colcha. La contempló fijamente.

HUGO
Tía Ángela. ¿Recuerdas el día que te lo dije?

Ella siguió con los ojos cerrados. Hugo se pasó la mano por la cara, nerviosamente.

HUGO
Acababas de decirme que no volverías a darme ni una peseta... ¡Yo estaba desesperado, tía... deseaba abrirme paso con la pluma! ¡Yo no nací para trabajar como tú querías! ¡Sólo para escribir! ¡Para inventar historias, para soltar toda esta fantasía que se me cuece dentro!

La vieja abrió los ojos.

TÍA ÁNGELA
Jamás has tenido fantasía.
(DIJO FRIAMENTE)
Te lo dije infinidad de veces... Y no quisiste creerme, ¡porque eres vanidoso! De eso sí que estás lleno: ¡de vanidad!

HUGO
Es cierto... Tengo vanidad. ¡Y fantasía!

La vieja movió la cabeza.

TÍA ÁNGELA
No... De tener fantasía, no habrías tenido un hijo de manera tan vulgar... ¡Tan poco original!

Guardó silencio con amargura, con los ojos clavados en el techo.

HUGO
Tía...
(MURMURÓ)
... Mi hijo no existe.

Se produjo un silencio.

Hugo la miraba tenso. Ella no se movió. Él agregó:

HUGO
No ha existido nunca.

Volvió a guardar silencio. Ella siguió igual.

HUGO
Es un hijo de mí fantasía... Y de mi vanidad. Quería demostrarte que tenía imaginación.

La contempló. Ella fue bajando lentamente los ojos, llevándolos desde el techo hasta mirarlo. Fijamente.

HUGO
Tuve que inventarlo para poder vivir, para poder seguir en Madrid luchando con la pluma... Porque tú no le negarías a él un dinero para mantenerse... Y de ese dinero viviría yo.

Hizo una pausa. Fue incorporándose hasta quedar en pie.

HUGO
Al regresar a Madrid fui al juzgado y mentí a los del registro. Allí no indagan nunca... Dos de ellos sirvieron de testigos. Y ese fue el documento que te envié.

Separó la vista de ella y se pasó los dedos por el pelo, nerviosamente.

HUGO
Lo tomé como un juego... Era inventar un personaje y ponerlo de pie sobre el papel... Darle un carácter… Y hacérselo variar según crecía. Ponerle manías y caprichos. Incluso en lo físico era divertido inventárselo. Le di una forma...

Se detuvo con los ojos clavados en la alfombra, asaltado bruscamente por un recuerdo. Inició una sonrisa, abstraído.

HUGO
Le di el color de tus ojos tía.
(SIGUIÓ SONRIENDO, ABSORTO CON LEVE TERNURA)

Siempre me gustaron.

Se mantuvo un instante pensativo e inmediatamente atirantó de nuevo el rostro y volvió los ojos a ella.

TÍA ÁNGELA
Eso es mentira, Hugo. ¡Estás negándolo ahora... para que te perdone!

HUGO
He vivido diecinueve años con él. ¡Ha sido mi orgullo, tía!

TÍA ÁNGELA
¡Mientes!

HUGO
¡Jamás ningún escritor creó ningún personaje tan humano!... ¡Yo he vivido con él!...¡Le he dado volumen, tía! ¡Le he visto y le he tocado!

TÍA ÁNGELA
¡Cállate de una vez!
(HIZO UN ESFUERZO POR INCORPORARSE, EXCITADA)
¡Cállate, Hugo!

Pero Hugo temblaba, jadeaba...

HUGO
... Y lo he querido. ¡Como a un hijo! ¡Y él me ha querido a mí!

Ahogó de pronto un sollozo y, pasándose furioso las manos por la cara, se sentó sobre la cama, junto a la vieja mano de la tía sacada del embozo en la excitación.

HUGO
Perdóname, tía... Creo que voy a volverme loco.

Hubo un silencio.

Ella le miraba fijamente. De pronto dijo con voz ahogada:

TÍA ÁNGELA
Pero, ¿y las cartas?... ¿Las qué me ha escrito durante estos años?

Él se mantuvo con las manos sobre la cara. Ella se incorporó haciendo un esfuerzo.

TÍA ÁNGELA
¿Y aquella postal desde Roma?... ¡Tan bonita!... Con aquella dedicatoria tan...
(VACILÓ ANGUSTIADA)
¡Qué me hizo llorar!

Se le llenaron los ojos de lágrimas y sollozando se dejo caer de nuevo hacia atrás, sobre la almohada.

Hugo no se movió.

Ella mantuvo los ojos sobre el techo.

TÍA ÁNGELA
¡No es posible... mientes, Hugo!

(PERO ERA YA DÉBIL SU PROTESTA)
No engañes más a esta pobre vieja.
(SE DETUVO, CON UN RECUERDO)
Un fin de año... Me envió un regalo sin que tú lo supieses... Me envió… Un frasco de perfume y... y... unos zapatos de baile... ¡A mi edad!
(SEGREGABA SALIVA CONTENIENDO EL PLACER)

HUGO
De raso amarillo.
(SONÓ SUAVE LA VOZ DE HUGO)
Amarillo y negro.

Ella bajó a él los ojos. Se contemplaron.

HUGO
Y él perfume era "Imperator", lo compró en Roma el mismo amigo que te envió la postal.

Quedó flotando un instante la frase. El engaño. Hugo volvió a ponerse en pie, lentamente, con contenida desesperación. Dio unos pasos por el cuarto.

TÍA ÁNGELA
No es posible.
(MURMURÓ LA VIEJA. LE SEGUÍA CON LOS OJOS. Y AGREGÓ)
¿Y aquella enfermedad que tuvo?... Me pediste para medicinas...

HUGO
Necesitaba dinero para ir a Barcelona.
(SE DETUVO Y LA MIRÓ)
Cómo lo necesité también cuando te pedí para juguetes y para libros... Y para las matrículas del Instituto... ¡Nunca te pedí ni un céntimo más de lo que yo necesitaba! ¡Pero con mentiras! ¡Todo mentiras!
(GIRÓ DE NUEVO NERVIOSAMENTE)

TÍA ÁNGELA
Dios te castigará, Hugo.

HUGO
Me está castigando ya.
(SE DETUVO A LOS PIES DE LA CAMA MIRANDO A LA VIEJA CON AMARGURA)
¡Mi hijo se está volviendo contra mí!

La miró fijamente.

HUGO
Mi novia… ¡Quiere engañarme con él!

Esbozó una mueca de sarcasmo.

HUGO
¡Yo no tengo dinero... y él, en cambio...!

TÍA ÁNGELA
¡Pero tú estás loco! ¡Dile que no existe! ¡No mientas más por dios te lo pido!

HUGO
¿Y qué adelantaría diciéndole la verdad?
(SE INCLINÓ EXCITADO HACIA ELLA)
¿Qué adelantaría diciéndole que está enamorada de una sombra? ¡No! Tiene que volver a mí… ¡Pero por mí! ¡No porque el otro no exista! ¿Comprendes?

Se movió por el cuarto sin dejar de hablar.

HUGO
Tengo que convencerla de que yo valgo más… ¡Muchísimo más!
(SE GOLPEÓ EL PECHO SEÑALÁNDOSE)
¡Que yo soy un escritor!

Se detuvo jadeando, se removió nervioso...

La vieja le miraba asustada, agarrada a la colcha... Bruscamente crispó sus dedos sobre ella y miró fijamente a Hugo.

HUGO
¡Yo triunfaré!... ¡Juro que triunfaré!... ¡Llenaré al mundo con mis novelas! ¡El nombre de Hugo Pascal invadirá los escaparates, y el cine y la radio! ¡Lo oirá por todas partes y a todas horas hasta aturdirla, hasta enloquecerla!

La mano de la vieja fue soltando la colcha y cayó desmayadamente al suelo... Pero sus ojos seguían fijos.

HUGO
Venceré a mi hijo.
(DIJO HUGO CON FUERZA, ENTRE DIENTES, MIRÁNDOLA)
¡Lucharé contra él y le venceré! ¿Me oyes? ¡Tengo que vencerle!

Siguió mirándola un instante y, luego, giró y fue deprisa hacia la puerta. La abrió, pero se detuvo, súbitamente atacado por una alarma; giró hasta mirar a la vieja. La contempló con recelo... Lentamente, retrocedió hasta la cama de nuevo sin apartar los ojos de ella. Se paró junto al brazo

flojamente caído hacia el suelo. Fue invadiéndose poco a poco de desesperación.

Tía Ángela seguía mirando fijamente al infinito...

Hugo rompió a llorar.

****

En el teatro, durante el ensayo. Está iluminado solamente el escenario. El patio de butacas en penumbra. Sobre el escenario veinte chicas bailan claqué rítmicamente, siguiendo la música del piano. En un extremo de la fila, baila Magda, hablando al tiempo con Ivón que está sentada, en traje de ensayo, en una silla. Ivón está comiendo un bocadillo. Junto a ella —al margen del número— un prestidigitador ensaya sus trucos.

MAGDA
¡Telefonéale otra vez! ¡Insiste tonta! ¡En una de estas te contestará!

IVÓN
¡Que va a contestar!
(SE LA VE MALHUMORADA)
Estoy segura de que no coge el teléfono porque sabe que soy yo. ¡Debe de estar esperando a que vaya a su casa a pedírselo de rodillas!

MAGDA
(CON INTENCIÓN)
Así se arreglaría todo.

IVÓN
¿Pidiéndoselo de rodillas?

Cesa el baile. Las muchachas se desparraman. Magda va, cansada, hacia la mesita mágica del prestidigitador, pasando cerca de Ivón.

MAGDA
Yendo a su casa.

Ivón frunce el ceño y la mira con fastidio.

IVÓN
Muchas gracias, rica.

Magda alarga su mano al bocadillo, envuelto en papel de seda, que está sobre la mesita mágica... Pero el prestidigitador pasa en ese instante un paño negro sobre él y en su lugar queda un tiesto con un geranio.

MAGDA
(DETENIENDO LA ACCIÓN DE COGERLO)
Oiga.
(HACIENDO ADEMÁN DE QUE SE LO DEVUELVA)
Que era de chorizo.

El prestidigitador vuelve a pasar el paño y aparece el bocadillo. Magda lo coge y empieza a morderlo apoyándose en la mesita.

MAGDA
Tú haz lo que quieras ¡Pero yo me lanzaba a fondo aprovechando que Hugo está en Cáceres! ¿Tú sabes lo que le pasa a ese chico?

Muerde con delectación el bocadillo. Ivón la mira sin interés.

MAGDA
Que no se atreve a acercarse mientras esté su padre por medio.

El prestidigitador pasa ante ella el paño negro y cuando lo retira, en lugar de Magda, hay un pavo.

PAVO
(MAGDA)
¡Riñe con Hugo... y verás cómo cambia la cosa! ¡Tiene que serle violento quitarle la novia al padre!

Ivón contempla el pavo sin la menor extrañeza.

IVÓN
Pero es que... Yo no puedo romper con Hugo.

PAVO
(MAGDA)
¿Pero te quieres casar con los dos?

IVÓN
No, claro, pero... ¡Es que a Hugo lo quiero, Magda!
(SE PONE EN PIE, NERVIOSA)
¡Le quiero, te lo juro! ¡Yo no sabría romper con él!
(PASA AL LADO DEL PAVO)

El prestidigitador pasa el paño ante el pavo... Y vuelve a quedar Magda. Sigue en igual postura indolente. Sigue comiendo el bocadillo. Sólo este ha variado, en disminución.

MAGDA
(SIGUE CON LA VISTA A IVÓN)
Haces bien. En la vida deben seguirse siem-

pre los nobles impulsos del corazón.
(COMIENZA A ANDAR TRAS SU AMIGA)
¿Me das el teléfono del chico?

IVÓN
(DETENIÉNDOSE Y MIRÁNDOLA)
¿Para qué?

MAGDA
Para salir con él esta noche.

IVÓN
(RABIOSA)
¡Eres una caradura! Para ti no hay nobles impulsos, ¿eh?
(GIRA FURIOSA Y COMIENZA A BAJAR AL PATIO DE BUTACAS)

MAGDA
¡Claro que sí! ¡Mi corazón me pide noblemente millones! ¡Pero desde siempre!
(SIGUE CON LA VISTA A IVÓN)

Ivón se sienta en la primera butaca que encuentra.

MAGDA
(BAJANDO LA ESCARELILLA)
Oye, ¿por qué en lugar de romper con Hugo, no haces que sea Hugo quién rompa contigo?

Ivón la mira con malhumor.

MAGADA
Es distinto, ¿eh? ¡Tu conciencia no puede decir nada!

IVÓN
(SECA)
Hugo no rompe conmigo.

MAGDA
(DETENIÉNDOSE A SU LADO)
Dale celos... Con su hijo. ¡Ponte esta pulsera!
(COMIENZA A SACARSE UNA PULSERA DE SU MUÑECA)

PORTERO (OFF)
Señorita Ivón, al teléfono.

Ivón y Magda se vuelven. El portero viene bajando hacia ellas por el patio de butacas.

IVÓN

¿Quién es?

PORTERO

Don Hugo.

Hugo está aguardando con el teléfono cerca de la cara. Tiene puesto abrigo y sombrero. Y muy cerca, sobre una silla, se ve un maletín. Acaba de regresar a casa en este mismo momento.

HUGO

¿Ivón? Hola. Acabo de llegar. Sí, murió.

(GUARDA UN INSTANTE SILENCIO)

Gracias. ¿Pero estáis ensayando? ¿Ya no cerráis?

En la portería de teatro, de la puerta de artistas, está Ivón al teléfono.

IVÓN

No. Al final el "caballo blanco" se dejó poner la brida otra vez… Además se han metido unos números nuevos, un prestidigitador… Oye.

(LLEVA LA VISTA A UN PUNTO. DESCUBRIMOS A MAGDA APOYADA EN LA MESA DEL PORTERO, ESCUCHANDO)…

Cuando me has llamado, ¿sabes quién creí que era? Carlitos... Carlos, tu hijo.

(HABLA CON INTENSIDAD, FORZANDO UNA SONRISA NATURAL Y SIN SEPARAR LOS OJOS DE MAGDA)

Sí, es que el otro día llamé a tu casa para saber cuándo volvías y se puso él. Es simpatiquísimo, ¿eh?... ¡Pero muy, muy, muy simpático!

Hugo, estupefacto, está escuchando.

HUGO

(SUAVEMENTE)

Sí. ¿Y... y... y qué te dijo?

(ESCUCHA. VA ATIRANTANDO SU GESTO)

Sí, siempre ha sido muy mujeriego.

(INICIA UNA MUECA IRÓNICA SE LE NOTA VACILAR ENTRE LA BURLA Y LA IRA)

Magda está ahora al lado de Ivón siguiendo con interés el diálogo.

IVÓN

Sí, debe ser peligroso en ese sentido. ¡Tendré que guardarme de él!

(SUELTA UNA FALSÍSIMA RISA QUE CORTA INMEDIATAMENTE ESCUCHANDO CON ATENCIÓN MIENTRAS MIRA A MAGDA, QUE HACE UN GESTO DE ALABANZA)…

Sí, bueno, Hugo, vendrás luego, ¿no? Entonces, adiós.

(CUELGA)

MAGDA

¡Estupendo!... ¡Y esta tarde le dirás que esta pulsera es de tu madre!

(LE SEÑALA LA PULSERA QUE YA LLEVA PUESTA IVÓN)

IVÓN

(SORPRENDIDA)

¿De mi madre?

MAGDA

Sí. ¡Verás cómo no se lo cree!

Ivón la contempla con sorpresa que cambia enseguida en admiración, mientras Magda comienza a silbar presumiendo de astuta.

****

Hugo está contemplando el teléfono que ya ha colgado. Tiene una mueca en su rostro, luego, se inclina a levantar el maletín y va hacia la cama, echándolo sobre ella. Va a quitarse el abrigo, pero detiene la acción con la vista clavada en la gran maleta, que sigue en el mismo sitio donde la dejó. Con una idea en su cerebro, vuelve a acomodarse el abrigo sobre los hombros y va hasta la maleta. La coge con las dos manos y con gran esfuerzo la pone sobre la cama. La abre y contempla su interior. Está llena de originales de novelas. Absolutamente atestada. Bruscamente, comienza a cogerlos en bloques. Va llenándose los bolsillos y los brazos...

****

Sobre la mesa están los originales de Hugo. Está oyéndose la voz de Hugo. Luego, al ampliarse el cuadro, le veremos de pie ante la mesa y, fuera de ella, también de pie junto a Hugo, al editor.

HUGO

¡Léalas otra vez, por favor! Quizá encuentre ahora alguna que le guste.

EDITOR

No insista. No trabajo la “novela fantástica”.

HUGO
(DESESPERADO)
¡Pero si no son fantásticas!

EDITOR
¡Tiene usted demasiada imaginación y se nota que sus personajes son imaginativos! Usted no sabe engañar al lector haciéndole creer que sus personajes puedan existir.

Se separa de Hugo con fastidio y va tras la mesa. Hugo le sigue con la vista, rígido.

HUGO
(LENTAMENTE)
¿Que no?

EDITOR
(ROTUNDO)
El día que usted invente un personaje y lo haga tan humano que la gente se lo crea ese día le abro a usted las puertas de esta casa.

Hugo le contempla. Fijamente. Fijamente.

****

Procedente de la callejuela entra Hugo por la puerta de artistas y pasa ante el portero del teatro, que está hablando con otro guardia de la Policía Armada.

HUGO
(SIN DETENERSE)
Hola.

PORTERO
(SIGUIÉNDOLE CON LA VISTA, ALEGRE)
¿Has visto cómo no se cierra? Hace un momento pasó por aquí "el caballito blanco".

GUARDIA
(ASOMBRADO)
¿Que ha pasado por aquí un caballito?
El portero vuelve a él la cara con fastidio.

Hugo, que no se ha detenido, avanza por el pasillo, cruzándose con artistas y tramoyistas.

HUGO
(SIN DETENERSE)
Hola, Magda.

Magda vuelve la cabeza. Está sentada en un cajón con las piernas al aire; vestida de "Banderilla del amor". Junto a ella, un muchachote con indiscutible aire "de lucha libre" fortísimo y con la nariz aplastada.

MAGDA
Hola… ¡Enhorabuena por el chaval! ¡No sabía que tuvieses un hijo tan estupendo!

Hugo se detiene y gira mirándola sorprendida.

MAGDA
¡Me quedé tonta! ¡Menudo galán de cine! ¡Está que lo tira!
(LE GUIÑA UN OJO Y VUELVE A CONTINUAR SU CHARLA CON EL "LUCHADOR")

Hugo sigue parado con asombro. Magda se da cuenta.

MAGDA
¿Querías algo?

HUGO
(PARPADEANDO)
No...
(GIRA, PERO LA MIRA DE NUEVO)
Así que... Estuvo aquí mi hijo.

MAGDA
Sí, en el camerino, tomando café con Ivón.
(VUELVE A ATENDER AL LUCHADOR)

Hugo gira despacio y se aproxima lentamente a la puerta del camerino al tiempo que llega, deprisa, el avisador. Golpea en la puerta y dice:

AVISADOR
¡Vamos, señorita Ivón!

Se retira el avisador y Hugo ocupa su puesto empujando la puerta. Se detiene a medio entrar. Está viendo en el interior del camerino, sobre el tocador de Ivón, dos vasos grandes de café. Dos dobles, vacíos. Con la vista sobre ellos, entra y cierra la puerta, yendo despacio hacia los dos "dobles" vacíos.

Detrás del biombo, surge la voz de Ivón:

IVÓN (OFF)
¿Quién es?

Hugo levanta uno de los vasos. Tiene el borde manchado de carmín de labios el otro vaso, no.

IVÓN (OFF)
¡Ah!, Hola, Hugo.

Hugo vuelve los ojos. La muchacha tiene asomada la cabeza por un lado del biombo.

HUGO
¿Qué hay?

IVÓN
(OCULTÁNDOSE DE NUEVO. OFF)
¡Un momento!

HUGO
(CON AIRE NATURAL. MIRANDO DE NUEVO A LOS ALTOS VASOS)
¿Con quién has estado tomando café?

IVÓN (OFF)
Con nadie. Me los he tomado yo sola.

HUGO
¿Dos "dobles"?

Mira, sorprendido hacia el biombo. Surge de detrás de él la muchacha, vestida con su gracioso traje del número que ya le vimos hacer. Aún no tiene la montera puesta ni el capote. Ha salido ajustándose la pequeña faldita.

IVÓN (SIN MIRARLE)
Sí, tenía frio.

Hugo la mira con repentina sorna.

HUGO
¿Ahora fumas tabaco negro?

Ella le mira rápida. Hugo le está mostrando un librillo de papel de fumar que ha levantado de la bandeja.

IVÓN
(CON SOBRESALTO)
¡Debe ser del portero! Cuando nos trajo los cafés.

HUGO
(SUAVE)
¿"Nos"… trajo?

IVÓN
¿Eh?... "Los" trajo. "Los" trajo. ¡Hugo! ¿Qué te pasa?

Se inclina a coger la montera, al lado de los vasos, y se la coloca en la cabeza con gracia.

Hugo la está mirando. Cuando ella alarga su mano hacia el

capote, lleno de bordados, Hugo le sujeta el brazo, mirándole la muñeca.

HUGO
¡Vaya! Pulserita nueva, ¿eh?

Ivón se suelta brusca de él... pero se arrepiente en seguida y detiene el movimiento de huida, dándole naturalidad.

IVÓN
¿Nueva?... ¡Pues no tiene años! ¡Era de mi madre!

Vuelve a largar su mano al capote y lo levanta, comenzando a ponérselo ante el espejo para iniciar el "paseillo". Hugo la contempla.

HUGO
Estuvo mi hijo aquí esta tarde, ¿no?

Ivón gira a él con sorpresa.

IVÓN
No.

HUGO
¿Qué no?
(LA CONTEMPLA CON CALMA)
Sí, mujer... Y se lo presentaste a Magda.

IVÓN
(PARECE ATURDIRSE)
¿Qué yo le...? ¡Te aseguro que no! ¿Quién te ha dicho esa tontería?

HUGO
Magda. Que estuvisteis aquí, tomando café.

IVÓN
¡Mentira! ¡Te juro que es mentira! ¿Pero será idiota esa chica?

Está excitada. Hugo la contempla con aire de infinita paciencia. Ivón va hacia él, desliándose del capote.

IVÓN
¡Óyeme, Hugo! ¿Por qué te lo iba a negar?... ¿Te dijo que habíamos estado solos aquí? Y a lo mejor que habíamos cerrado la puerta, ¿no? ¡Porque la creo capaz!

Hugo percibe la exageración, la forzada exageración.

HUGO
(SONRÍE)
No tiene importancia... Y tampoco me dijo tanto. Lo estás diciendo tú.

IVÓN
¡Es que me dan rabia las insinuaciones!

Gira, con aire ofendido, y sale del camerino por la puerta abierta. Hugo la ve alejarse. Ivón va preciosa, luciendo su garbosa figura, bien liada en el rutilante capote de paseo.

Al rebasar Ivón un panel de decoración, pintarrajeado, se encuentra su mirada con la de Magda, que está apoyada detrás de él fumando un cigarrillo con "el luchador". Ivón mueve imperceptiblemente la cabeza, porque sabe que Hugo la está mirando, y giña un ojo a su amiga...

Hugo, detenido en la puerta del camerino, la sigue con los ojos. Fijamente. Con amarga paciencia.

****

El público sigue atentamente la representación. Están en pleno número taurino. Cantan, bailan y se mueven graciosamente por el escenario.

Entre bastidores aparece Hugo. Entra en cuadro pausadamente y se detiene de espaldas, observando el número del escenario. Aquí está también "el luchador", regocijado, Hugo ve a las chicas de costado. Ve a Ivón, que ahora pone un par de banderillas al aire, con un garbo que levanta un ¡Olé! clamoroso del público. La muchacha, sonriendo, gira... y sus ojos encuentran los de Hugo. Hugo le hace una seña de que se acerque. Ella comprende y, suavemente, siguiendo el movimiento del número se aproxima a Hugo lo más que puede.

IVÓN
(MIRÁNDOLE RÁPIDA)
¿Qué?

HUGO
Me voy a Barcelona esta noche.

Ella le mira en rápida ojeada.

HUGO
Aquí está visto que es inútil. Voy a echar allí el resto.

IVÓN
¿Cuánto tiempo vas a estar?

HUGO
Cuatro o cinco días.

En este momento, por imperativo del número, Ivón tiene que salir corriendo hacia las candilejas a cantar y a poner nuevas banderillas. Hugo la ha seguido con los ojos. Bruscamente, gira y se retira de allí andando deprisa.

****

La puerta del piso de la casa del novelista se abre lentamente y aparece la silueta de Hugo recortada por la luz del rellano. Entra con pausa y da al conmutador interior, al tiempo que cierra y se apoya de espaldas sobre la puerta. Sigue con su expresión rígida, abismada en algo amargo y dolido. Levanta la mano y da una larga chupada al cigarrillo que trae entre los dedos. Deja salir el humo mirándolo fijamente. Con suavidad empieza a cambiar su expresión. La señala primero su boca plegándose hacia el sarcasmo, y, luego, sus ojos, hacia la burla. Va aflorándole un regocijo agrio, saliéndole a la cara todo lo que de ridículo tiene la situación. Le da un golpe de risa que contiene entre dientes. Se separa de la puerta con un nuevo acceso. Y envuelto en humo avanza hacia la habitación de su hijo.

HUGO
(CON MELODÍA DE BURLA)
¡Carlos!
(VUELVE A SALIRLE EL AIRE POR LAS NARICES, CONTENIENDO UNA CARCAJADA)
¡Carlos! ¡Carlitos!

Se detiene a escuchar, forzándose a la burla, recreándose en la farsa. Da una nueva chupada al cigarrillo.

HUGO
(AVANZANDO DE NUEVO)
¿Dónde estás, Carlitos? ¡Guapo chico!
(SE ACERCA A LA PUERTA DEL HIJO Y GOLPEA CON LOS NUDILLOS)
¿Puede entrar tu papi?
(ABRE Y EMPUJA LA PUERTA QUE GIRA HASTA TOCAR LA PARED)
¡Tengo que decirte algo, jovencito!

Tantea entre las caretas y da vuelta al conmutador. El cuarto se ilumina y Hugo mira hacia la cama vacía.

HUGO
Pero, ¿cómo? ¿No estás estudiando? ¿Durmiendo a estas horas?
(PARECE LLENO DE REGOCIJO)
¿En lugar de estar con tu amada? ¿Es que te ha sentado mal la visita al camerino?

(AVANZA HACIA LA CAMA, FORZANDO LA EXPRESIÓN DE ASOMBRO, DOMINANDO CON ELLA LAS GANAS DE REIR)

¿Te ha puesto enfermo verla con él pantaloncito, bribón?

(GUIÑA UN OJO Y DE PRONTO DA EN EL QUID)

¡Ah, sinvergüenza!, lo que tienes es una borrachera como un piano… de "doble" de café, ¿verdad?

Ha llegado junto a la cama y la contempla con curiosidad.

HUGO

(LENTAMENTE)

¡Se ha enamorado de ti como una loca! ¡Pero no es de ti, imbécil! ¡De tus millones! Tu eres un buen chico, pero eso le importa un rábano.

(SE INCLINA A APLASTAR EL CIGARRILLO EN EL CENICERO DE LA MESILLA DE NOCHE, PERO SE DA CUENTA Y LO SACA DE NUEVO Y ECHA LA COLILLA AL SUELO)

¡Eres un poco sucio... pero tienes millones!

Vuelve a reírse por lo que acaba de hacer y decir y retrocede, sin dejar de hablar hasta la mesa de dibujo y enciende el flexo.

HUGO

Tienes millones... eres arquitecto... y yo soy una pobre rata. ¡Un pobre que se está volviendo loco! ¡Ya ves que hablo solo!

Vuelve a reírse... pero bruscamente descarga un brutal puñetazo sobre la mesa cortando en seco la risa. Enloquecido, descarga otro, y otro, sobre los libros, sobre los papeles.... excitado los arrastra y tira al suelo. Ruedan lápices y gomas y compases. De otro puñetazo derriba el flexo, dejándolo colgado hacia el suelo y proyectando la luz hacia el techo en un loco balanceo...

****

Procedente de la calle entra el limpiabotas y avanza por el estrecho y largo bar, rozando las espaldas de los que se apoyan en la barra.

LIMPIA

¡Señorita Ivón! ¡Señorita Ivón!

Ivón, encaramada en un taburete, en la barra, gira hacia él.

IVÓN

¡Eh!

Junto a ella está sentada Magda y al lado de ésta "el luchador". El limpiabotas se le acerca y le entrega un sobre.

LIMPIA

De parte de un señor que iba en un taxi.

Ivón lo coge con extrañeza, lo mira y mira a Magda con desconcierto. Rápida, comienza a abrirlo. Recuerda al limpiabotas y le mira.

IVÓN

Gracias.

El limpiabotas se aleja. Ivón abre el sobre y algo cae de él que tintinea un rato sobre el mármol del mostrador. Es una llave. Las dos amigas la contemplan y cambian, luego, una mirada. "El luchador" se esfuerza en ver pero Magda se lo impide con el cuerpo.

MAGDA

(A IVÓN, EN MURMULLO)

¿Trae carta?

Mientras Ivón se apresura a sacarla, "el luchador" desiste y sigue engullendo un sándwich de lechuga y huevo duro.

IVÓN

(LEYENDO EL PAPEL EN VOZ BAJA)

"Guapísima Ivón: ¡Por fin vamos a poder vernos! Mi padre se va a Barcelona esta noche. Voy con él a la estación. Espérame en el piso. Carlos"

Se quedan las dos silenciosas.

MAGDA

(EXCITADA)

¡Formidable! Ahí lo tienes, ¿lo ves? ¡Ala, vete ahora mismo!

Ivón contempla fijamente el papel.

MAGDA

Estaba segura de que respiraría, Ivón.

(SE APROXIMA MÁS A IVÓN QUE SIGUE CON LOS OJOS FIJOS EN EL PAPEL)

Supongo que... que no te olvidarás de mí, ¿verdad? Seguiremos siendo amigas... aunque subas de categoría.

Ivón la mira. Magda tiene un suave gesto de anhelo.

IVÓN
Pero, ¿crees que debo ir?

Magda marca un asombro.

MAGDA
¡Ivón! ¿Pero te das cuenta de lo que significa esto?

IVÓN
(SUAVEMENTE)
Al decir "esto", ¿a qué te refieres? Porque "esto"
(MUEVE LA CARTA SIGNIFICATIVAMENTE)
sí sé lo que significa.

MAGDA
(FIRME)
¡Me refiero a tres millones doscientas veintiséis mil pesetas! ¡Y un cortijo inmenso!... ¡Y muchos abrigos de visón para llevar encima de los hombros! ¡Eres una estúpida!
(SE ECHA ABAJO DEL TABURETE)
¡Ven! ¡Quiero que hablemos!
(SE VUELVE AL "LUCHADOR")
¿Me quieres esperar Mau Mau? ¡Un minuto!

"El luchador" la mira, con la boca llena, y gruñe algo.

Magda, llevando de la mano a Ivón, va de prisa hacia la puerta.

IVÓN
¿Cómo le has llamado?

MAGDA
Mau Mau. Lo llaman así en la lucha libre. Él se llama Manolo, pero lo encuentra cursi.

Salen las dos y se alejan unos pasos por la acera. Magda se detiene.

MAGDA
Oye, Ivón, ¿ves a ese Mau Mau? ¡Eso o una bestia parecida te espera cuando Hugo te deje! Porque Hugo te deja. Porque Hugo no se casará hasta que sea famoso como novelista. Y Hugo será novelista cuando yo sea jefe del Parque de Bomberos!

IVÓN
Hugo se casará conmigo, Magda.

MAGDA
¡Pues si se casa contigo te matará de hambre y de aburrimiento!... Yo, con el Mau Mau, al menos aprenderé alguna llave. Pero tú, ¿qué tienes que ver con la literatura Ivón? ¡Escucha! ¡Tres millones! ¡Se acabó el hambre! ¡Y que te mande la "gorda" y el empresario! ¡Abrigos, coches, un piso en La Castellana! ¡La vida, Ivón, la vida!

Pasa la gente por la acera bulliciosamente.

Magda contempla anhelante a su amiga. Ivón está haciendo saltar distraídamente la llave en su mano.

IVÓN
Voy a ir.

MAGDA
(ALIVIADA)
¡Claro, mujer!

IVÓN
(NUEVAMENTE)
Mira, Magda, tú y yo somos muy buenas amigas… mientras no hablemos de "eso". Y al decir "eso", ya me entiendes. ¿Ves esta llave?
(SE LA MUESTRA Y AGREGA CON IGUAL SUAVIDAD)
Se la va a tragar.

Sigue mostrándole la llave y mirando a su amiga.

IVÓN
¡Te lo juro! Voy a ir... y se la traga como me llamo Ivón. He estado pensando que lo mejor sería no ir. Eso es lo que haría cualquier mujer educada y fina cuando le toman el número cambiado... ¡Pero yo no soy educada ni entiendo de finuras! Soy barriobajera, Magda.

(LA MIRA FIJAMENTE, CONTENIENDO LA FURIA, Y SIN PODER EVITAR QUE LOS OJOS SE LLENEN DE LÁGRIMAS)
¡Y quiero hacérsela tragar!

Se separa bruscamente y se aleja por la acera. Se para enseguida.

IVÓN

(MIRÁNDOLA)

Hugo no tendrá una peseta... ¡pero jamás me ha hablado así! ¿Notas la diferencia, Magda? ¿La notas?... No, tú no, ya lo sé.

Vuelve a girar y se aleja entre la gente.

Magda la sigue con los ojos. Seriamente, rígidamente...

Encadenado.

Ivón subió las escaleras mal iluminadas de la casa de Hugo. Cogida al pasamanos, rozando los dedos por él, y mirando de vez en vez hacía arriba. Llevaba la expresión decidida; pero hay algo de angustia, de nerviosa agitación, en lo apretado de sus labios pintados.

Desde lo alto de la escalera, (DOS O TRES PISOS POR ENCIMA) se la ve subir.

Embocó el último tramo, mirando al rellano iluminado, con la puerta del piso. Abrió el bolso y buscó en él; sacó la llave y la metió en la cerradura. La hizo girar. Sonó un chasquido...

Ivón empujó suavemente y cedió la puerta. La abrió lo justo para entrar en el oscuro recibidor y tantear por la pared buscando la luz. Sus dedos tropezaron con el conmutador. Lo hizo funcionar. No se encendió nada. Repitió nerviosamente y continuó todo apagado. Se quedó un instante vacilando.

Se oyó abrir una puerta del piso de arriba y unas voces de despedida. Ivón comprendió el peligro y cerró la puerta sumida en la oscuridad.

Hubo una pausa. Algo rozó levemente y surgió la llama de una cerilla. La sostenía Ivón entre los dedos. Se orientó y avanzó hacia la puerta del cuarto de Carlos. Respiraba con agitación, conteniendo los nervios.

Se apoyó en el manillar de la puerta y la abrió. Avanzó un paso y tanteó buscando el conmutador, iluminándose con la cerilla.

Su mano rozó una cara y la retiró velozmente al tiempo que la iluminaba. Era una de las caretas de cartón colgadas en friso. Se estaba riendo rígidamente. La llama alargaba por el muro la sombra de la nariz. Respiró Ivón y casi sonrió. Siguió iluminando la pared, buscando el conmutador. Iluminó una segunda careta: estaba triste, la boca en media luna hacia abajo... iluminó la tercera careta. Ésta estaba vuelta hacia ella, mirándola. De pronto, se dio cuenta de que te-

nía ojos: que los tenía clavados en ella. ¡De que la careta estaba viva!

Ivón dio un grito de terror.

La careta abrió la boca con un espasmo de rabia. Era Hugo, arrimado a la pared.

Ivón retrocedió velozmente, pero él se lanzó hacia delante. Tiró ella la cerilla al suelo casi al tiempo que sonó la terrible bofetada de él. Se oyó el traspiés de ella en retroceso vacilante en la oscuridad, y su nuevo grito, mientras los pasos de Hugo se revolvieron también con un taconeo fuerte. Sonó el chasquido del conmutador y se iluminó el cuarto. Hugo, con la mano aún sobre el conmutador, miró a la muchacha, que hacía por mantener el equilibrio al tropezar en su retroceso con la cama.

Hugo estaba inyectado en sangre.

HUGO
¡Maldita!

Fue hacia ella deprisa, crispado.

HUGO
¡Voy a deshacerte! ¡Marrana!

Ivón se encogió, espantada, contra el hueco que dejaba la mesilla.

HUGO
¡Te mato, Ivón, te mato!
(LO REPITIÓ EXCITADÍSIMO)
¡Venías a quedarte con él! ¡A perderte con él, asquerosa!
(LE ECHÓ LAS MANOS Y LA ENGARFIÓ POR ÉL ABRIGO, ZARANDEÁNDOLA)
¡A quedarte con él! ¡A quedarte!

La empujó con fuerza, soltándola, y la muchacha cayó sobre la cama. No se movió, mirándole aterrada. Hugo se inclinó sobre ella.

HUGO
¡Pero cómo no he sabido antes lo que tú eres! ¡Cómo he estado tan ciego!

Volvió a echarle las manos, enganchándola por el abrigo, y la levantó en vilo, zarandeándola como a un fardo.

HUGO
¡Por qué te he querido tanto!... ¡Por qué!

(NO ENCONTRÓ PALABRAS, ENLOQUECIDO Y LA ARROJÓ DE NUEVO CONTRA LA CAMA GRITÁNDOLE)

¡El dinero, sucia! Te ha vuelto loca, ¿eh?
¡El maldito dinero! ¡El cochino dinero!

Levantó brutalmente la mano para descargarle una bofetada pero se detuvo jadeante.

Ella, muda no le apartaba los ojos, deshecha de miedo.

Hugo fue incorporándose poco a poco, invadiéndose de desprecio.

HUGO

No mereces ni que te ahogue. Vete de esta casa.

(LE SEÑALÓ LA PUERTA CHASQUEANDO LOS DEDOS)

¡Fuera!

La contempló rígidamente.

Ivón se mantuvo quieta un instante.

Él endureció las mandíbulas.

HUGO

¡Largo!

Ivón, sin apartarle los ojos, fue incorporándose lentamente hasta ponerse de pie. Con su bolso apretado contra el cuerpo, con los dedos hundidos en el cuero crispadamente empezó a moverse hacia la puerta. Hugo ni siquiera la siguió con los ojos; se quedó quieto, con la mirada sobre la cama vacía.

La muchacha llegó a la puerta del cuarto y salió al recibidor. Lo cruzó y llegó lentamente a la puerta de la escalera. La abrió.

Hugo se mantenía rígido. Llegó hasta él el cerrar de la puerta. Quieto aún un instante, giró luego, pausadamente, y fue hacia la mesa de dibujo. Se quedó junto a ella, mirándola… bruscamente se le llenaron los ojos de lágrimas y se le quebró un sollozo en la garganta. Se inclinó sobre el tablero, apoyó su cabeza entre los brazos, y rompió a llorar silenciosamente.

Ivón baja agitada el último tramo de la escalera, pisa el portal, lo cruza y sale a la calle.

Ivón se aleja deprisa por la acera. Lleva una terrible angustia en su cara. Bruscamente rotos sus nervios comienza a sollozar. Se aprieta la boca con la mano sin dejar de andar. La convul-

siona la congoja. Rompe a llorar con amargura y se detiene apoyándose contra el muro de la casa. Es un llorar silencioso, hondamente sincero. Oprime su frente contra el muro, aplastada en la sombra, escapándosele los ahogos de su congoja por entre las manos con que se oprime la boca… de pronto se incorpora del muro y, sin dejar de llorar, mira en la dirección del portal. Traga saliva, jadeando... parece estar dándole vueltas a una idea, venciendo una resistencia... Bruscamente, comienza a desandar el camino, va hacia el portal… va aumentando el paso gradualmente... emprende la carrera y entra en el portal.

Lo cruza corriendo, y corriendo empieza a subir las escaleras... Velozmente, nerviosamente, taconeando con fuerza va dejando atrás escalones y rellanos...
Desde la parte alta —dos o tres pisos por encima— la vemos subir corriendo incontenibilemente.

Emboca el último tramo y pisa jadeante el rellano del piso. Respirando con ansia busca nerviosamente la llave en el bolso. La saca entre los dedos y la introduce en la cerradura. La hace girar y empuja la puerta.

Ivón entra y va deprisa hacia aquel cuarto. Llega ante la puerta y se detiene.

Hugo sigue apoyado en el tablero, dándole la espalda.

IVÓN

Hugo.

(LO DICE SUAVEMENTE, SIN FUERZA EN LA VOZ)

Hugo no se mueve.

IVÓN

(CRISPADAMENTE)

¡Hugo!

(DA UN PASO AL INTERIOR DEL CUARTO)

Te lo pido por Dios. Escúchame.

(TRAGA SALIVA CON SOFOCO, NERVIOSAMENTE, SUS DEDOS SIGUEN OPRIMIENDO FORTÍSIMAMENTE EL CUERO DEL BOLSO, PEGADO A SU CUERPO)

¡Yo no puedo irme, Hugo! ¡No puedo dejarte aunque me dieran todos los millones del mundo!

Hugo levanta la cabeza y gira hacia ella sin prisa. Se miran. El señala en su gesto el desprecio y la rabia.

HUGO

(DURO, ENTRE DIENTES)

¡Vete de aquí!

IVÓN

¡Ha sido por el dinero, tienes razón!... ¡Y puedes escupirme Hugo! ¡Ya ves que a él ni siquiera le conozco!... ¡Pero me volvió loca su dinero! ¡Mátame! ¡Pisotéame si quieres!... Pero te quiero a ti... ¡Te quiero más que a toda mi vida entera!

Lo dijo todo con fuerza, pero serenamente, sin aspavientos ni dramatismo; le brillaban las lágrimas de los ojos y le temblaban los labios. Estaba muerta de miedo y de sinceridad al tiempo.

HUGO

¡Vete, Ivón! ¡Lárgate de aquí!

Pero Ivón entró aún más en el cuarto.

IVÓN

Yo no vine a quedarme con tu hijo. Te equivocas, Hugo... He venido a abofetearle, a escupirle a la cara.

HUGO

¡Mentira!

IVÓN

¡Te lo juro! ¡A que se comiese la llave que me envió!

HUGO

¡Venías a quedarte con él!

IVÓN

¡Te juro que no!... Pregúntaselo a Magda. ¡Telefonéala!... ¡Está en el bar del teatro! ¡Llámala, te lo pido por favor! ¡Que te lo diga ella!

Está blanca de excitación y terror. Está detenida a un paso de él. De pronto rompe a sollozar rabiosamente.

IVÓN

¡Pero antes sí, Hugo! ¡Llegué a pensar en dejarte por él! ¡He sido una imbécil!... ¡Pero he pasado mucha hambre!... ¡Estoy harta de trabajar, Hugo! ¡De luchar toda mi vida!... ¡Ya sé que no tengo disculpa, ni te la pido... pero es la verdad!

Hugo la contempló en silencio, cerrados con fuerza los puños.

IVÓN

(SOLLOZANDO)

¡Pero nada más! ¿Cómo puedes creerme ca-

paz de llegar a más…? ¡Se me derrumbó todo cuando vi la llave!

HUGO
(MORDAZ)
¿Qué se te derrumbó?

Ivón lo mira.

IVÓN
¿Tú sabes lo que siente una mujer como yo cuando un hombre con millones se fija en ella?
(MIRÓ A HUGO AHOGADAMENTE)
Cuando encontré mis fotografías en ese cajón...

HUGO
Las guardé yo.

Se hizo un silencio. Hugo esbozó una mueca de vengativo sarcasmo. Dijo lentamente:

HUGO
Y fui yo quien recibió la otra que le mandaste... Y aquel palco para la función de las siete... Y la noche en que le llamaste por teléfono y hablaste con él, hablaste conmigo.

Hizo una pausa y dejó caer:

HUGO
Mi hijo soy yo, imbécil.

Se detuvo a contemplarla.

HUGO
¡Carlos es una fantasía mía!... ¡Jamás he tenido un hijo! ¡Te enamoraste del aire, estúpida!

Avanzó lentamente hacia ella. Ivón le miraba asombrada.

HUGO
He hecho durante diecinueve años lo que tú esta tarde con los cafés del camerino.

IVÓN
Mientes.
(MURMURO IVÓN)
¡Dices esto para quitármelo de la cabeza! ¡Telefonéa a Magda! ¡Hazlo! ¡Te juro que me da asco tu hijo!

HUGO

¡Calla!

(GRITÓ HUGO Y LA CORTÓ EN SECO)

¿Afirmas que necesito mentirte?... ¡Carlos no existe!

IVÓN

¿Pero por qué ibas a haber hecho eso? ¿Por qué?

Hugo la atenazó los hombros y la sacudió.

HUGO

¡Para vivir, estúpida! ¡Engañé a mi tía para vivir de la pensión que le pasase a él!

Le dio un empujón y la echó a un lado, saliendo deprisa de la habitación. Ivón se repuso y giró, siguiéndole con los ojos.

IVÓN

Pero, ¿y aquella noche en el palco? ¡Estuvo en persona!

HUGO

Estuve yo.

(CONTESTÓ ÉL SIN VOLVERSE)

Ivón, excitada, fue hacia la puerta, viéndole cómo cruzaba el recibidor camino de su dormitorio.

IVÓN

¿Crees qué estoy chiflada?... ¿Cómo voy a tragarme eso?

Él se volvió, señalando hacia la puerta de la escalera.

HUGO

¡Si no te vas, te echo a patadas!

IVÓN

¿Y lo del banco? ¡Yo vi el papel del banco!... ¿También engañaste a un banco?

Le desafió con una mueca de burla, de incredulidad. Hugo la contempló.

HUGO

Eso es lo único cierto. En eso puedes estar tranquila... Tus tres millones doscientas veintiséis mil pesetas existen. En el banco están.

Ivón parpadeó con pasmo.

HUGO
Hasta dentro de ocho días.
(AGREGÓ CON SARCASMO)
Esta tarde me telefoneó el abogado para decirme que dentro de una semana se abre el testamento de mi tía… Y mi hijo ha de estar presente… Y se descubrirá esta farsa… ¡Y acabaré en la cárcel!

Giró rabioso y entró en su dormitorio.

Ivón quedó un instante sola, aturdida, comenzó a andar y cruzó el recibidor hasta detenerse en la puerta de aquel dormitorio. Lo vio coger el abrigo de encima de la cama.

IVÓN
Tienes que buscar una salida.

Hugo empezó a ponerse el abrigo sin mirarla.

IVÓN
¡Inventa algo! ¡Busca una disculpa para que tu hijo no pueda estar presente ese día!

HUGO
¿Más mentiras?
(LA MIRÓ CON FURIOSO FASTIDIO)
¿Quieres que le invente un viaje al África Central?

IVÓN
¡Mátale!

Se produce un silencio. Ivón le está mirando con fijeza. Se separa de la puerta y entra en el cuarto, yendo hacia Hugo lentamente.

IVÓN
¿No le hiciste nacer? ¡Hazle ahora morir!

Sigue avanzando hacia él, que la contempla en tensión.

Ivón se detiene a su lado. Él dice casi entredientes:

HUGO
¿Y el cuerpo?

IVÓN
¿Qué cuerpo?

HUGO
¡Se necesita un cuerpo para enterrar! ¡Para el juzgado!

Se contemplan.

IVÓN
¡Piénsalo! ¡Busca la solución! ¿No eres novelista?

Siguen mirándose.

****

Una ola gigantesca rompió fortísimamente contra la escollera elevándose a gran altura… Se desplomó luego entre latigazos de espuma y dejó paso a la siguiente que llegaba ya, encrespada, para volcarse a su vez con estrépito contra las defensas del puerto.

La calle Corrida, la más ancha de Gijón y que desemboca en el puerto, aparecía solitaria hacia la una de la madrugada. Solo el viento la pasaba, encajonándose entre alaridos y haciendo bailar locamente a los pocos faroles que la iluminaban. Surgió un automóvil recorriéndola con velocidad y alejándose hacia su extremo hacia las últimas casas, de cara ya al puerto. Se detuvo ante la puerta del Hotel Savoy.

Descendió el hombre que lo conducía y entró en el pequeño entrante, en el pequeño portal del hotel. Hugo llevaba en la mano un maletín.

Golpeó fuerte y con insistencia en los cristales de la puerta.

El viejo conserje, que dormitaba en el comptoir, se incorporó con extrañeza, y al ver la figura recortada tras los cristales, se levantó y fue hacia la puerta con dificultad reumática.

Hugo le sintió llegar y volvió la cabeza hacia el automóvil. Ivón estaba sacando de él una grandísima maleta. Cruzó con ella la acera y entró en el pequeño portal, junto a Hugo, depositándola en un rincón trabajosamente, en el mismo instante en el que el conserje abría la puerta y exclamaba:

CONSERJE
Buenas noches, señor.

HUGO
Buenas noches
(CONTESTÓ HUGO Y ENTRÓ EN EL VESTÍBULO)

CONSERJE
Que nochecita, ¿eh?

Le dijo al conserje, y dejó caer la puerta para seguirlo, pero Ivón se incorporó rápida y la sujetó. El conserje volvió la cabeza sorprendido y, al ver a la muchacha, se apresuró a abrir del todo la puerta, diciendo:

CONSERJE
¡Perdone! No la había visto.

Ivón entró diciendo:

IVÓN
¿Eso que suena es el mar?

CONSERJE
Sí, señorita... Así llevamos una semana.

Se alejó ella tras Hugo y el conserje se apresuró a seguirlos, dejando caer la puerta que, por el dispositivo mecánico del montante, se cerró sola, silenciosamente.

IVÓN
Parece que se va a meter aquí.

HUGO
Habrá habitaciones, ¿no?

CONSERJE
¡Como si quieren el hotel entero!

HUGO
Queremos tres habitaciones con baño.

El conserje los miró mientras se metía tras el mostrador.

CONSERJE
¿Tres?

Hugo, que había empezado a desenroscar su estilográfica para rellenar la hoja de entrada, miró a la muchacha.

HUGO
¿Qué hace Carlos que no entra?

IVÓN
Está mirando no se qué en este escaparate de al lado.

Hugo se inclinó a rellenar la hoja y ella escuchó el pavoroso ruido del mar.

IVÓN
¿Oyes, Hugo, cómo suena? ¡Debe ser un espectáculo!... Me gustaría acercarme a verlo.

HUGO
¿Quieres salir y decirle a ese estúpido que entre de una vez?

Lo dijo sin levantar los ojos de la hoja, de una forma seca, desabrida. Ivón inició un bostezo y se alejó hacia la puerta.

El conserje puso su mano sobre el maletín que había traído Hugo.

CONSERJE
¿Éste es todo el equipaje, señor?

HUGO
No. Fuera tiene mi hijo una maleta grande.... No no, deje que la entre él. ¡Que se moleste!

El conserje volvió a quedarse quieto con una sonrisa indulgente.

Ivón llegó a la puerta y la abrió.

Se asomó al portal vacío... Y se quedó quieta, como si mirase a alguien. En realidad miraba hacia la grandísima maleta escondida en un rincón. De pronto se animó y dijo en voz alta para que la oyese el conserje:

IVÓN
Bueno, Carlos, te admito el regalo… ¡Pero ahora entra, que tu padre se está enfadando!
(HIZO UNA PAUSA Y AGREGÓ)
¡Ni hablar! ¡Cualquiera sale ahora con el frio que hace!

Dentro, el conserje tenía vuelta la cabeza hacia ella y escuchaba. La oyó decir:

IVÓN
Mañana lo veré. ¡Venga, date prisa!

Ivón dejó caer la puerta y se volvió para regresar al comptoir.

La puerta de la “suite” se abrió y entraron los tres.

CONSERJE
¿Les parece bien?

HUGO
Muy bien.

IVÓN
Quiero darme una ducha ¿hay agua caliente?

CONSERJE
Sí, señorita. Hace un rato estaba hirviendo.

Avanzó ella hacia un dormitorio quitándole un maletín al conserje, que se volvió y siguió a Hugo al otro dormitorio.

Ivón, al entrar en el suyo, giró rápida hacia la puerta, escuchando. Se quitó velozmente el abrigo, lo tiro sobre una butaca y, febrilmente, abrió el maletín y empezó a sacar prendas de él y a tirarlas sobre la alfombra y la cama. Un jersey, una falda, una combinación, zapatos y hasta un par de medias que dejó caer cerca de la puerta de la ducha a la que se dirigió deprisa. Abrió la puerta de la cabina, encendió la luz y empezó a darle vueltas a la llave del agua hasta que esta cayó a toda presión. Cerró con rapidez la puerta y corrió hacia la salida del dormitorio. Pisó con precaución la salita de la "suite" y escuchó. Dentro del cuarto de Hugo oyó hablar a esté con el conserje. Ivón cruzó la salita y salió de la "suite".

Ivón bajó deprisa el último tramo de la escalera y pisó el vestíbulo. Pasó corriendo por delante del comptoir vacío y llegó a la puerta de la calle, abriéndola. Sin abandonarla, inclinó el cuerpo alargando el brazo y cogió la maleta metiéndola en el hotel. Trabajosamente, la llevó en vilo hasta cerca del mostrador del comptoir. Luego, levantó su jersey y se sacó del pecho, hecha dobleces, una gorra de visera de sportman; la puso sobre la maleta. Se inclinó sobre el mostrador, mojó la pluma y empezó a escribir velozmente en una hoja de entrada.

El viejo conserje bajaba las escalera hacia el vestíbulo... De un momento a otro, iba a desembocar en el último tramo, de cara al comptoir...

Ivón levantó la cabeza, escuchando… Oyó sus pisadas aproximándose. Garabateó febrilmente las últimas líneas y firmó. Fue a dejar la pluma, pero se detuvo pensativa un segundo; inmediatamente, la dejó caer con fuerza clavándola en el centro del impreso. Se volvió y corrió al ascensor abriéndolo; entró en él y cerró... En el mismo instante en que desembocaba ya el conserje , que se detuvo con cara de pocos amigos al ver subir el ascensor.

Cuando Ivón entró apresuradamente en la "suite" Hugo estaba detenido en la puerta del cuarto elegido para su "hijo" con una pequeña caja entre las manos.

IVÓN
Ya está hecho.

El abrió entonces la puerta, diciendo:

HUGO
Muy bien. Ayúdame.

Entró en aquel dormitorio y la muchacha le siguió. Se movían los dos con velocidad y precisión, como quien repite una lección sabida, ensayada hasta la saciedad.

Hugo colocó la caja sobre una mesita y la abrió. Era un gramófono. Empezó a darle cuerda diciendo:

HUGO
Saca el disco.

Ella se puso a rebuscar en la pequeña bolsa de discos adosada a la misma tapa. Sacó uno, leyó su título y lo colocó sobre el platillo.

HUGO
Seguro que es ése, ¿no?
(PREGUNTÓ HUGO SIN DEJAR DE DAR CUERDA)

IVÓN
Sí, "Los voluntarios".

Puso sobre él el pik—up, diciendo:

IVÓN
¿No crees que reconocerán mi voz?

HUGO
No. Todas cambian al grabarse... Vamos a acercarlo a la puerta. Levanta por ahí.

Cogieron entre los dos la mesa y la llevaron en vilo hasta la proximidad de la puerta... Pero en pleno camino se soltó el freno del disco y comenzaron a sonar estrepitosas las notas de "Los voluntarios". Ahogó Hugo una exclamación y casi dejó caer la mesa para lanzarse a parar el disco. Fue ella quién levantó el pik—up y se dispuso a situarlo de nuevo preguntando:

IVÓN
¿Dónde empieza mi voz?

HUGO
En este punto blanco.
(SEÑALANDO UN PUNTO BLANCO PINTADO SOBRE EL DISCO, SOBRE UNO DE LOS SURCOS HACIA EL ÚLTIMO TERCIO)
¡Vete, Ivón!... ¡Y mójate el pelo! ¡No se te olvide!

La muchacha abandonó la mesita del gramófono y salió.

****

Ivón salió lentamente de su dormitorio, atusándose el pelo húmedo, con el aire de quien acaba de ducharse. Del cuarto de "Carlos" salían trepidantes las notas de "Los voluntarios".

IVÓN
¡Que espanto! ¡Cómo suena el mar!... ¡Me gustaría verlo desde donde se dominase bien!

La camarera la miró al tiempo que extendía un mantel sobre la mesita del centro de la sala.

CAMARERA
Buenas noches, señorita… Pues desde Santa Catalina. Un promontorio que hay aquí cerca.

CONSERJE
¡Pero allí no pueden subir, mujer!
(SONÓ EXHAUSTA LA VOZ DEL CONSERJE Y LE VIERON LLEGAR ARRASTRÁNDO LA GRAN MALETA)

HUGO
¡El espectáculo debe ser impresionante!

Hugo salió de su cuarto secándose las manos. Ivón le miró con viveza.

IVÓN
¿Subimos?

Hugo, sonriente, señalo con la cabeza a la puerta de "Carlos" de donde seguían saliendo "Los voluntarios".

HUGO
¿Querrá venir éste?

Fue hacia la puerta de "Carlos" mientras Ivón exclamaba:

IVÓN
¡Claro, menudo es!

Hugo abrió la puerta diciendo a "Carlos" al tiempo que entraba:

HUGO
Oye, Carlos, ¿te gustaría?...¡Pero quita esa música hombre!

Y el resto de la frase murió al cerrar la puerta.

Hugo entró cerrando la puerta. Se acercó rápido al gramófono

y levantó el pik–up. La música cesó. Volvió a darle cuerda. Llevó la aguja del pik–up al punto blanco. Soltó el freno al tiempo que abría de nuevo la puerta y salía a la salita diciendo con aire natural:

HUGO
¡Como quieras!... De todas maneras te vas a mojar.

Del disco surgió una voz que los de la salita oyeron perfectamente.

CARLOS
¿Me pongo el impermeable?

HUGO
Bueno
(CONTESTÓ HUGO A PUNTO DE CERRAR LA PUERTA)

IVÓN
¡Y el paraguas! ¡Si no te lo lleva el viento!
(EXCLAMÓ IVÓN. LA VEMOS A TRAVÉS DE LA PUERTA ENTRE ABIERTA)

Y mientras Hugo cerraba la puerta, el disco exclamó:

CARLOS
Llevaré las dos cosas.

Y empezó a sonar un silbido alegre interpretando la marcha de "Los voluntarios".

Ahora estaba solo el gramófono. Girando el disco. A través de la puerta llegó la voz de Hugo:

HUGO
¡Date prisa, Carlos! Ya está la cena.

CARLOS
¡A la orden, mi coronel!
(DIJO EL DISCO)

Siguió girando silenciosamente.

****

IVÓN
¡Hugo! ¡Hugo!

Hugo sigue abstraído, sentado en el sofá del salón ante la taza de café sin probar aún. Ivón lo zarandea, inclinada con alarma sobre él.

IVÓN
¿Qué te pasa? ¡Hugo!

Hugo parpadea sorprendido y la mira. La muchacha le sonríe con alivio.

IVÓN
¡Caray! ¡Qué susto me has dado! ¿Pero en qué pensabas? ¡Llevas así media hora!

Hugo lleva los ojos al reloj de porcelana de la chimenea. La una y media pasadas. Se echa hacia atrás diciendo con un suspiro:

HUGO
Pensaba en lo último que le oímos decir.

IVÓN
¿A quién?

HUGO
(LENTAMENTE)
"A la orden, mi coronel".

Lo ha dicho con suave cariño. Señala una sonrisa de añoranza. Ivón frunce el ceño.

IVÓN
Pero, ¿estás loco? ¿a qué viene esto? ¡Hala, tómate el café!
(SE LEVANTÓ DEL SOFÁ PONIÉNDOSE EN PIE, INICIANDO EL ESTIRARSE Y UN BOSTEZO)
Yo me voy a acostar. ¡Tengo...!

Pero no acaba la frase. Se queda en esa postura, sorprendida por lo que está oyendo, por la música de "Los voluntarios" que llega procedente de la "suite" del piso de arriba.

Hugo también lo está oyendo. También está rígido. Levanta los ojos al techo.

IVÓN
(ASOMBRADA)
¿Qué es eso?

Baja los ojos a Hugo, que también la mira. Una alarma los sacude. Hugo se pone en pie y la muchacha gira velozmente y, corriendo, se separa. Va hacia la puerta del salón hasta alcanzar las escaleras, emprendiendo la subida vertiginosamente.

Hugo, clavado un instante en el sitio, mirando el techo demudado, emprende la carrera tras ella.

Ivón remontó la escalera hasta el piso y se lanzó pasillo

adelante hasta la puerta de la “suite”. Notó que estaba abierta y se detuvo. Hugo apareció en el pasillo, procedente de la escalera, y se acercó corriendo. Ivón le miró agitada. Hugo llegó a su lado. También él vio abierta la puerta. Ivón la empujó con decisión.

Ivón entró y se paró repentinamente, con el corazón palpitante mirando a la puerta, también entreabierta, del cuarto de “Carlos”, de donde salía la alegre marcha militar.

HUGO
Era su música preferida.

Ivón volvió a él la cabeza con extrañeza. Lo vio parado, con los ojos clavados en aquella puerta y una asombrosa y alucinante expresión en el rostro.

IVÓN
(MURMURA)
¡Estás loco!

Se revolvió, crispada, y fue hacia la puerta... Pero Hugo la detuvo.

HUGO
¡No abras!

Ella volvió a mirarle, con rabia, y se soltó yendo a la puerta y empujándola.

No había nadie en el cuarto.

Sólo el gramófono, con el disco girando.

La muchacha avanzó con un comienzo de pánico en los ojos. Hugo llegó hasta el umbral y se detuvo mirando obsesivamente el girar del disco.

INSPECTOR (OFF)
Buenas noches.

Se volvieron los dos. El inspector llegaba por la espalda de Hugo, procedente del cuarto de la muchacha. Y más atrás, saliendo todavía de este cuarto, venía el comisario.

INSPECTOR
(SONRIENDO Y SEÑALANDO AL GRAMÓFONO)
Perdonen si me tomé la libertad de poner eso en marcha.

COMISARIO
Buenas noches. Soy el comisario.

Se hizo un embarazoso silencio. Hugo seguía quieto en el umbral, impidiendo la entrada, mirando sin llegar a volverse del todo a los dos policías.

COMISARIO
Crean que lamento profundamente la desgracia.

Ni Hugo ni Ivón contestaron.

COMISARIO
Quisiera… Quisiera, si me lo permiten hacerles unas preguntas.
(ESTABA INCÓMODO POR AQUELLA ACTITUD)

IVÓN
¿A estas horas?

Habló desde el interior del cuarto. El comisario la miró por encima del hombro de Hugo. Avanzó hacia ella hablando y forzando a Hugo a dejarle paso libre.

COMISARIO
En bien de ustedes... cuanto primero hagamos todas estas diligencias, antes podrán regresar a Madrid.

Entró en el cuarto. Hugo habló a su espalda.

HUGO
(SECO)
¿Qué quiere preguntar?

El comisario avanzó todavía unos pasos más por el cuarto.

COMISARIO
Quisiera saber por dónde entró su hijo en este hotel.

Lo dijo con tono natural. Siguió un silencio.

COMISARIO
Ustedes subieron delante con el conserje. A su hijo no le abrió nadie la puerta de la calle. ¿Puede decirme por dónde entró?

Hugo le contemplaba con asombro. Inició una mueca de burla.

HUGO
Parece un acertijo de la radio. ¿Qué me da si acierto? ¿Una vespa?

Al comisario no le hizo ni pizca de gracia.

COMISARIO
(SUAVEMENTE)
Puedo darle la libertad provisional.

Hugo oscureció bruscamente el gesto. Se separó del umbral y avanzó lentamente hacia el comisario.

HUGO
¿Pero qué está diciendo? ¿Me amenaza?

COMISARIO
(SIEMPRE SUAVE)
¿Por dónde entró su hijo?

IVÓN
¡Por la puerta! ¿Por qué no acaban de una vez?
(EXPLOTÓ NERVIOSA)

COMISARIO
La puerta no pudo abrirse por fuera señorita. Y se cierra sola.

IVÓN
(IRRITADA)
¡Pues la abriría alguien! ¡Cualquiera sabe!

COMISARIO
(MOVIENDO NEGATIVAMENTE LA CABEZA)
Nadie. Y, además, subió a este segundo piso sin que nadie se lo dijese. ¿Por qué?

Ivón parpadeó asombrada.

El inspector entró silenciosamente y fue a detenerse junto al gramófono, mirándolo abstraído, como ausente de todo.

HUGO
(A IVÓN, CON SARCASMO)
¿Tú has oído alguna vez interrogatorio más estúpido que éste?
(MIRA, VIOLENTO, AL COMISARIO)
¡Y qué demonios sabemos! ¿Qué quiere decir con todo esto?

COMISARIO
Que su hijo no entró en este hotel.

HUGO
¿Eh? ¿Qué no entró?... ¿Pero está usted loco?

COMISARIO
La próxima vez que me insulte le detengo.

HUGO
(SALTANDO, VIOLENTO)
¡Oiga! ¡Le advierto…!

IVÓN
¡Calla, Hugo! ¡Cállate! ¡Tiene razón este señor!

Le sujetó con fuerza y levantó la voz imponiéndose. Miró al comisario.

IVÓN
Discúlpele. Comprenda su estado de nervios.

COMISARIO
Desde luego, señorita. Pero yo también estoy excitado. Aquí hay algo que no entiendo. Creo que su hijo no entró en este hotel. ¿Quién escribió, entonces, este impreso?

Extendió la mano y con ella la hoja de entrada escrita por el "hijo". Ivón la miró. Contuvo la angustia.

HUGO
¿Cómo voy a contestar a ese absurdo... que se basa en el absurdo de que mi hijo no entró aquí?

El comisario le contempló fijamente. Con brusca decisión se inclinó ligeramente a Hugo.

COMISARIO
Escuche. Voy a decirle claramente lo que pienso. Su hijo no...

HUGO
¡Espere!
(LE CORTÓ Y SE APROXIMÓ AÚN MÁS, CON EXPRESIÓN RESUELTA Y DURA)
¡Quiero advertírselo antes! Todo esto es descabellado y sin lógica ninguna... ¡Atropella usted mi dolor de padre sin el menor escrúpulo, entra a saco en mis habitaciones y me somete a un interrogatorio sin pies ni cabeza!
(LO MIRA AGRESIVO)
No sé si trata de matar el aburrimiento... o de justificar un sueldo y un cargo.

COMISARIO
¡Oiga!

HUGO
¡Pienso dar cuenta de usted en la Dirección General de Seguridad! ¡Pienso empapelarle

por lo que está diciendo... y por lo que me va a decir ahora...! ¡Ya puede hablar!
(SE CRUZA DE BRAZOS Y AGUARDA)

El comisario, con el ceño fruncido, le contempla. Empieza, con ligero nerviosismo.

COMISARIO
A su hijo, además, no le ha visto nadie.

HUGO
¡Mentira! El conserje y una camarera que nos sirvió.

El comisario se dirige, decidido, al teléfono. Llega a él y lo levanta. Una pausa.

COMISARIO
(AL TELÉFONO)
Oiga, llame a la camarera de servicio y suba usted con ella inmediatamente.

CONSERJE
(AL TELÉFONO)
Ahora mismo, señor.
(CUELGA Y MIRA A LA CAMARERA QUE ESTABA APOYADA DE CODOS EN EL MOSTRADOR POR LA PARTE DE AFUERA)
Nos llama el comisario.

Va hacia la salida del mostrador mientras la camarera se ha incorporado con gesto de extrañeza y comienza a subir las escaleras.

Cuando el conserje, detrás, ha subido dos escalones, se detiene al oir que golpean con los nudillos sobre el cristal de la puerta de la calle. Gira y va cruzando deprisa el Hall. Abre la puerta. En ella, un guardia de la Policía Armada y el abogado—notario de tía Ángela.

GUARDIA DE GIJÓN
Buenas noches.

Entra, y tras él, el abogado, tan serio y rígido como de costumbre. De una mano le cuelga un maletín de viaje.

GUARDIA DE GIJÓN
¿El señor comisario?... Este señor pregunta por él. Ha venido de Madrid.

CONSERJE
Está arriba... Voy a avisarle.

Se adelanta hacia el comptoir, mientras el abogado y el guardia le siguen más despacio.

El conserje llega a la centralilla, introduce una clavija y hace girar la manivela.

CONSERJE
(AL TELÉFONO)
¿El señor comisario? Mire, acaba de llegar un señor de Madrid que pregunta por usted.

COMISARIO
(AL TELÉFONO)
Bien. Ahora bajo.

Cambia la vista a la puerta por donde aparece la camarera. El comisario cuelga el teléfono.

COMISARIO
Entre.
(LA CAMARERA AVANZA TÍMIDAMENTE)

Ivón y Hugo tienen la vista sobre ella.

El inspector le lanza una ojeada indiferente. Vuelve a abstraerse en el gramófono.

COMISARIO
¿Vio usted en algún momento al hijo de este señor?

La camarera mira a Hugo, sorprendida, y luego al comisario.

CAMARERA
(NEGANDO DEBILMENTE)
No, no le ví.

HUGO
¡Miente!
(VA HACIA ELLA, FURIOSO)
¿Que no le vio? ¿Que no le vio usted cenar con nosotros aquella noche?

CAMARERA
(ATEMORIZADA)
No señor... Yo no le vi.

HUGO
¡Haga memoria! ¿No recuerda que yo entré aquí a preguntarle si le apetecía subir al promontorio y...?

CAMARERA
¡Pero no le vi, señor! ¡Le oí decir que si le apetecía subir pero...!

HUGO
¿Solo le oyó?... ¿No le vio luego?

CAMARERA
No, señor. ¡Se lo juro!

Pero lo que Hugo pretendía ya estaba conseguido. Sabía que no había pasado desapercibido para los policías. Por eso no le extraño oir la voz del inspector.

INSPECTOR
¿Que le oyó?... ¿De veras que le oyó?

Está vuelto hacia ella. Por primera vez con interés.

CAMARERA
Sí, señor.

INSPECTOR
¿Segura?

CAMARERA
Sí, señor. Y el conserje también le oyó.

Se produjo un silencio.

El inspector tragó saliva y la miró con desilusión.

INSPECTOR
¿Por qué no lo dijo antes?

La camarera permaneció inmóvil.

El comisario se mordió el labio. Hugo volvió a él los ojos. Habló disimulando la burla... Pero al final del párrafo se le notó.

HUGO
Le perdono, comisario; sé que no ha querido más que cumplir con su deber.
(HIZO UNA PAUSA Y AGREGÓ)
Esta es una frase de novela... Para situaciones parecidas.

El comisario le mira y, bruscamente, comienza a andar hacia la puerta. Llega a ella y desaparece. La camarera, tras una vacilación, le sigue.

Pero el inspector sigue inmóvil junto al gramófono.

Ivón y Hugo cambian una mirada.

IVÓN
(COMO INDIRECTA AL INSPECTOR)
Bueno, ¿qué esperamos? ¡Me estoy cayendo de sueño!

Pero se queda asombrada cuando de pronto comienza a sonar la marcha de “Los voluntarios”.

El inspector había puesto en marcha el disco.

Hugo fue hacia él excitado.

HUGO
¡Quite usted esa música!... ¿Con qué derecho toca usted eso?

El agente, sin casi mover la cabeza, levantó brusco los ojos a él.

INSPECTOR
Le advierto que yo aguanto menos que el comisario
(DIJO DURO)
Y que me tienen sin cuidado lo del empapelamiento
(LE CONTEMPLÓ Y AÑADIÓ)
No sea usted nervioso... también yo estoy cumpliendo con mi deber. La música me ayuda a pensar... ¿O tiene usted especial empeño en que no piense?

Inclinó de nuevo la cabeza y se desentendió de ellos.

Ivón buscó con los ojos a Hugo y cambiaron ambos una mirada de alarma. En cuanto acabase la música empezaría la voz del “hijo”.

Hugo volvió a mirar hacia el balcón. Ivón se quedó tensa, mirando el girar del disco... Pero en seguida, volvió los ojos a Hugo, nerviosa...

El inspector seguía cabizbajo junto al gramófono.

El disco giraba sin cesar.

La aguja del pik—up iba recorriendo veloz los surcos...

Hacia el último tercio, un punto blanco, perfectamente visible, señalaba la brusca interrupción de la música y el comienzo de un silencio cortado por la voz grabada de Ivón.

Hugo se agitó, con los nervios en tensión. Miró de reojo a Ivón.

La muchacha también le estaba mirando.

Sus puntiagudas uñas pintadas estaban clavadas en los brazos que mantenía cruzados… Empezó a jadear.

Seguía alegre y vertiginosa la música húngara.

Hugo giró mirando al policía. También ella, tratando de alcanzar con la vista el disco, y del disco el punto blanco…

El agente se mantenía impasible.

El disco giraba suavemente.

La aguja del pik—up iba llegando a la señal.
Cinco vueltas más, cuatro vueltas más, y pasaría sobre el punto blanco.

La boca de Ivón se contrajo con un esfuerzo para no gritar... Empezó a temblar.

Hugo abrió y cerró los puños... Se dejó blancos surcos en las manos por la presión de los dedos en caricia nerviosa.

Bruscamente, se lanzó hacia el gramófono y dio un manotazo a la aguja... El brazo metálico raspó el disco y salió despedido, quedando colgado por un costado... El disco siguió girando con un siseo silencioso.

El inspector miró duramente a Hugo, que casi jadeaba a su lado. Lo vio dispuesto a luchar, a golpear con saña y al inspector comenzaron a entrarle unas ganas locas de enfrentarse con sus puños... Se estaban mirando fijamente. Ivón, ahogada, les miraba.

Les sacudió el timbrazo del teléfono. Volvió a sonar. El inspector no se movió. Nadie se movía. Volvió a repetir por tercera vez la llamada. El inspector se inclinó sin apartar los ojos de Hugo y tanteó a ciegas hasta dar con el teléfono. Lo levantó.

INSPECTOR
¡Diga!... Ahora bajo.

Colgó de nuevo y mantuvo unos instantes los ojos sobre la pareja.

Dibujó una leve mueca de sarcasmo y giró hacia la puerta. Salió.

Hugo se mantenía quieto.

La muchacha se aproximó, ligera, al gramófono, levantó el brazo metálico y puso la aguja sobre el punto blanco. Miró a Hugo.

IVÓN
¡Qué oportuno estuviste!

Hugo no contestó, pero cuando comenzó a hablar el disco, llevó los ojos a él.

DISCO
¿Me pongo el impermeable?

La muchacha sonrió.

DISCO
Llevaré las dos cosas.
(COMIENZA A OIRSE EL SILBIDO DE LOS VOLUNTARIOS)

DISCO
A la orden, mi coronel.

Siguió un silencio y el disco continuó girando con su siseo.

HUGO
(SIN ÁNIMO, VENCIDO)
Sospecha de nosotros.

Ivón giró hacia él.

IVÓN
¿Y qué?

HUGO
¡Del sospechoso al acusado no hay más que un paso!

Hablaban con intensidad, pero a media voz.

Ella sonrió con burla.

IVÓN
Acusados, ¿de qué? ¿Dónde hay pruebas?

Hugo le mantuvo la vista y luego se alejó hacia el balcón.

HUGO
Pruebas... Acusaciones... Interrogarotios... ¿Te das cuenta de que están todos los elementos?

IVÓN
Elementos, ¿de qué?

Hugo se detuvo y dijo sin mirarla:

HUGO
Del delito.

Estaba nervioso, mantenía fija la vista, en algo obsesivo, sin concretar.

HUGO

La policía... La pregunta inesperada... la angustia... Y por medio un cadáver.

Ella levantó airada los ojos a él.

IVÓN

¿Un cadáver?

Pero él siguió sin oírla.

HUGO

La puesta en escena completa... Hasta el ambiente: hotel de provincias... y los personajes secundarios: un conserje y una camarera.

(SE DETUVO UN SEGUNDO)

Yo haría que uno de ellos fuese cómico... Estoy seguro que uno de ellos lo es en la realidad. Pero no sé cuál.

Ivón estaba medio vuelta hacia él escuchándole incrédula. Displicente.

Hugo guardaba silencio, plantado en medio del cuarto. Había sacado un cigarrillo y lo colgó de sus labios. Sus dedos vacíos tenían un casi imperceptible pero rítmico frotamiento nervioso. De pronto se volvió a la muchacha, retirándose el pitillo de la boca.

HUGO

¿Te fijas que todo esto es tan absurdo, tan alucinante como una de mis novelas?

Inició una sonrisa amarga.

HUGO

Pero aquí no soy el autor, sino el asesino.

IVÓN

¡Tu no eres asesino!

(GRITÓ IVÓN RABIOSA)

Hugo se revolvió contra ella.

HUGO

¡Lo soy!... ¡Qué importa que no tenga sangre en las manos!... ¡Los crímenes no se cometen con las manos, sino con la voluntad! ¡Y tú y yo hemos tenido la voluntad de crimen! ¿Te das cuenta? ¡Significa que tú y yo hemos saltado ya una espantosa barrera! ¡Estamos al otro lado de la barrera!

IVÓN
¿De qué barrera?

Ivón tenía el rostro contraído por una desazonada rabia.

HUGO
¡La que separa la vida de la muerte!

Se detuvo a un lado enloquecido, con expresión de angustia.

HUGO
¿No me has visto mentir ahora mismo a la policía... y atacarla?... ¡Pues no he fingido, te lo juro! ¡He sentido odio, saña!... ¿Y sabes por qué? ¿Sabes por qué, Ivón?
(LA MIRÓ AGUDAMENTE, EXCITADO, DESHECHO, APUNTO DE ECHARSE A LLORAR)
¡Porque ya no hay quien detenga esto!... ¡Ya tenemos dentro a los peces rojos!
(SE GOLPEÓ LA FRENTE)
¡Ya están aquí!

Ivón se lanzó sobre él y le zarandeó con furia por los brazos.

IVÓN
¡Cállate!... ¡Cállate, Hugo!

HUGO
¡Los peces rojos dando vueltas en la pecera! ¿No los has visto nunca cómo giran y giran…? Así ocurre en esta pecera
(SE GOLPEÓ DE NUEVO LA FRENTE)
... Cuando surgen las ideas rojas, las ideas de sangre, empiezan a girar y a girar… Hasta enloquecer, ¡hasta obligar a matar para descansar!

Se quedó mirando fijamente a Ivón y, bruscamente, se volvió y fue deprisa a la puerta, la abrió y desapareció.

Ivón quedó sola, rígida, endurecido el rostro.

IVÓN
¡Imbécil!
(MURMURÓ)

Giró un instante, indecisa, y, de pronto, tomó con decisión el camino de la puerta. La abrió y salió a la salita, mirando a su alrededor.

IVÓN
¡Hugo!

No le contestó nadie.

Bruscamente, repentinamente, le entró la alarma.

IVÓN
¡Hugo!

Corrió hacia su dormitorio, pero se detuvo al oír la voz de la camarera.

CAMARERA
¿Llamaba la señorita?

Ivón miró hacia la puerta de la "suite". Estaba abierta y se recortaba la figura de la camarera, que agregó:

CAMARERA
El señor ha bajado las escaleras.

Ivón emprendió la carrera hacia ella. Pasó a su lado y siguió el pasillo hacia la escalera.

Hugo cruzó el vestíbulo y abrió la puerta de la calle. El conserje, asombrado, le siguió con la vista desde el comptoir. Le vio salir. Se movilizó inmediatamente abandonando el mostrador, pero se volvió hacia la escalera al sentir bajar con precipitación.

Surgió Ivón cruzó ante él corriendo sobre la alfombra del hall y abrió la puerta de la calle.

Pisó la acera en el mismo momento en que arrancaba el automóvil con Hugo.

IVÓN
¡Hugo!
(CORRIÓ TRAS ÉL)
¡Hugo, para!

El automóvil, arrancando con fuerza, había saltado hacia adelante en dirección al puerto, en dirección al barrio pescador… Ivón, corriendo desolada detrás, entre el viento que soplaba huracanado, comprendió dónde iba. Al promontorio. Al balconcillo sobre el abismo... dónde se cometió el "crimen"...

IVÓN
¡Hugooo!

Llamó inútilmente, porque ya ni siquiera lo veía... Pero siguió corriendo detrás... Metiéndose en la oscuridad... corriendo en la más absoluta soledad...

Del hotel salieron bruscamente los dos policías. Primero el inspector, que emprendió veloz carrera al pisar la calle, en la dirección tomada por la muchacha. Tras él sin dejar morir la puerta, abriéndola de nuevo con rápido impulso, el comisario. Corrió detrás de su compañero, uniendo el golpear de sus pasos a los del inspector y metiéndose en la oscuridad…

El conserje salió hasta la acera y aquí se le unió el abogado. Se quedaron los dos detenidos, oyendo aquel batir que se alejaba.

El auto de Hugo, con los faros encendidos, subió bamboleante por el mal piso de la cuesta del promontorio, dejando atrás las últimas casas del barrio pescador y adentrándose campo a través por el peligroso altozano batido por el viento.

Ivón emprendió la subida de una escalera que salvaba el desnivel del puerto a la calle del barrio pescador. Subió trabajosamente, jadeante...

Cuando Ivón dejó atrás las últimas casas del barrio pescador y se adentró en pleno promontorio, comenzó su furiosa lucha con el viento. Al coronar el punto más alto, se detuvo bruscamente. Allí estaba parado el automóvil. Inclinado en la vertiente que se desplomaba hacia el mar. Tenía los faros encendidos y la portezuela del conductor abierta y dando tremendos bandazos por el viento… Ivón corrió hacia él, sintiendo que se le doblaban las piernas por el terror.

Estaba vacío.

Ivón se revolvió enloquecida.

IVÓN

¡Hugo! ¡Hugo!

Comenzó a correr por el mismo borde del abismo, frenéticamente, gritando y llorando al tiempo, llenándose de viento y del estruendo del oleaje...

IVÓN

¡Hugo! ¡Hugo! ¡Hugo!

Corría por una cornisa, con el mar rompiendo oleaje.

Tropezó y se tambaleó peligrosamente, y volvió a enderezarse para continuar alocadamente por aquel filo… Luego, se detuvo. Frente a ella, nacía el vertedero, el balconcillo de madera, alargándose sobre el abismo. Corrió hacia él. Pisó su madera y la sintió temblar bajo los pies. Se abalanzó al simple pretil.

IVÓN

¡Hugoooo!

Inclinó todo el cuerpo mirando hacia abajo, donde estallaban las olas en espuma sobre los escollos… Y gritó más y más contra el viento que la ahogaba… Hasta que, vencida, con una congoja mortal, fue dejándose resbalar y calló de rodillas sobre la madera del piso...

El inspector llegó a lo alto del promontorio y vio el automóvil y su dramática postura. Corrió de nuevo hacia él y se detuvo, jadeante, agotado, a su lado... Le echó una nerviosa ojeada y se revolvió, luego, mirando a su alrededor.

COMISARIO

¡Espere!

Se recortó en lo alto, en el final de la calle, la figura agitada del comisario. Pero el inspector no le esperó; se alejó deprisa por el borde del abismo. Y al llegar cerca del balconcillo, se detuvo... Vio confusamente el bulto de Ivón, caída sobre el piso del balconcillo, y corrió hacia ella.

INSPECTOR

¿Qué le pasa? ¿Qué hace aquí?

(SE INCLINÓ SOBRE ELLA, COMPROBANDO SU TERRIBLE CONGOJA)

Vamos, levántese. ¿Dónde está el señor Pascal?

Entonces ella se revolvió hecha una furia.

IVÓN

¡Fuera de aquí! ¡Márchese! ¡Ustedes han sido! ¡Han tenido la culpa...!

Se llenó de llanto, cortándosele las palabras, sin poder seguir. El agente se arrodilló junto a ella, ceñudo, zarandeándola.

INSPECTOR

¡Qué está diciendo! ¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?

Ivón se levantó, se puso en pie frenética, casi al tiempo que el comisario surgía al lado de ellos.

IVÓN

¡Se ha matado! ¡Asesinos!... ¡Por vuestra culpa!... ¡Le habéis matado!

COMISARIO

¡Cállese!

(GRITÓ EXCITADO EL COMISARIO)

¿Está usted loca?

IVÓN

¡Se ha matado! ¡Se suicidó!... ¡Hugo! ¡Hugo!

Se inclinó, enloquecida sobre el débil pretil de madera. El agente se abalanzó a ella sujetándola.

INSPECTOR

¡Cuidado! ¡Fuera de aquí!

La arrastró hacia el interior del balconcillo y en ese instante, surgió la voz de Hugo.

HUGO

Ivón.

Se volvieron levantando la cabeza.

Hugo estaba a seis o siete metros de ellos, donde el promontorio se elevaba de nuevo, dominando el balconcillo. Les estaba mirando con calma. Se recortaba su figura sobre el cielo.

Ivón se quedó pasmada.

Y, bruscamente, se lanzó cuesta arriba, hacia él, trepando aquellos metros con desesperación. Y al llegar a su lado, se abrazó fortísima, uniéndose a su cuerpo con ansia, aplastando su boca contra el pecho de él y pronunciando su nombre.

Hugo la mantuvo sobre sí un instante, con emoción.

HUGO

¡Tengo que hacerlo, Ivón! ¡Tengo que hacerlo... porque no puedo vivir así!
(DIJO CON VOZ ROTA)

Ella separó la cara y le miró asustada. Hugo llevó los ojos a los policías que seguían abajo.

HUGO

Sí... Yo maté a mi hijo. Lo maté y lo tiré por este vertedero.

El comisario y el inspector, quietos, le mantenían la vista con fijeza. Ivón le contemplaba con asombro.

HUGO

¡Lo maté a traición!... ¡Me deshice de él tirándolo por aquí! ¡Lo vi caer…!
(GRITÓ EXCITADO)

Pero Ivón se revolvió con furia.

IVÓN

¿Pero qué dices?... ¡Eso es mentira! ¡Mentira! ¡No le crean! ¡Tú no has matado a nadie!

Se separó de él excitada. Pero Hugo insistió con fuerza.

HUGO

¡Lo maté, Ivón lo maté!... ¡Y tengo las manos llenas de sangre!

IVÓN

¡No!... ¡Diles la verdad! ¡Dila, Hugo!

(GIRÓ VELOCÍSIMA HACIA LOS POLICÍAS)

¡No le hagan caso!... ¡Está loco!... ¡Su hijo no ha existido nunca! ¡Fue todo un engaño!... ¡Hasta yo misma lo creí!

HUGO

¡Lo maté!... ¡Maldita sea! ¿Qué importa que no existiese?... ¡Yo soy un asesino!

Ivón luchaba entre la congoja, el pánico y el querer burlarse de todo aquel absurdo.

IVÓN

¡No le crean, por Dios se lo pido!... ¡No existió nunca ese hijo!... ¡Yo tengo pruebas!... ¡Tengo el disco! ¡Yo misma lo impresioné!... ¡Cállate! ¡Diles la verdad! ¡Dila, Hugo! ¡Dila! ¡Dila!

Le golpeó fuerte en el pecho histéricamente, enloquecidamente...

Y sobre ellos, y sobre el aturdido asombro de los dos policías, la CÁMARA comienza a elevarse, a tomar altura. Van debilitándose los gritos de ella barridos por el viento… Van empequeñeciéndose sus figuras hasta llegar a verlas sobre la cornisa, abarcando en el FOTOGRAMA tierra y mar... El mar, reventando con furor contra la escollera...

FIN

a puerta volvió a abrirse y salió Hugo hablando a Carlos:

HUGO: ¡Como quieres!...De todas maneras te vas a mojar...

CARLOS: ¿Me pongo el impermeable? ~~[illegible]~~ dijo al muchacho.

HUGO: Bueno.

IVON: ¡Y el paraguas!...¡Si no te lo ~~[illegible]~~ quita el viento -exclamó Ivón desde su sitio.

CARLOS: Llevaré los dos conos...

respondió el muchacho, y empezó a silbar la marcha de "Los V[illegible]rios". Hugo terminó de cerrar la puerta.

IVON: Dile que se dé prisa, Hugo.

HUGO: ¡Date prisa, Carlos! (EXCLAMÓ HACIA LA PUERTA) Ya está la cena.

CARLOS: A la orden, mi Coronel.

Hugo sonrió.

-3-

Ivón gritó pidiendo auxilio hasta casi reventar. Pero se le [illegible]ba la boca de viento, y los oídos del terrible fragor del

FICHA TÉCNICA

DIRECCIÓN	José Antonio Nieves Conde
PRODUCCIÓN	Yago Films, Estela Films
GUION	Carlos Blanco
JEFE DE PRODUCCIÓN	Rafael Carrillo
FOTOGRAFÍA	Francisco Sempere, en blanco y negro
SEGUNDO OPERADOR	Miguel Agudo
MONTAJE	Margarita Ochoa
MÚSICA	Miguel Asíns Arbó
CANCIONES	Luis Ligero
DECORADOS	Gil Parrondo, Luis Pérez Espinosa
COREOGRAFÍA	Monra
VESTUARIO	Humberto Cornejo
VESTUARIO DE LA REVISTA	Maribel y Arturo
MAQUILLAJE	José María Sánchez
MOBILIARIO Y ATREZO	Jesús Mateos
SONIDO	Alfonso Carvajal
AYUDANTE DE DIRECCIÓN	Domingo Pruna

ESTUDIOS	Chamartín (Madrid)
EXTERIORES	Madrid, Gijón, Cáceres
DURACIÓN	100’
ESTRENO	12 de septiembre de 1955, cine Lope de Vega, de Madrid

FICHA ARTÍSTICA

HUGO PASCAL	Arturo de Córdova
IVÓN	Emma Penella
COMISARIO	Félix Dafauce
MAGDA	Pilar Soler
INSPECTOR	Félix Acaso
CONSERJE DEL HOTEL	Manuel de Juan
TÍA ÁNGELA	María de las Rivas
CAMARERA DEL HOTEL	Montserrat Blanch
PORTERO DEL TEATRO	Ángel Álvarez
ABOGADO	Luis Roses
EDITOR	Julio Gorostegui
AMIGO DEL PORTERO DEL TEATRO	Manuel Guitián
GUARDIA CIVIL	Rafael Calvo Revilla
REGIDOR DEL TEATRO	Antonio Moreno
CAMARERA DEL HOTEL	María del Carmen Pastor
MAU MAU	Juan Olaguibel
PORTERO DE LA CASA DE HUGO	José G. Rey
AGENTE DE POLICÍA	Óscar Acebal
GUARDIA CIVIL	Joaquín García

FILMOGRAFÍA DEL AUTOR

Cuando llegue la noche
Año: 1946
Dirección: Jerónimo Mihura
Género: Comedia dramática
Guion: Carlos Blanco, basado en la obra teatral homónima de Joaquín Calvo Sotelo

La princesa de los Ursinos
Año: 1947
Dirección: Luis Lucia
Género: Histórica

Locura de amor
Año: 1948
Dirección: Juan de Orduña
Género: Drama
Guion: Carlos Blanco, basado en la obra teatral de Manuel Tamayo y Baus.

Las aguas bajan negras
Año: 1948
Dirección: José Luis Sáenz de Heredia
Género: Comedia dramática
Guion: Carlos Blanco, basado en la novela "La aldea perdida", de Armando Palacio Valdés.

Llegada de noche
Año: 1949
Dirección: José Antonio Nieves Conde
Género: Comedia dramática
Guion: Carlos Blanco, basado en la obra teatral de Hans Rothe: "Ankfunft bei Nacht".

39 cartas de amor
Año: 1949
Dirección: Francisco Rovira Veleta
Género: Comedia

Don Juan
Año: 1950
Dirección: José Luis Sáenz de Heredia
Género: Adaptación clásico literario

Los ojos dejan huellas
Año: 1952
Dirección: José Luis Sáenz de Heredia
Género: Intriga

Todo es posible en Granada
Año: 1954
Dirección: José Luis Sáenz de Heredia
Género: Comedia

Los peces rojos
Año: 1955
Dirección: José Antonio Nieves Conde
Género: Intriga

Diez fusiles esperan
Año: 1959
Dirección: José Luis Sáenz de Heredia
Género: Drama histórico

Los gallos de la madrugada
Año: 1971
Dirección: José Luis Sáenz de Heredia
Género: Intriga

Don Quijote cabalga de nuevo
Año: 1973
Dirección: Roberto Gavaldón
Género: Adaptación clásico literario
Guion: Carlos Blanco, inspirado en la novela de Miguel de Cervantes.

La espada negra
Año: 1976
Dirección: Francisco Rovira Veleta
Género: Drama histórico

Hierba salvaje
Año: 1977
Dirección: Luis María Delgado
Género: Intriga

s olas siguen estallando con brutal violencia contra el promon-
rio, por cuya falda se mantienen descolgados los hombres en la
naz lucha por hallar el cadáver. El oleaje y la fuerza del hu-
acán hacen difíciles los trabajos.
n el día, la niebla se ha levantado.

rriba, en el balconcillo de madera, en el vertedero de pescado,
l Comisario sigue observando aquella labor, ~~rodeado ahora por el~~
~~[illegible]~~, mientras un numeroso público de curio-
os es mantenido a distancia por números de la Policía Armada.

~~PERIODISTA I: ¿Hay seguridad de que no ha sido un suicidio?~~

~~Han que hablar a voces~~. El Comisario, con el cuello del abri-
o levantado y las manos hundidas en los bolsillos, ~~[illegible]~~
~~[illegible]~~:

COMISARIO (moviendo la cabeza negativamente): No lo sé.

PERIODISTA II: ¿Pero por qué vinieron a pasear por aquí?

COMISARIO: Lo siento. Tampoco lo sé.

PERIODISTA I: ¡Por favor, Sr.Comisario! ¿Es que no quiere usted ayudarnos?

COMISARIO: ¡Es que aun no he hablado con ellos! Vayan luego por la Comisaría y ya les.. (SE INTERRUMPE VOLVIENDO LA CABEZA AL OIR ACERCAR UN AUTOMOVIL)

El automóvil frena cerca de la gente curiosa y desciende rápido

41

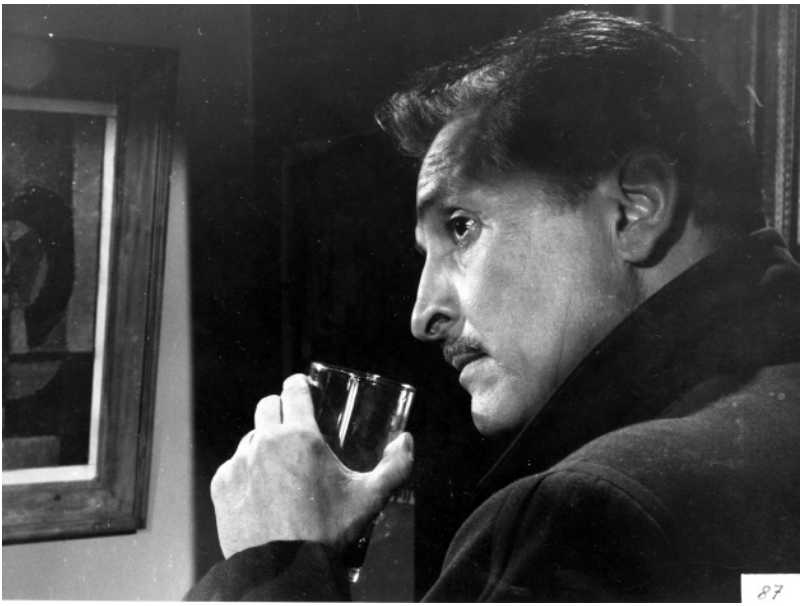
45

HOTEL
SAVOY

by
United States
VUELE A LA HABANA
CUBANA DE AVIACION
13

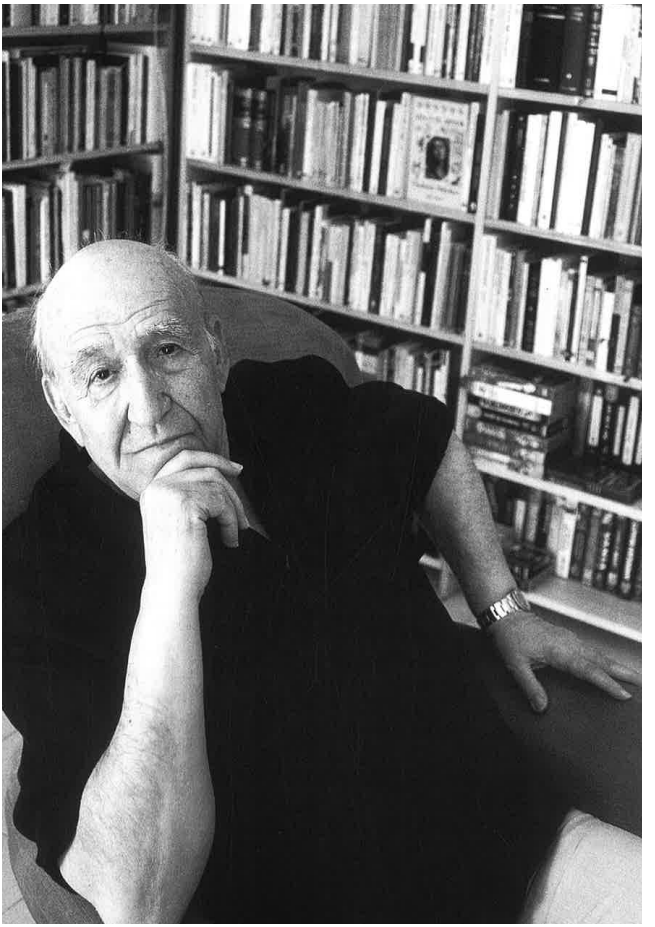
63

70



87

66



Carlos Blanco